



SUSANA FORTES

EL AZAR DE
LAURA ULLOA



SUSANA FORTES

El Azar de Laura Ulloa

El Azar de Laura Ulloa (2006)

ARGUMENTO:

En Vilavedra, una capital varada frente al océano, el tiempo parece estancado. Y, sin embargo, ni siquiera en un lugar así el pasado puede quedar atrás.

Juana, testigo durante décadas de las pasiones ocultas de los Ulloa, recuerda al viejo conde de Gondomar y patriarca de la saga, que sintió una pasión terrible por una mujer que no era la suya; a sus hijos Rafael y Jacobo, abocados a vivir separados por la distancia de un océano, y, sobre todo, recuerda a la joven Laura, elegida por el destino para cumplir sus designios. Pero el azar impone sus propias leyes y los hechos acaban yendo de boca en boca como una leyenda de la que sólo se puede hablar en voz baja.

Galicia y Cuba, dos tierras en las que las noticias las trae el viento y el mismo aire arrastré los presagios. Una novela llena de secretos de familia, temores, sospechas y deseos inconfesables.

SOBRE LA AUTORA:



Susana Fortes (1959), periodista y escritora española, nació en Pontevedra en 1959. Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y en Historia de América por la Universidad de Barcelona. Compatibiliza su trabajo de profesora con la vocación de escritora. Con su primera novela *Querido Corto Maltés* ganó el Premio Nuevos Narradores en 1994, concurso que convoca la editorial Tusquets y la Escuela de Letras de Madrid, una sugerente obra, donde Ana, una adolescente estudiante, idealista y soñadora, conoce a un profesor que identifica con Corto Maltés, un héroe de cómic que desarrolla sus propias y queridas fantasías.

Sus dos grandes pasiones son el cine y la literatura, colaborando con entregas en diversos medios de comunicación relacionados con dichos temas. En el año 2002 publicó el libro *Adiós muñeca*, en donde recopiló una selección de sus artículos sobre el llamado séptimo arte.

Entre sus méritos literarios se encuentra el haber quedado finalista del Premio Primavera de Novela en el año 2001 y del Premio de Planeta de Novela en el 2003.



CAPÍTULO 01

La tormenta había electrizado la atmósfera. Llevaba tronando toda la tarde. Poco antes de oscurecer, Juana vio desde la ventana de la cocina un zorro blanco. Su silueta se recortaba nítida al final del camino que marcaba ya el comienzo del monte bajo en el que crecían malvas y jaramagos. El animal se alzaba solitario e inmóvil a escasos metros del antiguo convento de Santa Clara, las orejas muy tiesas, el pelaje erizado quizá por los relámpagos, aunque su actitud era serena y parecía más bien ajena al tiempo, como cualquier misterio que nos ronda al anochecer.

«El pasado nunca se queda atrás, siempre está al lado de una», pensó Juana mientras se echaba por los hombros una chaqueta gruesa de lana. Después siguió removiendo el cazo que tenía al fuego con un cucharón de madera absorta en sus meditaciones. Era una mujer de 84 años, con las mejillas llenas de arrugas como la nata que forma la leche hervida. De vez en cuando alzaba la vista para observar la silueta del animal cada vez más precisa.

A aquellas alturas de su existencia, después de haber visto tanto, no creía que nada pudiera alterar ya su vida. Sin embargo seguían inquietándola los presagios. En los últimos tiempos soñaba a menudo que regresaba a la vieja villa de los señores Ulloa de Andrade, un palacete de granito rodeado por una verja rematada en puntas de lanza. Estaba situado en un altozano desde el que se dominaba todo el valle de viñedos y maizales que bajaba en suave pendiente hasta las escolleras y por las noches podía verse con toda nitidez a más de una legua de distancia la ciudad de Vilavedra iluminada como una luciérnaga en la desembocadura de la ría. Recordaba perfectamente el mirador de la torre, la galería volada con los sillones de mimbre en los que tantas veces se había sentado a coser con el sonido de fondo del fonógrafo de cocina que el doctor Ulloa había traído de su estancia en Viena. Las notas de los valsos subían por la terraza del pórtico con un eco de cobres que se extendía a través de los ventanales abiertos por todo el jardín con la fuente de los tres deseos y el castaño de indias centenario bajo cuyas frondas murió orinando el párroco de Santo Tomás de Laza.

Habían sido muchos años trabajando allí. Llegó a la casa cuando aún vivía la señora. Al principio no tenía un cometido concreto dentro del servicio doméstico, pero con el tiempo no hubo nada de lo que ella no tuviera que ocuparse. La villa pasó a ser el mundo entero, como un enjambre de veranos e inviernos sucesivos que tenían ese fulgor dorado que es atributo de los recuerdos, pero también con momentos llenos de temor, cuando, apostada detrás de una puerta, sus manos no se atrevían siquiera a girar el manubrio. En aquel tiempo era una mujer joven y llena de energía. Es curioso cómo al final de la vida todo vuelve. Las personas mayores sueñan demasiado quizá porque sus pensamientos ya no tienen futuro.

Cuando Juana se ponía a divagar se le achicaban los ojos un poco velados de linfa y al final su mente acababa siguiendo siempre el mismo rumbo que en realidad era un río venido de muy lejos. Sus aguas fluían como la corriente de continuidad que une a los vivos y a los muertos, aros que se unen y se sueltan. Entonces acudían a su cabeza aquellas imágenes de su antiguo cuarto de criada en el piso inferior de la villa, iluminado por una palmatoria, la luz era muy débil como si le costara abrirse paso en la memoria, apenas podía distinguir una cama con barrotes de latón en el cabezal. Le parecía estar reviviendo aquella noche, aturdida todavía por la oscuridad, inmóvil y asustada en el umbral de la puerta con una tinaja de agua caliente sin acabar de entender lo que estaba viendo: el cuerpo hinchado que se agitaba bajo las sábanas, aquel rostro tan deformado por el



dolor que resultaba irreconocible, la piel sin tono, el cabello apelmazado en las sienes, la nariz dilatada igual que las pupilas por la expresión de espanto, con un pañuelo taponándole la boca, el vientre anormalmente abultado, las piernas muy abiertas como descoyuntadas, pero sobre todo recordaba aquellos coágulos negros que encharcaban las sábanas. Juana casi podía oír las voces de las otras personas que se hallaban en la habitación, dos mujeres y un hombre con unas tenazas largas, pero no alcanzaba a entender el significado de lo que decían, atenta sólo al eco gutural de aquella respiración agónica e intermitente, que culminó con un aullido de animal exhausto cuando al fin asomó entre los muslos, en medio de cuajeros de sangre, la cabeza violácea de un niño.

Eran cosas de las que había que hablar siempre en voz baja. Y aunque de aquellos hechos ya habían pasado muchos años, continuaban yendo de boca en boca, como una leyenda. Si alguien pronunciaba el nombre del viejo conde de Gondomar en un tono más alto de lo conveniente, los demás se santiguaban como si quisieran conjurarlos o sellarlos o tal vez sólo protegerse de su impronta y de su suerte o su misterio.

Todo lo que sucedía en la casa grande tenía una resonancia inmediata en los alrededores. En los pueblos la diferencia entre lo que se sabe de una persona y lo que se desconoce de ella es insignificante. Resulta difícil guardar un secreto. Pero lo misterioso no siempre consiste en lo que se oculta de forma deliberada, sino en aquello que no logramos comprender.

Juana todavía a su edad se seguía haciendo preguntas sobre lo ocurrido. No el porqué, ni el cómo. La vida le había enseñado que entre un hombre y una mujer, esos aspectos relativos a la causa y al modo resultaban fácilmente comprensibles. Todo ocurre siempre de la misma manera, de la manera que tiene que ocurrir, o eso al menos pensaba ella. Eran otras cuestiones las que le inquietaban.

Dándole vueltas al asunto, recordó que debía bajar al cementerio a recoger las macetas de crisantemos que había plantado si no quería que la helada quemase las raíces. Tenía la firme convicción de que el día de Difuntos era el momento en el que los muertos juzgaban a los vivos, por eso se les llevaba flores al cementerio, para hacer menos severo su juicio. A veces también se les ponía un cubierto en la mesa o se les invocaba de algún modo. De niña esos rituales le daban miedo, ahora ya no. Quizá se veía más cerca del otro lado y pasaba largas horas conversando con fantasmas. Hay muchas maneras en las que puede permanecer vivo un muerto, no porque le temamos o nos sintamos impulsados a recordarlo cada día, ni siquiera porque perduren sus gestos o su nombre en nuestra memoria. Sino porque no debería haber muerto.

En su mentalidad de campesina todas las cosas irradiaban vínculos. Durante un instante volvió a verse sentada en el banco de la cocina desgranando una mazorca de maíz mientras dos niños de pocos años se entretenían a su lado construyendo torres con los carozos vacíos y le pareció mentira que hubiese transcurrido tanto tiempo desde entonces. Aunque lo increíble no era el tiempo en sí, sino las cosas que arrastraba consigo. Afuera las chimeneas elevaban sus humaredas en medio de un viento racheado que cambiaba constantemente de orientación como si estuvieran anunciando al mundo algo sobre unos designios sometidos a constantes cambios, resquebrajados e incomprensibles. Juana miraba hacia el exterior como si ya lo hubiera visto todo antes. Entonces recordó la luz blanca de una lámpara de carburo en la veladora de la sala y el lomo con letras doradas de una Biblia de hojas finísimas, vio también la cara de una novicia de diecisiete años que apareció ahorcada en su celda del convento con los ojos alucinados como si la mirada se le hubiera quedado desorbitada por algún espanto antes de que la vitrificara la muerte. Se contaban tantas cosas... Algunos decían que detrás del convento por el camino de los canteros pasaba ciertas noches una procesión de mujeres en hilera. Iban vestidas de negro con los mantones cubriéndoles



la cabeza. Llevaban cirios encendidos en la mano y caminaban inclinadas contra la oscuridad, con los pasos silenciosos como ánimas del purgatorio. ¿Qué quería decir, por ejemplo, que una muchacha estuviera lavando junto a la orilla poco profunda del río y se encontrara entre las piedras un miembro amputado? ¿Por qué continuaban sucediendo cosas así? Las vacas eran más listas que las personas, por eso no querían beber agua en el abrevadero de la plaza y bajaban por la cuesta casi al galope como si las azuzara un enjambre de tábanos.

Juana se sintió repentinamente muy fatigada, pero siguió removiendo el cazo que tenía al fuego, sin dejar de observar al animal de pelaje plateado a través de la ventana. Allí seguía, inmóvil, tallado en el frío, emparentado en el color con los peldaños de mármol de las escalinatas del monasterio como si formara parte del atrio, igual que las columnas o la torre del campanario, pero sus ojos estaban fijos y vigilantes, dos brasas vivas. Tal vez esa mirada era lo que ponía nerviosa a Juana, que enseguida bajó la vista hacia el hornillo y arrugó el entrecejo al comprobar que en el último momento la leche se había cortado. «Debe de ser por la tormenta», se dijo.

No era extraño que muchos campesinos estuvieran aterrorizados y no confiaran en nadie. Temían quedarse rezagados cuando volvían de la huerta con una carga de hortaliza y apretaban el paso al cruzar por delante de la puerta del convento, donde brillaba siempre una mariposa de aceite junto a la hornacina con el Sagrado Corazón de Jesús. Temblaban como juncos siempre que alguien forastero llegaba a la aldea. Igual que Juana cuando a la mañana siguiente un empleado del servicio de correos llamó a su puerta y le entregó un telegrama en el que le anunciaban la muerte del doctor Rafael Ulloa de Andrade.

Un zorro blanco.



CAPÍTULO 02

La mañana del 25 de julio de 1917, festividad de Santiago apóstol, en el altar mayor de la capilla de Santa Clara, el doctor Ulloa cumplió la última voluntad de su padre, conde de Gondomar y señor de Salvatierra, contrayendo matrimonio, en medio de un inesperado aguacero torrencial, con doña Elvira López de Castro.

Apenas dos meses antes de la boda, el hermano mayor del doctor, llamado Jacobo por haber venido al mundo en año santo, partía con su familia hacia Cuba para hacerse cargo de un ingenio azucarero que los Ulloa poseían en la provincia de Camagüey. Ésa fue la decisión testamentaria y última adoptada por el conde ante un notario y dos testigos poco antes de morir. Al primogénito le legaba así las propiedades que aun poseían en la antigua colonia, administradas por un albacea; al doctor en cambio le dejaba la villa con todas sus tierras vinculadas, los pastos y las fincas de labor con la única encomienda de que pagara una renta vitalicia de 7.000 pesos anuales al convento de Santa Clara. Al distribuir así la herencia condenaba a los dos hermanos a vivir en distintos continentes. Por qué lo hizo, nunca quiso explicarlo. La gente de los alrededores habló largamente de ello, no sólo por afán de figonear, sino porque los campesinos tienen el instinto cauteloso del caballo que huele la tormenta aunque esté encerrado en el establo. Lo cierto era que cualquier movimiento en la casa grande, hasta el más insignificante, podía desencadenar tempestades en todo el valle. Sin embargo a Juana no le gustaba hablar de aquel asunto y mucho menos bisbisear entre dientes. Él sabrá lo que hace, pensaba cuando se le venían a la cabeza cosas raras alentadas por las habladurías, sus razones tendrá para querer separar a su propia familia poniendo todo el océano por medio.

Los relatos que la gente construye para explicarse lo que no alcanza a entender son una corriente de palabras que van pasando de generación en generación. Un murmullo flotante que corría de una puerta a otra, por todas las casas. Sobre todo en las cocinas pero también en las eras de piedra donde se mallaba el centeno y en los lavaderos o en los caminos al anochecer con voz tenue y cautelosa. Leyendas, rumores... Juana pensaba que ese río era la misma oscuridad que todos llevamos dentro. Cuando no se tiene un nombre para decir las cosas, entonces se cuentan historias. Así ha ocurrido siempre.

Que se marcharan los señores le apenaba, pero consideraba que de algún modo era ley de vida. Lo que no podía soportar es que se llevaran a la niña. Se le partía el alma al imaginar a aquella criaturita de cuatro años en unas tierras lejanas de negrada y dioses caribes que Juana imaginaba siempre bajo un retumbar de tambores funestos. No acababa de entender cómo el conde había podido disponer aquel futuro para su única nieta por la que siempre había mostrado predilección y a la que miraba con una ternura que nunca había sentido por sus propios hijos. Con razón se dice que la vejez ablanda hasta la corteza de un pedernal. Cuando nació la pequeña parecía un torreznito envuelto en puntillas, con una boca encarnada como un botón rosa y deditos de filigrana. Al sonreír se le formaban en las mejillas los hoyuelos característicos de los Ulloa. Pero reía poco, era una niña callada y se fijaba en todo.

A Juana los transatlánticos siempre le habían parecido animales vivos y voraces, grandes cetáceos con las tripas de acero que saciaban un hambre en todo semejante a las plagas bíblicas. Como la ballena que se tragó a Jonás. Desde pequeña había visto aquellas moles embadurnadas de brea y aceite metalúrgico arrastrar a padres y novios y hermanos al otro extremo del mundo



con el magnetismo telúrico de los grandes éxodos colectivos. En la hambruna de 1905 había emigrado medio valle del Salnés. Y ahora de pie en el muelle junto a millares de personas, tenía de nuevo un transatlántico delante. Nunca la vida le había mostrado una imagen tan precisa del miedo a la lejanía como aquellos castillos mordidos por la herrumbre con pasamanos de cuerda ensalitrada y con chimeneas gigantescas azules y rojas y de color ocre que soltaban una humareda tristísima a cada bufido de las calderas. Allí arriba los hombres le parecían hormigas al lado de las enormes anclas que sobresalían junto a las ventanas de guillotina de la primera clase. Desde el muelle miró hacia los camarotes, sacudiendo un pañuelo blanco con la esperanza de ver por última vez a la niña, pero la gran grúa de acero que en aquel momento empezaba a izar el equipaje le impidió la visión. Cuando el barco zarpó del muelle de Vigo, caía una lluvia salada que Juana no distinguía de las lágrimas que le anegaban los ojos. Había ayudado a criar a aquella chiquilla desde el mismo momento de su nacimiento y la quería como si fuera suya.

Cuando a los dos meses exactos de la partida, se celebró un tanto precipitadamente la boda del doctor y doña Elvira, Juana no quiso asistir al banquete con el que los señores obsequiaron al servicio. Su corazón todavía estaba de luto.

Todas las bodas son similares, pensaba Juana, sin embargo cada matrimonio es diferente. La prisa y los misterios que rodearon la ceremonia hicieron que muchos pensarán que tal vez se pretendía cubrir con un velo sacramental algún descuido prematuro, pero se equivocaban de pleno. Con aquel enlace los Ulloa añadieron a sus propiedades las tierras altas del otro lado del embalse, los viñedos y las fincas de labor que la familia de la novia poseía en la vega en régimen de aparcería. Además de una estrella política en ascenso, al emparentar con la rama más rancia del conservadurismo local. Que el doctor tuviera veleidades liberales, no debió de parecerle al conde un inconveniente demasiado grave para llevar a cabo sus planes. Lo consideraba más bien un capricho juvenil que acabaría pasándosele con los años. Al fin y al cabo los méritos de alcurnia siempre habían estado para él por encima de los azares de la política.

Doña Elvira no era una mujer fea. Tenía un cabello ondulado que siempre llevaba recogido en la nuca y una boca pequeña y bonita si no fuera por el rictus que le afeaba el labio superior con la dureza férrea de una implacable moralidad. Era tan devota que en más de una ocasión, cuando Juana se levantaba para ordeñar las vacas antes de que rayara el alba, se la encontraba arrodillada a oscuras en su reclinatorio, con un rosario entre las manos y con esa clase de mirada absorta que sólo puede significar el principio de desarreglos ováricos o los indicios de un fanatismo trágico y sombrío. Nadie en la villa alcanzaba a imaginarse cómo podía transcurrir la intimidad de alcoba entre una mujer tan beata que usaba camisones con cuello alto de gorguera y un ateo redomado como el doctor que nunca desaprovechaba ocasión para bajar del altar en procesión a todos los santos. Sin embargo doña Elvira estaba enamorada de su marido con una ferocidad de loba. Eso era algo que saltaba a la vista. Cuanto más desapego manifestaba él, más encelada se mostraba ella y al mismo tiempo más piadosa se volvía. Comulgaba cada mañana en misa de ocho y buscaba constantemente consuelo al calor del convento. Pero como las obras pías no le servían de gran ayuda en el ansia que la quemaba por dentro, llegó incluso a visitar a Olinda, la comadrona, una mujer corpulenta de grandes brazos como remos que también era medio hechicera y se decía que tenía el poder de fertilizar a las yeguas con un ungüento a base de ortigas y hiel de gallinazo. Pero a pesar de todo el vientre de doña Elvira siguió tan yermo como un erial. Fue entonces cuando empezaron los ataques de furia. Movida por una energía desatada, en cuestión de segundos era capaz de poner toda la casa patas arriba, mandaba mover los armarios de sitio, vaciar las artesas para volverlas a llenar, se paseaba malhumorada por la galería del primer piso, haciendo



inventario de todas las puertas que había que carpintear, los bancos, las mesas, las molduras de las ventanas... Recorría la casa de una estancia a otra poseída por el repentino furor de arreglarlo todo. Encargaba a la ciudad los objetos más variopintos y así comenzaron a llegar a la villa cajas y embalajes que, según aparecían, se iban amontonando en el almacén que había al lado de las caballerizas a medio abrir con las virutas y el serrín asomando por los entresijos de las tablas, en espera de encontrarle un lugar adecuado. Entre los numerosos pedidos llegó un escritorio de marquetería francesa que había encargado a medida para el despacho de doctor con un sillón frailer de amplios brazos de cuero capitonado y una mesa de faldones barrocos con pies torneados al estilo salomónico, pero don Rafael nunca quiso saber nada de semejantes florituras. Estos desplantes ponían a la señora cada vez de peor humor y hacían que la emprendiera a voces con el servicio por el motivo más insignificante. En una ocasión, al descubrir un jarrón de porcelana de Sévres con la boca algo astillada había reaccionado estrellándolo con ímpetu contra la pared. A veces las reprimendas de doña Elvira se oían desde el pilón del barranco, a donde iba Juana todos los viernes para poner las sábanas a clareo, y su enojo era motivo de todo tipo de chanzas entre las mujeres que acudían al lavadero. Pero lo cierto era que la señora perdía lozanía en el rostro, que se le iba poniendo de un color masilla algo verdoso y caminaba cada vez más doblada por el peso de aquella obstinación insana que la consumía por dentro. El doctor le diagnosticó fatiga nerviosa y la obligó a mantener un reposo tan estricto que apenas le permitía salir de su habitación. Con la excusa de no molestarla, mandó habilitar en su gabinete, junto a la vitrina repleta de libros e instrumental médico, una cama de soltero. Así que antes de llegar a cumplir su segundo aniversario, el matrimonio ya no compartía el mismo lecho.

En aquella época Rafael Ulloa de Andrade era un hombre muy apuesto de barba recortada a lo mosquetero, alto como su padre, con ojos como relámpagos y una encantadora sonrisa de blasfemo irredimible. El sombrero de fieltro, la camisa blanca que llevaba siempre bien almidonada y el chaleco de paño le daban cierto aire de poeta romántico que él cultivaba a conciencia leyendo versos de Lord Byron en la nueva colección universal de pastas amarillas que por esos años empezaba a astillar los corazones. Los días que tenía consulta en Vilavedra, que eran los martes y los jueves, se alargaban hasta bien entrada la noche y en más de una ocasión finalizaba su jornada en los garitos de dudosa reputación que iban desde los confines de la Alameda hasta el barrio de la Moureira con mujeres en las esquinas que exhalaban un perfume turbio y dirigían burlonas porfías a los paseantes. Pero Juana pensaba que aquella vida de cazador furtivo era en realidad la condena más atroz de la soledad y a veces llegaba a sentir verdadera lástima por él.

De todos modos, el doctor Ulloa era de los que opinaba que la mayoría de los matrimonios debían fundamentar su servidumbre en razones de más peso que el amor sin que eso tuviera que impedirles gozar de una convivencia razonablemente feliz, mientras, por el contrario, las parejas que se casaban enamoradas naufragaban con frecuencia víctimas de su propia fiebre. A fin de cuentas, para él todos los problemas de la vida conyugal se acababan al traspasar la puerta de la calle, donde podía encontrar lo que deseaba sin comprometer gravemente su fortuna ni su persona. Hasta tal punto se consideraba a salvo de las debilidades del corazón que en una ocasión, regresando de una romería con su amigo Arquímedes Feijoo, se había reído a mandíbula batiente de la buenaventura de una gitana que le leyó la mano y le auguró que tarde o temprano tendría que enfrentarse a una pasión enloquecedora que pondría en peligro su propia vida. Claro que hasta entonces lo único que el doctor sabía sobre los asuntos del amor, aparte de un sentimiento platónico que había sentido a los doce años por una niña muda, era el calambre fugaz del sexo de



gallo que acostumbraba a practicar en los antros de las calles portuarias, donde entraba de estampida, dejaba el maletín en el suelo y hacía el amor sin quitarse siquiera los zapatos, con el pantalón enrollado en las corvas, más pendiente de acabar cuanto antes para desinfectarse con una loción de aceite inglés contra las ladillas, que de su propio placer.

Se sucedían los años y las estaciones, pero los días en esencia no cambiaban. Mientras las monjas de Santa Clara celebraban el sábado de Gloria con una misa cantada, en las praderas empezaban a reventar las caléndulas, las campanillas y las margaritas silvestres. Era el momento en que las vacas empezaban a dar cabezazos contra los tablones del establo, excitadas por el olor del pasto. Doña Elvira se apretaba el echarpe contra los pechos y se balanceaba monótonamente de adelante hacia atrás en la mecedora de mimbre que había instalado en la galería de su alcoba, el rostro color masilla, los párpados semicerrados, sin acabar de dormir, sin hacer nada más que columpiarse frente a la niebla azulada del valle como si un sopor incurable le hubiera amodorrado momentáneamente el carácter. En San José se sembraban las patatas y con las primeras lluvias de abril asomaban ya entre la tierra los ojos tiernos de las habas. Una primavera el granizo se llevó toda la cosecha de maíz y no se pudo cocer pan durante siete meses. Al año siguiente, en junio, la vaca pinta parió dos becerros, Juana descubrió cómo salía primero uno y después otro, con sus pezuñas negras y blancas. Nunca había visto nada igual. Después de la vendimia toda la vega se incendiaba de un rojo púrpura y en el jardín de la villa también se iban amontonando las hojas de los castaños amarillas y rojas, arrastradas por la brisa, errantes.

Pero el viento de verdad, arremolinado en los neveros de la sierra, no llegaba hasta el mes de noviembre. Cuando Juana empezaba a sentir el impulso de calentarse las manos bajo las axilas, sabía que se acercaba la matanza del cerdo. Una tarde mientras estaba salando el jamón y el tocino en una artesa de madera oyó un alarido que le pareció humano. Fue un viernes desterrado de la mano de Dios cuando el hijo pequeño de Trinitario, el carpintero, se cayó del campanario mayor y se partió la columna, sin que el doctor pudiera hacer nada por salvar su vida. El propio padre del niño midió palmo a palmo el cuerpo de su hijo y después escogió las tablas, los barrotes, los clavitos y los asideros de cuerda del ataúd. Juana lo vio cepillar la madera con una ternura que rompía el alma y retirar después de su boca, uno por uno, los clavos para construir la pequeña urna blanca forrada con una sábana de lino donde depositó el cuerpo de su niño como si fuera un ángel de ojeras violáceas. Jamás ha existido en este mundo una tarea más desgraciada que la de ser padre de un hijo muerto, pensaba Juana, mientras veía a Trinitario, mudo y con un temblor extraño en las manos, medir el cuerpo de la criatura. El doctor quiso acompañar al carpintero en el taller hasta que acabó aquella condena. Nunca fue hombre de hurtarle cara a la muerte y eso la gente del pueblo también lo sabía. En el cementerio, cuando el enterrador echó la primera palada de tierra, produciendo aquel sonido de cosa hueca, y el párroco de Santo Tomé pronunció unos latinajos apresurados en medio de la lluvia, Juana pudo ver perfectamente cómo el doctor apretaba la mandíbula con fuerza como si estuviera aguantándose las ganas de cagarse en Cristo. Tenía el semblante lívido y durante un instante la expresión de sus ojos se volvió casi dulce. Fue la única vez que Juana lo vio llorar, silencioso, a media tarde con toda su robustez masculina, y el recuerdo de aquella emoción la quiso guardar intacta entre las imágenes más hondas que atesoraba su alma.

El cuerpo de Juana se iba apretando con los años, como si ocultase algo en los huesos, los secretos del tiempo o de la vida, quién sabe qué... Su piel fue adquiriendo la consistencia del salvado húmedo y olía a todo lo que había sucedido en el valle invierno tras invierno. Las arrugas que empezaban a dibujarse en su rostro, como en el de cualquier mujer campesina, se referían a



acontecimientos concretos que tenían fecha y se podían relatar con detalle. Sin embargo los surcos en el semblante del doctor no estaban relacionados con hechos conocidos. Eran más misteriosos. Como los aros en la corteza de un árbol.



CAPÍTULO 03

En la ciudad, el tiempo tenía el olor a tinta y a linotipia de las páginas de los periódicos, que era el lugar en el que se sucedían las noticias cada vez más dramáticas de la guerra en Marruecos. El doctor Ulloa seguía con preocupación los cambios de gabinete y los nuevos nombramientos: Romanones, Maura, Sánchez Guerra... gobiernos de concentración con una creciente presencia de conservadores que tal vez anunciaban ya los tiempos que se avecinaban. Un día leyó el bando del pronunciamiento de Primo de Rivera en el diario El Porvenir, que era el periódico que solía hojear después de pasar consulta, en su mesa del Café Moderno. Este local se había convertido en uno de los pocos lugares donde se podía jugar tranquilamente al julepe al mismo tiempo que se hablaba mal del gobierno y además era el único sitio donde, cuando uno pedía un café, se lo servían automáticamente con unas gotas de aguardiente blanca. Esta mezcla provocaba un punto de confluencia muy curioso entre el humor etílico que rezumaba por las sotabarras de los clientes y la dialéctica que la administración de la cosa pública ha provocado desde siempre en aquella comarca irredenta. A la tertulia asistía el catedrático de derecho penal don Valeriano del Río, que era un hombre corpulento, con un bigote caído y quemado de gran fumador, el dibujante Fermín Pórtela, alto, de un humanismo escéptico y más bien parco en palabras cuyas caricaturas ilustraban las páginas de la prensa satírica y liberal, y que, según el doctor Ulloa, poseía una asombrosa habilidad para deslizar en diarios de cinco céntimos las ideas más subversivas sin que las autoridades percibiesen su demoledora carga de profundidad. Y por último, el dramaturgo Arquímedes Feijoo, barojiano de ojos brillantes y saltones como los de una liebre y de ascendencia lusitana por parte materna. Don Arquímedes era un tertuliano de observaciones muy agudas. Sobre sus paisanos del otro lado del Miño, solía decir que, al igual que los gallegos, tenían una tendencia a la exageración tan desbordada que llamaban a las moscas *águilas de habitação*. Pero además de un ingenio devastador el dramaturgo poseía un carácter espontáneo y arriesgado lo que explicaba que a pesar de su aspecto algo escuálido, de mejillas chupadas, tuviera gran éxito entre las mujeres, que solían referirse a él como un hombre *votado para diante*. Aunque sus obras habían sido prohibidas varias veces y él mismo había recibido serias amonestaciones por parte del Arzobispado, continuaba con sus alegatos liberales, mientras el doctor le azuzaba el ingenio para que sacara a relucir toda la retahíla de chistes sobre el recién proclamado dictador, que en aquel tiempo era lo que le arrancaba las carcajadas más sonoras en el local a esa hora en la que rebosaba humo y efluvios alcohólicos como si un poderoso complot excitara todas las almas.

Sin embargo no estaban los tiempos para licencias. En Salamanca los libros de don Miguel de Unamuno habían sido incinerados en una pira pública y varios conocidos liberales de La Coruña se hallaban encarcelados en el castillo de San Antón.

—Ya os lo decía yo... —dijo don Luciano haciendo al mismo tiempo el ruido clásico de los cafés, el tintineo de la cucharilla contra la copa de vidrio—. Nos quejábamos de los viejos políticos y mira...

No le faltaba razón. Aunque lo cierto era que en Vilavedra las grandes familias de antaño permanecían al margen de los acontecimientos, atrincheradas en el silencio de cal y canto de sus mansiones de piedra, donde la única señal de vida en la penumbra de la tarde eran los arpegios de piano que las señoritas casaderas interpretaban con escasa fortuna en la penumbra de las siestas.



Las mesas del casino continuaban ocupadas como toda la vida por las autoridades provinciales y municipales de siempre, en cada puesto seguía habiendo una copia del menú impreso en letras de oro y en aquellos corrillos no había asunto de mayor trascendencia que la elección de la reina de la belleza de las fiestas. Ése era el modo particular en que tradicionalmente habían saldado sus deudas históricas conservadores y liberales en aquella capital perdida frente al océano del mundo cuya llovizna de siglos les trastornaba a unos y a otros el sentido de la realidad. En eso tenía razón el dramaturgo Arquímedes Feijoo cuando decía que un presidente liberal no le parecía ni más ni menos que un presidente conservador, sólo que los primeros no se arrodillaban por la calle cuando pasaba el viático.

—¿Te parece poca diferencia? —le espetaba el doctor Ulloa mientras reavivaba la brasa de su cigarro con un fósforo, sin desaprovechar ocasión para dar rienda suelta a su anticlericalismo de masón empedernido.

Pero lo cierto es que desde que el Marqués de Estella había tomado el poder, estos exabruptos sólo se los podía permitir en los conciliábulos secretos que se tramaban en el salón pequeño del Café Moderno. De aquella tertulia salió la fundación de la sociedad filantrópica de «Amigos de Vilavedra» cuyo primer presidente fue el dibujante Fermín Pórtela y cuya actividad más sonada resultó ser el ensayo de un globo aerostático que en su vuelo inaugural durante la celebración de los juegos florales desplegó una pancarta con una caricatura del dictador en paños menores que sobrevoló la ciudad al ritmo de la Marcha turca de Mozart, para regocijo de carbonarios y desesperación de los miembros de la Junta Patriótica local que la emprendieron a tiros con el artillugio volador sin conseguir otra cosa que agujerear el reloj de la iglesia patronal de Nuestra Señora de la Peregrina. Desde aquel día las agujas permanecieron paradas en las tres y cuarto, que fue la hora más heroica que se recuerda en Vilavedra después de aquella otra famosa batalla en la que los hombres de Ponte Sampaio cortaron el avance de las tropas napoleónicas con un cañón de palo y que había quedado ensalzada para la Historia en un monumento cubierto de verdín por las lluvias de todo un siglo como emblema de una capital varada en el tiempo.

Y no debió de ser una casualidad gratuita. Pues a diferencia de otras ciudades en las que el torbellino de la política hacía volar las hojas de los calendarios, Vilavedra seguía como si no hubiera sucedido nada en el transcurso de los siglos salvo el envejecer despacio al amparo de los soportales y de los amores lentos sacudidos de cuando en cuando por algún escándalo local. Pero esta decadencia era considerada por sus habitantes como una condición honorable frente a los estragos fatídicos del progreso.

Fuera de las murallas romanas, en el voluptuoso y fértil valle del Salnés, la vida seguía los ciclos biológicos tal como ha sucedido siempre y, al atardecer, los caminos se llenan del olor un poco acre de las hogueras donde se quemaban los rastrojos. Después del magosto llegaba otra vez el invierno, que obligaba a los paragüeros a refugiarse bajo el amparo de los soportales de la plaza de la Herradura con sus cajas de madera y sus ollas que goteaban un jugo negro como el alquitrán. Con el viento largo de la cuaresma, las campanas sonaban con un tintineo muy limpio y cristalino, igual que los ladridos lejanos de los perros. Todo rezumaba una corriente concéntrica que era el sentido mismo del tiempo cuando anda revuelto con la certidumbre de la muerte: las higueras reventando de leche, el golpear del martillo en un yunque, el impacto seco de la azada contra la tierra, una mujer manoteando en la cuerda de un pozo para llenar un cántaro, las estacas negras de los gallineros, el sonido del péndulo del reloj de cuco en el comedor de la villa o el estallido de las vigas de madera que sostenían el destino de la casa y la respiración inquieta o cansada o resignada de todos los que dormían en ella.



Una tarde Juana subió al monte con el propósito de recoger ramas de roble para ahumar los jamones. Desde el molino da Freixa, olfateó el aire varias veces. La tierra tenía la humedad cavernosa de un bosque en el que nunca entra la luz del sol. El olor de los jabalíes, pensó. De regreso, junto a un muro de demarcación de lindes, se encontró una oveja muerta con las patas tías hacia arriba y la tripa hinchada como una gamuza de lana gris mal urdida.

Esa misma noche la lluvia volvió a convertir los caminos en lodazales intransitables. Ya cerca del alba, en medio del sueño, a Juana le pareció oír el sonido recio de la aldaba en la puerta principal de la villa. Pero lo atribuyó a un golpe del viento y el hecho no la habría inquietado si al poco rato no hubiese oído pasos en la parte trasera de la casa como si alguien estuviera rodeando el edificio, buscando un lugar por donde acceder al interior, y como los golpes volvieron a sonar, esta vez de un modo discreto pero insistente, Juana se incorporó, encendió una palmatoria y se echó por los hombros la chaqueta de lana. Mientras bajaba los peldaños y el resplandor de la vela la precedía con sombras pardas en el hueco de la escalera y en las paredes del vestíbulo, sonó otro aldabonazo único y perentorio.

Afuera, apenas resguardado bajo la cornisa del balcón, con un capote gris de hule acharolado y completamente brillante de lluvia se hallaba Gumersindo, el telegrafista, que a pesar de la inclemencia de la noche trataba de mantener el empaque del uniforme de botones dorados con la gorra de plato calada hasta las cejas. Saludó a Juana con apresurada y enfática cortesía, sin dejarle tiempo para que le devolviera el saludo o lo interrogara sobre el motivo de su presencia. Y Juana no le preguntó nada. Permaneció bajo el portón en silencio, encogida dentro de su tricota de lana paralizada por ese sentimiento antiguo que es anterior incluso al miedo y que precede siempre a las desgracias, especialmente si su conocimiento llega a través de un mensajero, como, al parecer, iba a ser el destino de los dos hermanos Ulloa.

—Vine tan pronto como pude, pero con este tiempo... —se disculpó el hombre con una zozobra mal contenida en la voz; después se quitó la gorra respetuosamente y se rascó el pelo a la altura de la patilla como si estuviera dándose tiempo para pensar las palabras, pero no debió de encontrarlas o quizá no le parecieron adecuadas las que en ese momento le acudían a la mente, porque sin más dilación, casi con brusquedad, le alargó a Juana un sobre con papel de cable azul pálido.

—Es de Cuba —dijo—. Llegó hace apenas dos horas.

Antes de que continuara hablando, antes incluso de tocar el papel timbrado y lacrado con el emblema del Telégrafo Nacional, Juana comprendió meridianamente lo que había pasado y se santiguó en silencio. No lo adivinó por el tono velado de condolencia que había empleado el telegrafista, ni por la forma intempestiva en la que llegan siempre las malas noticias. Lo supo por la oveja muerta con las patas tías hacia arriba y por el viento. Por el gusto y el olor y la sensación del viento.



CAPÍTULO 04

Aunque el telegrama no mencionaba el nombre de la enfermedad que había acabado con la vida de don Jacobo en la antigua provincia de ultramar, todos dieron por supuesto que se trataba de otro brote de malaria que cada cierto tiempo azotaba la isla.

Doña Elvira mandó colgar un gran lazo negro en la aldaba del portón de la villa y adornar el vestíbulo con ramilletes de nardos para recibir las condolencias de los asistentes al funeral. En el gran salón, ojerosa con la tez de color masilla y la piel más tirante que nunca sobre los maxilares, la esposa del doctor atendió el coro de pésames, asistida en todo momento por una corte de monjas clarisas que trasegaban de un lado a otro con frascos de sales. Así, vestida de riguroso luto, con un moño alto y solemne rematado en rizos de crepé y un traje de cuello cisne al estilo Victoriano, parecía haber encontrado una veta de serenidad, como si la muerte de su cuñado le hubiera devuelto la clase de dignidad grave y resignada que siempre había deseado.

Durante todo el tiempo que duraron las condolencias, el doctor permaneció solo en su gabinete, mirando al vacío con ojos dilatados de retinas negras y ausentes a pesar de su fijeza, la cabeza apoyada en una mano como si le pesara o le doliera y de ese modo, abismado, lo encontró Juana cuando entró para avisarle de que el cortejo ya partía hacia la capilla del convento.

Fue en aquel preciso instante cuando la mente de Juana, por primera vez, dejó de discurrir con la inmediatez y la celeridad diligente que siempre exigen los imprevistos, para demorarse con lentitud por los meandros rugosos del tiempo. Y entonces, como si un golpe de mar removiera el fondo de su memoria, le vinieron a la cabeza las palabras de don Julián, el viejo conde de Gondomar, escuchadas casi sin querer hacía ya muchos años, cuando todavía era un viudo acostumbrado a desbravar yeguas, antes de que la apoplejía lo dejara paralítico y silencioso y sin rastro de su antigua vitalidad. Juana recordaba hasta los mínimos detalles a pesar del tiempo transcurrido. El conde estaba sentado en la biblioteca, junto a la ventana, en el sillón orejero granate y se preparaba con gran esmero el primer cigarro habano de la tarde. Frente a él, don Severiano, el párroco de Laza, con sus ciento diez kilos, se disponía a tomar asiento trabajosamente, remangándose la sotana.

—Míreme a mí, si no —había dicho el conde, continuando una conversación que sin duda había empezado ya bastantes minutos antes—. ¿Soy yo acaso el mismo de entonces? —La mirada se le había ensombrecido de pronto. Era mate, de un color ceniciento y gastado por un cansancio visible—. ¿Cómo podría volver a ser el mismo después de lo que ocurrió? —Sus ojos continuaban sombríos mientras se llevaba el habano a la boca y aspiraba el humo—. Diecisiete años, dese cuenta —recalcó haciendo hincapié, con el puro en la mano—. Casi una niña...

—No le dé más vueltas, don Julián —se avino a decir el párroco conciliadoramente—. Hay cosas que están de Dios.

Volver siempre sobre el mismo asunto es ensañamiento que no trae nada bueno, ni puede agradar en modo alguno a los ojos del Altísimo.

—No meta al Altísimo en los asuntos de los hombres —rezongó el conde con una indignación abrasada por el temor del infierno. A continuación apagó el puro aplastándolo con fuerza contra el cenicero como si no le hubiera complacido su sabor y volvió a ausentarse, mirando a través de la ventana sin ningún recato como si estuviese solo o no le importase en absoluto la presencia del



párroco. Su rostro reflejaba una tensión extrema con las muelas muy apretadas, encajadas con fuerza unas en otras y los mismos ojos dilatados de su hijo Rafael, retinas negras y ausentes a pesar de su fijeza...

Al cabo de aquellos segundos de ensimismamiento, don Julián se había vuelto con un gesto involuntario de desamparo, su mano derecha artrítica entre el cabello polar, y al alzar la vista reparó en Juana, que estaba apoyada en el quicio de la puerta vidriera que comunicaba la biblioteca con el despacho, inmovilizada, con el plumero en la mano, sin saber si avanzar y realizar la tarea que se le había encomendado, o retirarse sin llevarla a cabo. Y entonces el conde la había mirado con leve familiaridad, como se mira a alguien que ha visto demasiadas cosas, que sabe quizá más de nosotros que nosotros mismos, pero cuyo conocimiento por alguna razón se halla a salvo, bien guardado y sellado. Así miraba a veces el conde al *Verdún*, el viejo perro pastor de ojos invernales, que nunca se despegó de su vera y que decidió no probar bocado y dejarse morir al pie de su tumba a los pocos días del sepelio. Hay lealtades así. Don Julián había hecho en aquella ocasión un gesto leve con la mano en dirección a donde se encontraba Juana igual que el que se le suele hacer a un animal para pedirle que se aleje, y ella se había retirado cerrando tras sí la puerta corredera de pomo dorado cuyos cristales estaban adornados con motivos mitológicos. Una floresta de vides y racimos y doncellas seducidas por faunos.

Juana sabía bien a qué asuntos se refería el conde aunque evitaba pensar en ello más por miedo que por respeto. Toda la casa estaba llena de aquel sobreentendido que lo ocupaba todo. Ocupaba también el silencio de algunas tardes lentas que se iban muriendo como el sol en las piedras del ala oeste con la última claridad declinante y rojiza. Ocupaba las conversaciones y las medias palabras que se desvanecían tras las puertas, o en las habitaciones en media penumbra o en las cuadras entre el ruido de cascos de los animales y sus relinchos. Palabras nubladas con olor a pana mojada y a tabaco o a cirio de capilla antigua, palabras llenas de matices que aún laceran a quien las recuerda, palabras monótonas como un rumor de jaculatorias, el susurro del rosario familiar en una sala anochecida, palabras crecidas hasta convertirse en amenazas o en ruegos y en llantos lánguidos como de ánima del purgatorio que algunos campesinos aseguraban haber oído ciertas noches de vendaval detrás del convento de las clarisas. Palabras redondas igual que un pan o alargadas como una calle oscura con altas bardas de corrales y olor a vaho de ganado. Palabras sin posibilidades o con posibilidades remotas, limpias o turbias, solemnes o humildes, precisas o enigmáticas.

Juana parecía haber encogido dentro de sus recuerdos con la pesadumbre que siempre deja el viento de ayer. Pero al volver al presente, observó al doctor Ulloa que permanecía en su gabinete, no con aprensión o temor, como había mirado siempre a su padre, sino compasivamente, como miran las mujeres mayores a los muchachos que han visto crecer.

—El cortejo de duelo ya está a punto de salir, doctor —dijo.

—Gracias, Juana. Ahora mismo voy —contestó él, despertando a su vez de un largo mutismo, con una voz fatigada que parecía también salida de aguas muy profundas.

Las campanas tocaban a muerto con un sonido de chatarra como si las uñas de un gato arañasen la hojalata. En medio de la luz cruda de la tarde, el párroco con el roquete hinchado tenía un aspecto irrisoriamente grotesco, parecía que de un momento a otro fuera a elevarse por los aires. El monaguillo encontraba serias dificultades para avanzar con la cruz alzada. Detrás de su sobrepelliz blanca de puntillas aladas, la hilera de los que seguían el cortejo se las apañaba como podía para mantener la compostura. El viento hacía revolotear las cintas de las coronas de flores



igual que los brazos de un pulpo. Los hombres sujetaban los paraguas y los sombreros con las dos manos y caminaban muy inclinados para oponer resistencia a aquel ventarrón racheado.

Los caminos habían quedado tan embarrados y llenos de charcos, después de la lluvia, que en el último tramo de acceso a la capilla hubo que habilitar una pasarela con tablones de madera cruzados para que los asistentes al funeral del primogénito de los Ulloa no corrieran el riesgo de dejarse el calzado aprisionado en las profundidades del fango como había ocurrido, según recordaban todos, en el entierro de su padre, el conde. A pesar de todo algunas autoridades ilustres prefirieron hacer el recorrido con zuecos de madera hasta alcanzar el granito firme de las losas que formaba el pavimento de la nave principal.

Igual que entonces se sucedieron las alabanzas al difunto, las voces que aconsejaban resignación y el coro de las monjas clarisas que elevaba sus cánticos por la oquedad de la bóveda de cañón con la solemnidad gregoriana de una tierra permanentemente entregada a los ritos de la muerte.

Durante el transcurso de la ceremonia, Juana se lamentaba de la suerte del señor Jacobo, muerto en la dolorosa agonía de las fiebres; sin embargo las lágrimas que acudían a sus ojos no eran provocadas por estos pensamientos, sino por la suerte que correría ahora la niña huérfana en aquella tierra donde se oxidaban las flores y se corrompían los cuerpos y las almas con el aire envenenado de las ciénagas. Algunos emigrantes que habían regresado de Cuba al cabo de los años decían que allí había pájaros de extraños colores que si volaban por encima de uno le hacían perder la memoria aligerando con las alas una brisa que borraba cualquier rastro del pasado y había también grandes mulatas con aliento de azúcar y ojos de culebra que hipnotizaban a los hombres para que nunca quisieran volver. Eran las cosas que se contaban.

Quizá los mismos pensamientos asediaban también al doctor Ulloa que permanecía frente al altar mayor, a un lado del catafalco funerario rodeado por candelabros de plata que el sacerdote acababa de rociar con el hisopo, sin mostrar ninguna evidencia de estar siguiendo la ceremonia. Se hallaba de pie con un brazalete de luto ciñendo la manga del traje de paño oscuro y la mirada concentrada en el rosetón de la vidriera que representaba el sacrificio de Abraham en una gama de tonos granates violetas y añiles tan cambiantes por efecto de la luz como la rueda de un caleidoscopio. Tal vez se acordaba de su hermano, Jacobo, con el que, a pesar de las diferencias que los separaban, debió sin embargo de compartir momentos de afecto y complicidades infantiles como todos los hermanos y suelen ser precisamente esos momentos los que uno se empeña en recordar cuando ya es el único depositario de ellos. A la mente del doctor vino una ráfaga de olor a salvia y hierbas silvestres que era el mismo aroma agreste que emanaba el monte la primera vez que los dos hermanos subieron juntos al alto de las perdices. De regreso habían tenido la ocurrencia de robar uvas verdes en la viña de un campesino. Al llegar a la villa se habían escondido con la natural picardía de los niños detrás de un buró para eludir la reprimenda. Y fue desde ese escondite donde Rafael Ulloa vio cómo su padre, a grandes trancos y con las cejas endemoniadas, se le echaba encima a su hermano que entonces apenas era un crío de doce años, acusándolo de maleante mientras lo maldecía por la vergüenza de albergar en su propia casa a un ladrón de fruta. No era la primera vez que don Julián utilizaba aquel tono exaltado y terrible que hubiera hecho palidecer hasta a un juez del Santo Oficio. Su furia parecía condensada con el mismo azufre de las tormentas que le hacía subir la entonación en cada frase, con el índice levantado, sudoroso y crecido por la violencia verbal de su sermón. Los arrebatos de cólera eran frecuentes en él desde que se había quedado viudo y se decía que en cada descarga liberaba sobre su hijo mayor una energía desatada que no tenía que ver con el motivo de la ofensa, sino con una



fuerza sombría y extrañamente trágica que venía de regiones tan lejanas que ninguno alcanzaba a imaginar. Se comportaba como un dios lacerado que necesitaba saciar su sed temperamental: el rostro se le amorataba hasta volverse casi negro, apretadísimo y se veía perfectamente que podía matar al que se le cruzara por delante. Cuando se ponía así, asustaba incluso al *Verdún* que corría a refugiarse bajo una mesa con el rabo entre las piernas. Pero lo peor, pensaba el doctor Ulloa, no era el trueno de su voz, que al final se le quebraba por el propio esfuerzo en un ataque de tos, sino el espectáculo de la furia descuartizadora de un padre encabritado y levítico, capaz de envenenar como un aguijón el alma inocente de cualquier hijo. Rafael Ulloa recordaba perfectamente aquel suceso porque su resistencia alcanzó en ese instante el límite de una emoción muy oscura y por primera vez en su vida experimentó un profundísimo e incontrolado deseo de venganza confundido con la impaciencia por convertirse en adulto.

Aquel terror inculcado le había hecho desarrollar desde la más tierna infancia un instinto de gato para alejarse de la tormenta viniera de donde viniese y también acabó desterrando en él cualquier sentimiento religioso porque le resultaba imposible concebir la existencia de ningún poder sobrenatural que estuviese por encima del de su propio padre.

La luz súbita de un relámpago iluminó el ábside de la capilla y el doctor, todavía perdido en sus meditaciones, vio brillar en la vidriera el puñal del sacrificio de Abraham sobre la piedra sagrada sin acabar de distinguir entre el recuerdo y la ensoñación, entre las imágenes de su conciencia y las que veía restallar en la cristalera gótica del ábside.

Pero cuando salieron de nuevo a la atmósfera engrisada del exterior, entre cuchillas de agua y ráfagas que hacían volar los faldones de los abrigos, ya había tomado una determinación inamovible. De nada sirvieron los ruegos de doña Elvira, ni sus amargas reconvenciones de enferma necesitada de atención. El doctor Ulloa ni siquiera se molestó en tratar de convencer a su esposa. Al día siguiente muy temprano, mandó encargar en la compañía transatlántica que tenía sus oficinas en el puerto de Vigo un pasaje de primera clase para La Habana.

Permaneció dos meses largos en la isla.



CAPÍTULO 05

Sobre la raya del horizonte mordisqueada por vellones de espuma, el doctor Ulloa vio perfilarse la fortaleza del Morro y el muro del Malecón en la curva de la bahía de un color vinagre a primera hora que le daba ese aire exótico que siempre tienen los lugares inexistentes. Antes el buque había pasado unos días de cuarentena atracado en el muelle de Tricornia. Fueron jornadas interminables de sopor por el sol despiadado y el calor de caldera de barco que hacía insoportable el hecho simple de esperar. La mayoría de los pasajeros abandonaba la sauna de los camarotes y se pasaba la noche caminando por la cubierta. Algún viajero llegaba a los límites del delirio, como un joven escritor de mucho ingenio y barbas de chivo con quien el doctor Ulloa llegó a trabar cierta amistad y que se hizo famoso entre el pasaje por la vehemencia de las imprecaciones que lanzaba por la borda. Pero cuando al fin el buque desembarcó en el muelle de San Francisco esa sensación de aturdimiento e irrealidad fue súbitamente reemplazada por el bullicio de una ciudad viva. En el tumulto del puerto trajinaba una multitud sudorosa de marineros y negros de estiba que iban y venían de los barcos a las bodegas, pasando por las aduanas repletas de galpones de hojas de tabaco amarrados con fibra de palmera, salazones, café verde, azúcar y especias. Todo olía fuertemente. Nada más bajar el doctor notó cómo la humedad y el calor empezaban a quemarlo por dentro. Las moscas revoloteaban por todas partes entre las boñigas pisoteadas de los caballos y el tasajo que pendía de los puestos esquineros en medio del humo acre de las frituras. Rafael Ulloa se dio cuenta de que el corazón empezaba a latirle de otra forma, con más fuerza, y por un momento estuvo a punto de comprender el misterio de aquella urbe ultramarina visitada por todos los barcos del mundo.

En la Alameda de Paula se dirigió a una galería de arcadas donde se estacionaban desde automóviles de lujo a carretas de carga y tomó el coche de alquiler que habría de llevarlo hasta Camagüey, al ingenio azucarero del que tanto había oído hablar de niño. El chófer tuvo que asomar su cabeza por la ventanilla varias veces para abrirse paso entre la turbamulta callejera que se había formado porque una muía había derribado un barril de arenques en salmuera con la barra de tiro. Rafael Ulloa estaba fascinado con aquel bullicio que convertía la calle en un ámbito fragoroso donde había feriantes que voceaban unas pócimas de culebreros que lo mismo servían para combatir la calvicie que para fraguar el amor eterno, mendigos con las llagas humeantes, vendedores de loros amaestrados y de gallos de pelea, pregoneras de esencias de olor, curanderos, saltimbanquis y mercachifles de cuantas novedades llegaban al puerto procedentes de Europa, desde las célebres postales eróticas parisinas hasta el último modelo de liguero de encaje diseñado por la modista Coco Chanel. Cuando por fin consiguieron salir de aquel caos y se adentraron por la carretera del este, el doctor se recostó contra el respaldo del asiento, dejándose mecer por el ronroneo del motor, con el pensamiento disperso en esa vaporosidad que adquiere la memoria en los viajes como si estuviera filtrada a través de un tamiz.

Se acordaba de su hermano Jacobo, pero las únicas imágenes que le venían a la cabeza eran recuerdos infantiles, tal vez porque aquél era el único tiempo que en realidad había compartido con su hermano ya que el doctor había abandonado la casa tan pronto como le fue posible con la excusa perfecta de completar sus estudios en la Facultad de Epidemiología de Viena. La primera imagen que evocó su memoria fue la fotografía de un niño de unos tres años muy rubio, enfurruñado, vestido de gaitero, de la mano de una mujer joven, en la Plaza de la Herradura.



Llevaba un gorro rojo caído de medio lado, chaleco con brocados y calzón negro de terciopelo. No recordaba secuencias completas, sino instantáneas que chispeaban en su mente con el sobresalto de un relámpago de magnesio: una noche de san Juan en que los había llevado por primera vez a ver las hogueras; el miedo común al jorobado de La Moureria que andaba por los caminos con la cara tiznada de negro-humo y un saco al hombro; el miedo también a la mariposa de aceite que brillaba en una hornacina del convento de Santa Clara; el terror a las historias que contaban los criados en voz baja, que era un miedo encrespado y creciente como un animal que estuviera siempre al acecho; el miedo que aceleraba los latidos del corazón; y sobre todo, el miedo al padre, al trueno destemplado de su voz cada vez que volvía a casa de madrugada, tambaleándose, quizá atormentado por el desorden de sus propios instintos lanzando improperios contra cualquier travesura inocente de los niños con el mismo vozarrón airado de quien estuviera revelando los misterios del Sabbath. Su soledad de viudo le había acrecentado la contradicción violentísima entre su naturaleza de hombre y la convulsión religiosa. A veces resolvía esa ecuación arrodillándose con devoción de converso y una Biblia en la mano al pie del altar los domingos en la misa mayor. Otras, desabrochándose el cinto, cuya hebilla tenía un diente de hierro que una tarde de mal viento se le clavó a su hermano Jacobo en la mandíbula igual que un arpón, dejándole una cicatriz negra como la aleta de un pez. Tal vez el conde pensaba que la única forma de redimir los propios pecados era educar a sus hijos con un rigor bíblico aprendido directamente en las aguas violentas del Antiguo Testamento. Aunque después de esos arrebatos coléricos don Julián andaba varios días cabizbajo, trastabilleando, como un alma en pena que tuviese terror a tropezar con su propia sombra. El doctor Ulloa reconocía que el miedo era la verdadera osamenta de aquel mundo vertical en el que, afortunadamente, también había un macizo grande de hortensias donde de niños permanecían escondidos durante horas.

Aquella severidad religiosa había hecho de él un ateo impenitente que, desde que alcanzó el uso de razón, únicamente pisaba la iglesia en las bodas o en los entierros. Sin embargo a su hermano Jacobo lo había convertido en un niño serio y acobardado que tartamudeó hasta los diez años y que nunca llegó a ser un hombre seguro de sí mismo. Tan acostumbrado estaba el doctor Ulloa a considerar a su hermano como un eterno menor de edad que le costaba evocarlo de mayor. Apenas le venían a la cabeza escenas de su hermano de adulto a excepción de alguna de su boda al lado de la novia, escuálido como un centinela, con un traje negro y una flor de camelia en el ojal. Desde que se había ido a Cuba con su familia, no los había vuelto a ver y en ese tiempo las únicas noticias que había tenido de ellos eran las cartas que llegaban dos veces al año con el barco correo, y ahora ya era demasiado tarde.

Estos pensamientos y el olor reconcentrado del combustible le producían a Rafael Ulloa una desfibración de las entrañas. Pensaba también en sí mismo, se sentía algo extranjero, algo solitario. De un tiempo a esta parte, se sorprendía a veces atrapado en una melancolía profunda que no conseguía conjurar como antes desgranando aventuras fugaces, ni con las *boutades* de su amigo Arquímedes Feijoo en las partidas de cartas del Café Moderno, ni siquiera con el exabrupto liberador de una blasfemia descerrajada a tiempo. Mientras se dejaba llevar por la vaguedad de los pensamientos, observaba el paisaje: el verdor fosforescente de la vega, las palmeras quietas, la luz agrumada por el calor, el esplendor efímero de otra tarde que se iba para siempre... Se desabrochó el cuello de la camisa y apoyó la nuca contra el respaldo de cuero del asiento. De vez en cuando lo invadía un sopor amodorrado; entonces dejaba caer el párpado a ras del horizonte, pero sin llegar nunca a la inconsciencia completa.

Hicieron noche en una posada del antiguo camino real, pero la pesadez del aire lo mantuvo



despierto hasta el amanecer. Cuando emprendieron ruta de nuevo, estaba tan agotado que se durmió al instante. Durmió profundamente, pero sabiendo que continuaba el viaje en sueños. Soñó con barcos y escaramuzas de gallos y un viento ardiente como ladrillo al rojo vivo se metió por los resquicios de su imaginación y lo llevó hasta la choza miserable, donde hacía menos de dos semanas había atendido de fiebres pauperales a una mujer en el barrio de los alpargateros. Ella y sus tres niños caminaban descalzos en el sueño por un terreno fangoso que era como un lodo de ceniza y estiércol de ganado mientras las campanas tocaban a duelo en el convento de las clarisas.

Cuando al cabo de seis o siete horas de traqueteo abrió los ojos de nuevo, vio que el automóvil avanzaba lentamente por un camino de estatuas cubiertas de polvo y divisó al fondo un pórtico de columnas. La vivienda era un bello edificio colonial de dos plantas con zócalo de mosaico y ventanas enrejadas que, como todas las propiedades de los ricos hacendados, se hallaba precedida por un paseo polvoriento de Apolos y Artemisas, porque uno de los retos preferidos de los criollos era rivalizar en la cantidad de estatuas mitológicas que se levantaban en cada finca. Atardecía. Al fondo distinguió en el umbral de la casa una mancha oscura que destacaba contra la claridad rosada del porche. Entonces con un gesto instintivo se enderezó en el asiento y se abotonó el cuello de la camisa. Después se puso a observar aquel punto fijo sin moverse, con una mirada cargada, guiñando un poco el ojo izquierdo, como un cazador que tuviera enfilada a su presa.

Encontró a su cuñada bastante cambiada. Iba vestida de riguroso luto con un traje encorsetado de talle alto que parecía aprisionarla en una jaula. La viudez le había endurecido el semblante con arrugas nuevas, pero no había perdido su altanería natural que en otros momentos de la vida le había servido para no dejarse tomar ventaja por la adversidad. Estaba más delgada que cuando se fue, aunque seguía conservando su principal encanto, que consistía en una caída de párpados densa y soñadora que le daba un aire siempre algo distante.

—Así que al final has venido —dijo ella con cierta fatiga, en voz baja como si hablara con una persona invisible y lejana.

—Ya lo ves —respondió el doctor en el mismo tono, sonriendo. Se saludaron con un abrazo afectuoso pero algo envarado en el que cabían más cosas de que probablemente eran capaces de decirse en aquel momento.

Rosaura, la criada martiniqueña, era una negra de cabello de alambre y caderas alzadas capaz de levantar un muerto en cada brazo. Se encargó de subir el equipaje a la habitación que el doctor Ulloa habría de ocupar durante su estancia en la hacienda. Entretanto don Rafael y su cuñada fueron a sentarse en los sillones de mimbre del patio bajo la sombra de una pérgola de jazmines y siemprevivas. Se observaron con atención, con ojos detenidos, inspeccionadores, un poco cohibidos por los años que llevaban sin verse.

Rebeca Aldán ya había cumplido los cuarenta años y su semblante había perdido lozanía pero a cambio había ganado una intensidad trágica patente sobre todo en el círculo violáceo de las ojeras que delataban en ella algo naufragado antes de tiempo.

—No has cambiado nada —le dijo al doctor con su aflicción de viuda, devolviéndole un veredicto más amable del que había leído en sus ojos. Rafael Ulloa notó aletear en aquella cortesía la sombra de un halago quimérico. Sonrió sin decir nada.

Permanecieron en silencio un poco azorados hasta que entró Rosaura con la bandeja de las bebidas. El doctor Ulloa vertió un poco de refresco de granadilla sobre el hielo picado en el vaso de su cuñada. Tenía un color rubí muy intenso. A continuación se sirvió a sí mismo un ron añejo.



—¿Y tú cómo estás? —le preguntó mirándola directamente con un tono más grave que trivial.

—No lo sé... —respondió ella. Su voz sonaba algo gastada y ausente—. Te pasas la vida al lado de un hombre —continuo diciendo como si conversara consigo misma— alentando sus sueños, planchando su ropa, bordando sus iniciales en la pechera de las camisas, distrayéndolo con artimañas de madre para aliviarle el terror de enfrentarse al mundo cada mañana y sin embargo, si un día no regresa, eres tú la que te mueres de miedo. —Hablabla despacio, como si cada palabra fuera el resultado de una meditación previa y solitaria—. Te quedas en ese estado para siempre. De golpe se te caen los años encima.

—No se te notan —mintió ahora el doctor, más por ternura que por cumplido. Siempre le había caído bien su cuñada. Le gustaba su carácter llano, la falta de remilgos que hacían de ella una mujer distinta a la mayoría de las señoritas de apellidos muy ilustres que a la hora de la verdad eran incapaces de plantarle cara a la vida acostumbradas como estaban a reaccionar ante las desgracias con el mohín de un vahído. Rebeca Aldán venía de una familia de bacaladeros y se le notaba en el temple. Su padre había hecho una pequeña fortuna como patrón de pesca en los caladeros de Irlanda y la había dedicado a que a su hija no le faltara de nada, le dio la mejor educación que pudo, pero lo último que hubiera deseado era verla convertida en una damisela mística y quebradiza. No tuvo que pasar por esa amargura. De joven Rebeca era una de las muchachas más hermosas de todo el Salnés. Pero los jóvenes de su edad no se atrevían a hacerle la corte por miedo a exponerse a la aspereza de sus desplantes. Tenía fama de mujer leída y de brida difícil. Su ironía lenguaraz había espantado a más de un pretendiente que se vio obligado a abandonar el cerco entre un coro de rechiflas de burlas. Cuando conoció a don Jacobo en la romería de nuestra Señora de los Remedios, lo descabalgó de una sola mirada. Sin embargo pese a la timidez enfermiza del primogénito de los Ulloa, o quizá precisamente por esa misma humildad de perro apaleado que lo caracterizaba, Rebeca Aldán no hizo ante él ningún alarde de ironía, sino que se limitó a elevar un poco los brazos como cualquier muchacha sumisa para dejarse enlazar por el talle mientras la orquesta tocaba el pasodoble Islas Canarias. Era de esa clase de mujeres capaz de librar grandes batallas frente a cualquier gallo de pelea, pero que se rendía sin condiciones ante el primer ser verdaderamente necesitado de afecto que se encontrara en su camino.

El conde de Gondomar nunca había visto con buenos ojos aquel noviazgo de su hijo con una advenediza y de hecho hizo todo lo que pudo para impedirlo, pero tuvo que acabar aceptándolo a regañadientes como un mal menor, porque el carácter introvertido de su hijo Jacobo le hacía temer que si naufragaba aquel enamoramiento se encastillara en una soltería de penitente. Desde el mismo momento de la boda trató a su nuera con una punta viva de desprecio. Criticaba sus aires mundanos, la forma en la que cogía los cubiertos, y hasta el modo ranchero y directo de tratar a su esposo. Pero ella había aprendido a sacudirse de encima esos comentarios devolviéndole la pulla envenenada sin ceder un ápice de su dignidad. El doctor la había visto ganar duelos históricos durante los primeros años de recién casados cuando la pareja vivía en el ala oeste de la villa. No dejaba de resultar paradójico que después de tanta inquina, cuando empezaron a manifestarse los primeros síntomas de la enfermedad del conde, Rebeca Aldán fuera la única persona en este mundo por la que don Julián aceptaba ser ayudado. Ella lo tomaba del brazo para bajar las escaleras, susurrándole al oído el número de peldaños, lo guiaba por todas las estancias como a un ciego de misericordia y las tardes soleadas lo sacaba a pasear al corredor del jardín, haciéndolo avanzar a duras penas entre los flancos del seto como si aquél fuera el último trayecto, del último vado, del último río de su vida.



Sin duda Rebeca Aldán había sido una matrona de pura sangre, con un estilo de raigambre marinera que le impedía aprovechar la debilidad del adversario para cobrarle todas las facturas de los sufrimientos aunque éstos le hubieran desgraciado la vida. Por eso, el doctor al tenerla ahora enfrente tan vencida no pudo dejar de sentir en su fuero interno una pizca de decepción, un desasosiego íntimo que se parecía algo a la compasión que había experimentado al lado de algunas mujeres cuando la luz diurna arrojaba el primer jarro de agua fría sobre el entusiasmo idealizado de la noche.

—¡Que no se me notan! —exclamó ella como si tirara por la borda una más de sus tantas ilusiones perdidas. Después sirvió a su invitado otra copa de ron y cambiando la entonación añadió—: Tú no sabes bien lo que es esto. Aquí se desgasta una antes de tiempo. Es por esta humedad. Por la noche cuando intentas dormir parece como si estuvieras acostada en tu propio sudor, el bochorno se introduce en los dormitorios más resguardados, cala cortinas y mosquiteros, sobre todo en la estación de lluvias. Todo está húmedo, las sábanas, los libros, el pan... Te sientes rodeada de zumbidos por todas partes, son pequeños silbidos, pero muy agudos. De poco sirve palmearte las sienes o los hombros para espantarlos, abofetearte, dar vueltas... Cuanto más te empeñas en ahuyentarlos más rabiosos se ponen. Acabas volviéndote loca. Los negros siempre cantan cuando llueve, se sientan en los porches de las casas y son capaces de permanecer allí durante horas con sus letanías. Te miran por encima del hombro si te ven nerviosa. Vayas a donde vayas, sientes esa mirada encima. En realidad es verdad que son superiores a nosotros porque ellos resisten. Están acostumbrados a esto. Tu hermano fue acostumbrándose poco a poco, ya sabes cómo era... Pero el trópico lo quemaba por dentro. —Rebeca se detuvo como si de pronto la hubieran asaltado pensamientos inexpresables—. Eso sólo yo lo sé.

—¿Cómo ocurrió? —quiso saber el doctor refiriéndose a su muerte. Se había bebido su copa de un trago y al depositarla de nuevo sobre la mesa baja de cristal reparó en que a su cuñada se le habían aclarado repentinamente los ojos de un verde jaspeado muy traslúcido, pero sin llegar a licuarse—. Perdóname —se disculpó posando su mano afectuosamente sobre el antebrazo de ella—, soy un bruto. Ya me lo contarás en otro momento. No hay ninguna prisa.

Rebeca se acercó también el vaso a los labios para darse tiempo y cuando levantó el rostro hacia su cuñado, lo tenía sereno de nuevo. El doctor Ulloa no pudo por menos que admirar su rapidez y entereza para recobrase de los momentos bajos.

—No te preocupes —dijo ella tomando aire como quien hace acopio de aplomo para que no se le quiebre la voz—. Lo que hay que decir, es mejor decirlo cuanto antes. Tu hermano salió temprano hacia el puerto de Santiago —explicó—. Dijo que tenía que arreglar un asunto urgente en las oficinas de exportación. Me pareció extraño porque en la mayoría de los ingenios no habían finalizado aún las labores de molienda de la caña, pero tampoco le di más importancia. Antes de salir cortó del patio la primera camelia de la madrugada —dijo, señalando el árbol de hojas relucientes y opulentas que crecía en un extremo del jardín—, son esos pequeños detalles los que una siempre recuerda... —añadió como si divagara, pero no tenía ninguna intención de divagar—. Antes de llegar a la finca de San Pedro de Río Chico —continuó explicando con la voz completamente serena— se despeñó con el caballo al galope por el barranco de Ogún. Lo trajeron los cortadores de caña en una carreta de transportar guarapo con los labios amoratados, ya muerto en vida aunque todavía tenía un soplo de aliento, pero no le alcanzó ni para despedirse.

Así fue cómo el doctor Ulloa supo que su hermano Jacobo no había muerto de malaria, como todos habían dado por sentado al recibir el telegrama, sino por una caída inexplicable del caballo que le reventó el corazón.



Rebeca Aldán hablaba pausadamente, sin alterarse, como si únicamente estuviera haciendo una recapitulación de los hechos, pero el doctor creyó notar en su voz un poco de aprensión como si intentase eludir algo a lo que prefería no referirse o que tal vez no sabía cómo hacerlo. Rafael Ulloa consideró que quizá había llegado el momento de cambiar de conversación. Continuaron charlando amparados por la acústica detenida del patio a aquella hora vespertina, pero ya no hizo más preguntas sobre el accidente que le costó la vida a su hermano ni quiso saber más detalles. Poco a poco, a medida que la plática fue derivando hacia terrenos menos espinosos, el doctor Ulloa iba reconociendo en su cuñada los gestos desenvueltos y francos de antaño. Recordaron anécdotas, mientras la fragancia caliente de los jazmines les ayudaba a superar las reservas, sonrieron con nostalgia y también tuvieron tiempo para pasar revista fugazmente a la situación económica del antiguo ingenio y del almacén, que al fin y al cabo era la razón principal del viaje del doctor a la isla. Rafael Ulloa se comprometió a revisar personalmente en los próximos días el estado de las cuentas y ocuparse de poner en claro los asuntos del difunto. Rebeca Aldán aprovechó una pausa en la conversación para preguntar por doña Elvira.

El doctor entendió que era una pregunta de cortesía y no se demoró demasiado en la respuesta. En realidad siempre que alguien se interesaba por su esposa recurría a la misma contestación formal y breve que era su forma de ahuyentar cuanto antes los fantasmas de la culpa. En realidad la propia doña Elvira contribuía a fomentar esa actitud con su victimismo porque no desaprovechaba ocasión para quejarse de su falta de atención.

—De qué me sirve tener un marido médico —solía decir— si en lugar de ocuparse de los que tiene en casa sólo está pendiente de la montonera de pobres del Hospital de la Caridad.

Mucho más distendida, sin embargo, fue la respuesta de Rafael Ulloa, cuando su cuñada le preguntó por Juana.

—Ahí sigue —contestó con una inflexión involuntaria de ternura en la voz al evocar a la antigua nodriza con sus eternas zapatillas de paño con las que iba de un lado a otro de la casa sigilosamente. Nunca se la veía por ningún sitio, pero siempre aparecía cuando se la necesitaba—. Tan silenciosa como siempre, aunque algo más vieja —dijo—. Se le van olvidando las cosas. A veces se pasa horas buscando el costurero porque no se acuerda dónde lo dejó. Sin embargo otras cosas no se le despintan ni por asomo. —Cuando el doctor hablaba de Juana lo hacía como si se tratase de un ser de una naturaleza distinta a las demás personas, sujeta a otras leyes, las mismas que regían los romances antiguos o los cantares de ciego y las tallas de los capiteles de las catedrales. No concebía que Juana pudiera tener una edad concreta, porque creía que ella misma formaba parte de la esencia pura del tiempo y flotaba en la misma bruma.

De un tema pasaban a otro. Rebeca permanecía atenta a todas las novedades del pueblo, dejándose embelesar por las descripciones que hacía su cuñado de aquel otro mundo añorado y tan distinto al del trópico. Un mundo de tejados hundidos, de maizales sobrevolados por bandadas de grullas y adonde llegaban también a veces las gaviotas y el viento húmedo de la bahía con olor a salitre. Escuchaba hablar de su país como si las palabras tuvieran el poder milagroso de devolverle por un instante un paisaje de viñedos bien dibujados, el azul profundo de las estribaciones de la sierra por donde el río trazaba su curva de plata, las laderas en las que pastaba el ganado y las fincas de valle, pequeñas y agrestes, separadas por muros de piedra; le parecía estar viendo las luces amarillas de las casas que punteaban el aire en cuanto se ponía el sol en las tardes de invierno; casi podía aspirar el vaho del estiércol en las cuadras, el olor del humo de leña verde en los caminos entre las largas bardas de corrales; le parecía estar oyendo las pezuñas de los bueyes y el chirrido de las ruedas de los carros rebotando en el empedrado y por momentos hasta



creía escuchar las voces de las mujeres en la Plaza del Crucero, con sus cántaros de leche en la cabeza, conversando en voz baja sobre las cosas extrañas que sucedían, como cuando apareció en una celda del convento de Santa Clara el cuerpo desnudo de una novicia que se había ahorcado con el cordón consagrado de su propio hábito.

Rebeca Aldán prestaba atención a todos los detalles en silencio, con los brazos cruzados sobre el regazo y el corazón encogido como todos los desterrados cuando le hablan de una patria que se han visto forzados a abandonar.

Estuvieron largo rato sentados a la sombra del patio en esa hora próxima al crepúsculo hasta que la noche cayó de golpe como un telón y Rosaura fue a avisarles de que la cena estaba servida en el salón de las horas, llamado así por el reloj inglés de péndulo que presidía la pared medianera igual que un guardia imperial. Mientras atravesaban un corredor de baldosas ajedrezadas, el doctor Ulloa preguntó por la niña, como si hasta ese momento no hubiera notado su ausencia. Quizá se la trajo de golpe a la memoria una muñeca de porcelana vestida de terciopelo con bucles de filamentos de oro que él mismo le había regalado a su sobrina el día de su partida y que ahora se hallaba expuesta en una vitrina del pasillo en medio de dos estatuillas de elefantes de alabastro.

—Ya no es una niña —le respondió la madre—. Cumplió catorce años en febrero. Está estudiando en el colegio del Espíritu Santo de La Habana. —Y mientras lo decía le alargó un portarretratos de plata que había en otro estante de la misma vitrina con la fotografía de una adolescente de expresión hosca, vestida de uniforme azul marino con botines blancos de cordones cruzados y una sola trenza negra colocada de medio lado que le llegaba hasta la cintura—. La semana que viene comienzan las vacaciones escolares —le anunció—. Entonces podrás verla.



CAPÍTULO 06

Apenas el coche enfiló la primera calle, el doctor Ulloa descubrió el portón claveteado que le había mencionado su cuñada cuando le dio las indicaciones del almacén. Allí, bajo un balcón volado de reja española y con una escarapela de luto en el sombrero, lo esperaba Arístides Oliveira. Cuando el doctor le dio la mano, el albacea se descubrió la cabeza y lo saludó con una inclinación muy protocolaria. Era un hombre robusto con anteojos redondos y una calva de solemnidad que lucía, según la moda moderna, con los cuatro cabellos largos de la crencha derecha cruzándole el cráneo. Al doctor le pareció un hombre demasiado apocado para ser un buen comerciante. Sin embargo cuando lo vio caminar entre las mercancías con un dominio de capitán de fragata, cambió inmediatamente de parecer. Primero visitaron la tienda que era un local amplio de cuyo techo pendían las aspas de un ventilador. Las estanterías de madera ocupaban por completo la altura de las paredes y en ellas se mostraban todo tipo de productos: candados, molinillos de cacao, quitasoles verdes y rojos, navajas de barbería y hasta hojas de pan de oro para adornar los libros. El almacén se encontraba en el sótano y se podía acceder a él a través de una escalera de caracol. Bajo sus bóvedas se alineaban sacos, toneles y fardos de las más variadas procedencias. El tabaco se hallaba amontonado en galpones aún con el verdor tierno de las hojas entre las que destacaban algunos ojos de un dorado muy claro en medio de la capa mullida; en otra estancia se encontraban las pencas de arenque y bacalao sudando salmuera sobre las baldosas; los quesos estaban apoyados sobre tablones paralelos y el vino almacenado en barricas goteaba por todas las canillas despidiendo aromas de bodega. Arístides Oliveira navegaba en aquel océano con empaque propio, sin confundirse ni tropezar con nada como un murciélago en una cueva. En cada pasillo le iba dando explicaciones al doctor de todas las mercancías.

—Éstas son las gavetas de las especias —dijo, señalándolas una a una—: el laurel, el jengibre, la salvia... —Cuando llegó a la pimienta de Cayena, tomó una pequeña cantidad en la palma de la mano y se la dio a oler al doctor por el gusto de verlo estornudar.

Rafael Ulloa se hallaba un poco mareado entre los vapores mezclados en aquel sótano sin respiradero hasta que aspiró un olor que por fin le resultaba grato. En una capilla separada del almacén, al otro lado del patio, se hallaban los sacos de café recién tostado y el albacea ordenó a uno de los dependientes que le sirvieran al doctor una taza bien cargada en su despacho mientras consultaban los libros de cuentas.

Rafael Ulloa no había dicho palabra hasta ese momento, perdido en sus cavilaciones. En realidad estaba aterrado con la idea de ponerse al frente de todo aquello. El mundo de los negocios le resultaba completamente ajeno. No conocía los precios y apenas sabía distinguir un grano de otro. Por otro lado tampoco veía a su cuñada lidiando con aquella selva de mercaderías.

Arístides Oliveira le mostró aforos, facturas, órdenes de pago y recibos, todo perfectamente clasificado. Repasaba las líneas con el índice y aderezaba sus informes con toda profusión de detalles. Mientras hablaba gesticulaba con las manos como si éstas se le hubieran transformado en los platillos de una balanza. Cuando, después del café, le habló de un proyecto para darle nuevos vuelos al negocio abriéndolo hacia nuevos mercados, el doctor sonrió por primera vez. A aquellas alturas ya no le quedaba ninguna duda de que llegaría a un acuerdo con el albacea para que se ocupara de los asuntos del difunto. En los tres días siguientes que permaneció en la ciudad tuvo ocasiones de sobra para darse cuenta de los conocimientos de Arístides Oliveira sobre las



operaciones de compra-venta y el funcionamiento de la Banca y los Seguros. Sólo quedaba por decidir una fórmula para hacer efectivo el acuerdo. Al final, después de darle algunas vueltas, se decidió por negociar una participación sobre los beneficios. Fue el propio Arístides Oliveira quien propuso la solución del giro a la península a través de un testaferrero para pagar menos impuestos, porque el doctor ya le había manifestado su intención de llevarse con él de vuelta a casa a su cuñada y a su sobrina.

El doctor Ulloa regresó al ingenio, haciendo un recorrido largo, deteniéndose aquí y allá, sin otro propósito que demorarse en el deleite del paisaje salpicado a ambos lados por los típicos pueblitos antillanos de casas humildes pintadas de colores muy vivos, con tejados de cinc y tiestos de flores colgados en los porches. Pensaba en el sentido de las cosas. Cuando llegó a la villa le inundó un hálito a vetiver y violetas de genciana que salía de la cocina, donde Rosaura, con un pañuelo de lunares anudado a la cabeza al estilo martiniqueño, con las puntas colgando hacia adelante, canturreaba entre clientes una tonada en patois mientras trajinaba entre los pucheros.

—No lo esperábamos tan pronto, doctor —le dijo con una entonación de vocales muy abiertas que además mezclaba el francés y el español en una sintaxis que a Rafael Ulloa le resultaba francamente divertida—. Pero siéntese usted que enseguida le sirvo un granisadito.

—No se preocupe, Rosaura, siga con lo que está haciendo —le contestó a través del hueco de las escaleras mientras se encaminaba a grandes trancos hacia su cuarto para cambiarse la ropa polvorienta del camino.

Pero antes de entrar a su alcoba le sorprendió en otra de las estancias un aroma aún más intenso a infusión perfumada y empujó la puerta que estaba entreabierta. Lo deslumbró la luz que se concentraba en aquel vapor como en una redoma de cristal. Cuando sus ojos se acostumbraron a la claridad, descubrió al fondo una figura femenina en una postura extraña. Estaba de pie con la cabeza inclinada sobre una tinaja humeante y con todo el cabello delante de la cara, una mata larga de pelo mojado y brillante que con un solo movimiento se echó hacia atrás dejando al descubierto un rostro de pómulos altos y ojos muy vivos y raros, más separados de lo normal.

—Tú tienes que ser Laura —dijo el doctor, adelantándose unos pasos.

La muchacha sonrió.

—No se acerque, que lo voy a mojar —le advirtió mientras le tendía la mano, con un acento caribeño de pura melaza que contrastaba con la dureza de su semblante.

Apenas se habían saludado cuando Rosaura entró en el cuarto, llevando una toalla que la niña se enroscó con maña alrededor del pelo como un turbante. Así ataviada al doctor Ulloa le pareció que su sobrina poseía una belleza extraña de huesos largos como de princesa abisinia a pesar de las imperfecciones. Sus cejas le parecieron demasiado pobladas, la barbilla excesivamente voluntariosa para el canon femenino, le faltaba redondez en el cuerpo y le sobraban aristas por todas partes. Además había en ella algo desconcertante, una gravedad excesiva que no se correspondía en absoluto con su edad.

—Enseguida estaré lista —se; disculpó antes de desaparecer tras la puerta del vestidor seguida de Rosaura.

Mientras la esperaban abajo tomando un aperitivo, Rebeca Aldán y su cuñado conversaron largamente sobre el estado del negocio y el doctor Ulloa le expuso detenidamente su proyecto de llevárselas con él de regreso a casa sin que ella le diera una respuesta definitiva.

—Ya veremos —le dijo, pero se le notaba en la voz que estaba halagada por el ofrecimiento.



A las ocho en punto estuvo servida la cena en el comedor, con las dos vidrieras de cuerpo entero que daban al patio abiertas de par en par y mantel y candelabros de gala. Se oía el cascabeleo del agua que manaba en la fuente central desde el cántaro de un paje de terracota. El doctor fue invitado a ocupar el sitio reservado para el difunto en la cabecera de la mesa, frente a su cuñada. Laura Ulloa bajó vestida con unos pantalones amplios de brin, zapatos de lona y una sencilla camisa blanca de batista sobre la que flotaba una cola de caballo que le corría por la espalda como un músculo oscuro con vida propia. Al doctor le sorprendió el atuendo no tanto por la ausencia de luto, que era algo permitido a los menores de edad, como por la prenda masculina. Era la primera vez en su vida que veía a una mujer vestida con pantalones.

La muchacha permaneció silenciosa durante la cena y respondió apenas con monosílabos a las preguntas que su tío le hizo sobre el internado. Aunque por la expresión de su rostro el doctor dedujo que no debía de ser muy feliz dentro de los muros conventuales. Tampoco la relación con su madre parecía muy cordial; más que escucharla daba la impresión de vigilarla y enjuiciar severamente cada una de sus palabras. Había en sus ojos adolescentes un profundo y distraído fulgor de odio indefinido. Pidió permiso para retirarse en cuanto Rosaura se dispuso a servir el café de la sobremesa. El doctor la vio alejarse con andares de fiera y un libro bajo el brazo hacia la hamaca que colgaba de las ramas de un flambuayán.

—Me tiene preocupada —le comentó Rebeca a su cuñado—; desde que murió su padre está así.

El doctor Ulloa miró hacia el patio y la vio espectral con su perfil de princesa abisinia dulcificado por el tenue resplandor del candil y se dio cuenta de que no estaba leyendo.

—Se le pasará —vaticinó sin darle importancia, reconociendo que a ciertas edades el dolor suele descomponerse en una cólera ciega contra el mundo. Después se reclinó hacia atrás en la silla percibiendo el cansancio interno de sus propios órganos en los que ya empezaba a acusar los efectos del calor, especialmente en el corazón, donde se adensa el secreto e irreparable flujo de la sangre. Tomó unas hebras de tabaco de la cajita de madera que le ofreció su cuñada, enrolló un cigarrillo con una habilidad de experto y lo fumó despacio.

Fue entonces, estando ya a solas, con el café y los licores sobre la mesa junto a una fuente de galletitas inglesas de nata, cuando salió a relucir el asunto del testamento.

—Tu hermano dejó arreglados todos los papeles de la herencia —dijo Rebeca Aldán—. Estuvo en el notario una semana antes del accidente, como si supiera que iba a morir. —Miró hacia el jazminero mientras le daba vueltas mecánicamente al café con la cucharilla y con un tono de voz más íntimo o vacilante, como si estuviera hablando para sí misma, añadió—: Yo creo que lo sabía.

El doctor Ulloa observó a su cuñada con una punta de conmiseración, como se mira a las personas que acaban de perder a un ser querido y todavía se hallan bajo ese estado brumoso y fuertemente emocional que suele embargarlas cuando rememoran al muerto.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, más por deferencia que por verdadera curiosidad.

—No lo sé... —respondió ella sin salir del todo de sus conjeturas interiores. Tenía en la mano una galleta con una cereza cristalizada en el centro. La mordisqueó sin ganas—. Estaba raro desde hacía algún tiempo. Más raro de lo que era habitual en él, quiero decir. Dormía poco, se sobresaltaba por el menor motivo y últimamente había tomado la costumbre de guerra que tienen aquí muchos criollos de dormir con el revólver debajo de la almohada.

Esta vez el rostro del doctor ya no reflejaba piedad o paternalismo sino franca y sincera



sorpresa. No dijo nada, pero su expresión no dejaba lugar a dudas. Las cejas alzadas eran una clara invitación hacia su cuñada para que se explicara con más detalle.

—Llegué a pensar que quizá se trataba de algún asunto relacionado con el negocio —continuó Rebeca—. Desde el final de la guerra, las cosas se han complicado mucho aquí, los americanos tienen sus propios métodos y hay compañías que incluso han llegado a contratar matones. —Rebeca Aldán se paró en seco como si su pensamiento o su conciencia hubieran dado un giro repentino y al cabo de escasos segundos añadió—: Pero por otra parte también estaba raro conmigo, distante... —Su voz había vuelto a debilitarse, ahora hablaba, no con vacilación, sino meditativamente y con cierta cautela como si por primera vez se permitiera verbalizar aquellos pensamientos—. Pasaba más tiempo fuera de casa y cuando regresaba ya no era el mismo hombre de siempre, sino que se mostraba irritable, evasivo. Perdió el apetito. Evitaba dirigirse a mí como si estuviéramos reñidos por algo, pero no lo estábamos. Al menos yo, por más vueltas que le doy, no soy consciente de nada que hubiera podido molestarle. Pasaba de un lado al otro del corredor como un animal enjaulado. La última noche me desperté sobresaltada, y vi que me estaba mirando en la oscuridad. Debían de ser las dos o las tres de la madrugada. Se había incorporado en la cama y me observaba con extrañeza, como si no me reconociera. Pero cuando le pregunté por qué me miraba así, él lo negó y volvió a recostar la cabeza en la almohada. A la mañana siguiente, sin embargo, se levantó de buen humor, como si se hubiera reconciliado conmigo en sueños. Salió al patio y cortó la primera camelia de la mañana. Hacía tiempo que no se prodigaba con esa clase de galanterías. Creo que no lo hacía desde los primeros años de casados. Después mandó ensillar el caballo y... bueno, ese mismo mediodía ya me lo trajeron agonizando en un carretón de millas. —Rebeca Aldán parecía estar ahora mirando hacia sus adentros, tratando de poner orden en los cambios que había venido percibiendo en su marido en los últimos meses, como alguien que repara demasiado tarde en ciertos indicios que sin duda ya anunciaban lo que iba a suceder sin perdonarse el no haber sabido interpretar esas señales a tiempo. Pero no siempre resulta fácil distinguir lo que es cierto de nuestras figuraciones, lo sucedido realmente de lo que suponemos o tememos. Había depositado el platillo con la tacita vacía sobre la mesa y al inclinarse su rostro quedó directamente iluminado por la veladora. A pesar del cansancio visible sobre todo en las ojeras y en la comisura de los labios, mostraba una dignidad de ídolo funerario, impávida y ceremoniosa dentro del vestido negro—. Es muy extraño que un jinete tan experimentado como él se lanzara al galope por esa torrencera —dijo—. A veces la persona que tenemos más cerca es la más desconocida. Tu hermano nunca fue un hombre fácil de entender. ¿Quién sabe lo que pasaba por su cabeza?

—¿Y nunca le preguntaste? —replicó el doctor con un tono que sonó levemente recriminatorio.

—Claro que lo hice, pero siempre me contestaba con evasivas. Una vez me contó un sueño que había tenido. Dijo que había visto pasar la Santa Compañía por detrás del convento de las clarisas y que era él quien llevaba el pendón parroquial en la cabeza de la procesión de difuntos. Ya sabes lo que eso significa...

—Lo único que significa es que tenía miedo, carajo —respondió el doctor con brusquedad. Le decepcionaba que su propia cuñada, a quien tenía por una mujer inteligente, creyese en esa clase de supercherías. Como médico su principal obsesión había sido enfrentarse a las supersticiones atávicas de la gente con las enfermedades como dar sopas de vino tinto con azúcar a los niños para prevenir la tisis o lavar los eczemas de la piel con agua de las charcas donde habían escupido las salamandras—. En más de una ocasión he visto casos parecidos. Jóvenes a quienes se les pone el cabello blanco de golpe, después de haber sido seguidos hasta la puerta de casa por un lobo o



que se quedan clavados en medio del monte, cianóticos. Son casos evidentes de muerte por pavor. La causa última de la muerte bien sea un infarto, una embolia o un accidente son sólo anécdotas. Lo que no acabo de entender es a qué podía tenerle tanto miedo Jacobo.

—A todo —contestó su cuñada con un resorte automático y mientras lo decía pensaba en aquel niño grande que su marido nunca había dejado de ser—. Se pasó toda la vida temiendo algo, a tu padre, a las malas cosechas, a la desgracia... —Cuando eran novios recientes Jacobo Ulloa le había hecho esa clase de confidencias con las que los enamorados intentan compartir el tiempo inverso en el que aún no se conocían. En una ocasión le contó que desde muy pequeño había tenido el instinto de esconderse debajo de las camas o de los manteles de las mesas. Ese era su reino clandestino desde el que miraba hipnotizado el mundo, espiaba las conversaciones, observaba el ir y venir de los criados, un conciliábulo de pisadas y de voces que lo llamaban desde todas las habitaciones de la casa. Cerraba los ojos e imaginaba que aquellas sombras gigantes se convertían en seres terribles, serpientes con ojos de gato y lobos con las fauces abiertas, pero sobre todo lo aterraba el fantasma de aquella mujer desnuda con una soga de oro alrededor del cuello, que algunos campesinos juraban haber visto deambulando por el camino del cementerio. En esas conversaciones iban desgranando su noviazgo a base de recuerdos durante los paseos dominicales, cuando regresaban por los caminos entre fincas bajo aquella luz húmeda y dorada de después de la lluvia, una luz que ella tenía asociada a los primeros besos cándidos y a un sentimiento de devoción y ternura maternal que desde el principio había confundido con el amor.

Rebeca se había sumergido completamente en sus recuerdos que la aislaban como la muralla infranqueable que separa el mundo de los vivos del de los muertos. Se había quedado inmóvil como una estatua de ojos fijos.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó el doctor Ulloa, tomándola del brazo.

—Nada —respondió ella sonriendo vagamente, como a su pesar. Después movió la cabeza hacia los lados con un gesto de negación, pero más que por enfatizar su respuesta lo hizo para espantar los recuerdos. Luego, volviendo a la conversación, añadió—: Qué extraño es todo... Tu hermano me recordaba mucho a tu padre al final. ¿Quién lo iba a decir, verdad? Con todo lo que sufrió por su culpa. También tu padre estaba asustado sus últimos años y a veces miraba a través de los ventanales de la biblioteca como si estuviera viendo un fantasma. ¿Te acuerdas? —El doctor Ulloa recordaba efectivamente haber visto a su padre cuando ya estaba postrado en la silla de ruedas con una manta de enfermo sobre las rodillas señalando las sombras espectrales del jardín con el rostro lívido y los labios petrificados como si hubiera visto a alguien venido de otro mundo para exigirle venganza. Eran los signos inequívocos del deterioro final. Por su profesión, Rafael Ulloa sabía que a veces la vejez lleva consigo un viento loco que acababa oxidando la memoria y metiéndose por los resquicios más protegidos de la mente.

—¡Él fue su propio infierno! —exclamó su cuñada como si le hubiera leído el pensamiento—. No ha habido en este pudridero de almas un hombre más atormentado que tu padre.

—Creí que lo odiabas.

—Lo odié un tiempo, al principio. Después ya no. No se puede odiar lo que se compadece. —Rebeca se llevó el pañuelo a la frente para secar las diminutas gotas de sudor—. Tú estabas siempre fuera, en París o en Viena, viajabas mucho por esa época y no supiste realmente nada de lo que ocurría en casa. El miedo puede convocar muchos fantasmas —comentó enigmáticamente—, pero todavía convoca más el remordimiento.

El doctor Ulloa tuvo la sensación de que la conversación estaba derivando por unos derroteros



que lo alejaban de su origen inicial. Pero las palabras de su cuñada tenían un tono de rememoración y de secreto que irradiaba una poderosa sugestión.

—Te dije algo mi padre que te hiciera pensar eso.

—Sé que, después de casarse con tu madre, hubo otra mujer. No sé cómo se llamaba ni quién era porque supe acerca de ello mucho más tarde de que sucediera. Creo que era alguien muy joven y que acabó mal. Pero no sé... Tengo una idea muy imprecisa. Se contaban tantas cosas... A veces uno confunde lo que sabe con lo que imagina o con lo que ha oído.

No era la primera vez que el doctor Ulloa oía aludir a la existencia de aquella mujer, pero siempre había considerado que se trataba de habladurías, más que nada porque le resultaba imposible imaginar a su padre envuelto en un lance amoroso. Sin embargo no le parecía descabellada la misma idea en el caso de su hermano. De sobra sabía que los cambios en el comportamiento obedecían a menudo a las turbulencias del corazón. En cierta ocasión había tenido la oportunidad de comprobar en sí mismo los síntomas a los que había hecho referencia la mujer de su hermano: las respuestas evasivas, la inapetencia, el insomnio...

—¿Acaso piensas que Jacobo podía tener una amante? —preguntó el doctor espontáneamente, mirando a su cuñada a los ojos, como si se le acabara de encender una luz en el pensamiento. Pero enseguida se mordió los labios por la inconveniencia.

Rebeca Aldán sonrió con aire fatigado.

—No, no lo creo. De ser así, me hubiera enterado. No olvides que estamos en una isla. Aquí todo se sabe y muchas cosas se saben incluso antes de que sucedan.

El doctor Ulloa pensó entonces para sus adentros lo que nunca se hubiera atrevido a preguntarle directamente a su cuñada: si había tenido ella alguna historia oculta al margen del matrimonio. Nada le habría sorprendido, porque sabía perfectamente que las mujeres eran iguales a los hombres en sus pasiones secretas y que en cualquier vida por intachable que parezca hay siempre demasiados enigmas. Pero hizo bien en no preguntarlo.

—Tal vez fue algo que le contaron, si a la gente le gusta tanto hablar como dices... —se limitó a comentar.

Pero las mujeres inteligentes piensan más en el sentido oculto de las palabras que en las palabras mismas y Rebeca Aldán adivinó perfectamente la insinuación de infidelidad que latía en aquella frase aparentemente casual. Irguió el cuello como cualquier animal que de repente se pone alerta y miró a su cuñado con unos ojos desafiantes que habían sobrevivido a peores inclemencias. Sus pupilas, dos puntas de lanza recién afiladas. Permaneció así unos instantes, los suficientes para que el doctor Ulloa empezara a considerar la posibilidad de disculparse. Después apoyó las dos manos en el filo de la mesa con ademán de hacer acopio de energía para ponerse en pie.

—Será mejor que dejemos esta conversación para otro día —le dijo sin mirarlo directamente— Es un poco tarde ya y me gustaría acostarme, si no te importa. —El doctor Ulloa observó que a su cuñada se le había encendido el rostro con un luminoso, minúsculo rubor que por un momento le devolvió el mismo semblante que le recordaba de los veinte años. Se levantó solícito para retirarle la silla y ayudarla a levantarse.

—Por supuesto, Rebeca —le contestó—. Perdóname, debes de estar agotada. Yo me quedaré todavía un rato. Sólo hasta acabar el cigarro —dijo.

—Puedes quedarte todo lo que quieras.



El doctor Ulloa no tenía sueño. Se sirvió un poco de ron. Aquella tibieza del aire le parecía de una sensualidad compleja y retorcida, acrecentada por una sensación de inmediatez que había experimentado desde el mismo momento de su llegada a la isla. Había algo allí que lo comprometía íntimamente. Pensaba que viajar era útil para desdoblarse, para verse a uno mismo desde fuera. Como si su vida en aquel lugar perteneciera a una existencia paralela, no del todo real, un poco brumosa y por lo tanto libre de las restricciones que suelen atenazar a las personas en los lugares en los que éstas han nacido y viven y tienen un nombre o una reputación que mantener. Se hallaba en una isla, lejos de todo, en una mansión sureña medio oculta a los ojos del mundo por frondosas matas de plátano, mangos lujuriantes y flamboyanes idílicos. Nunca hasta entonces se había sentido así y quizá la experiencia le provocaba una excitación inexplicable. Afuera, las diminutas estrellas blancas del jazminero brillaban iluminadas por la luz de los ventanales abiertos y la brisa hacía ondear levemente las cortinas.



CAPÍTULO 07



Desde lo alto del ingenio azucarero, Rebeca Aldán observó detenidamente a su cuñado en medio de aquellos campos de barro rojo mientras conversaba con un grupo de cortadores de caña que habían detenido momentáneamente sus labores. Aquella mañana habían decidido acercarse a observar la marcha de la zafra. A la distancia en que se encontraban, podía fijarse en él a sus anchas, sin temor a resultar indiscreta. Le sorprendió la movilidad de su fisonomía adiestrada en pasar bruscamente de la risa espontánea a una expresión voluntariosa y dura que reflejaba un carácter dominante radicalmente distinto al de su difunto esposo. «¿Cómo pueden ser tan distintos dos hijos educados por el mismo padre?», se preguntaba. El doctor Ulloa poseía uno de esos semblantes inmunes al tiempo que lo mismo podía representar cincuenta años que cuarenta o incluso algunos menos. La tez muy tostada por el sol del trópico y el cabello liberado de la rigidez de la moda europea del fijador le daban un aire saludable y juvenil que convocaba las miradas furtivas de todas las muchachas que trabajaban en el trapiche. Era alto, poseía un torso corpulento, hinchado de músculos y sus ojos muy oscuros relumbraban con una intensidad emboscada. Desde luego poseía carisma propio. Sin embargo Rebeca Aldán todavía no sabía si su persona le inspiraba simpatía o aversión. A veces le parecía próximo y otras, distante; en ocasiones sincero y a menudo, irónico; cortés e impertinente al mismo tiempo con sus insinuaciones. En cualquier caso le recordaba demasiado a su suegro para resultarle indiferente y este prejuicio la hacía sentirse incómoda en su presencia. Era bien cierto que le agradecía todo lo que estaba haciendo por ayudarlas, pero le irritaba su excesivo desparpajo a la hora de otorgarse en la casa atribuciones de *pater familias*. Desde el fondo de la finca Rafael Ulloa le hizo una señal a su cuñada con el brazo para que se acercase. Apenas llevaba unos días en la isla y ya se movía por aquellas propiedades como si fueran suyas, con el paso firme y tenaz de los propietarios hacendados como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Hablaba con unos y con otros e incluso llegó a recetarle unas papeletas de quinina a una mulata para las fiebres tercianas. Sin embargo Rebeca Aldán sabía que había estado haciendo preguntas a los negros a sus espaldas.

Por otro lado, Laura Ulloa parecía haber congeniado muy bien con su tío. Durante aquellas vacaciones salían juntos alguna mañana a montar a caballo como acostumbraba a hacer antes con su padre. La muchacha se comportaba como lo que en realidad era, una adolescente de edad difícil, altiva y necesitada de una autoridad paterna. Pero en el fondo aún se sentía como una niña en todo el sentido de la palabra, con caprichos de niña y con dientes pequeños y luminosos y cicatrices de juegos en las rodillas. Aunque la mayoría de muchachas de su clase ya se habían convertido en el proyecto de las señoritas casaderas que estaban destinadas a ser, ella tenía preferencia por las costumbres más libres de los chicos tanto en su manera de vestirse como en sus aficiones o en el modo de hablar. A veces, cuando las compañeras del internado se conjuraban para zaherirla, ella se defendía con una retahíla de palabras de arriero que hubieran escandalizado hasta a los negros del trapiche. El doctor le había oído alguna vez divertido una de esas interjecciones canallescas, pero había constatado cómo en su boca perdían sorprendentemente el significado procaz, adquiriendo una inocencia que no podía dejar de hacerle gracia. En el fondo le agradaba que, a pesar de los rezos y *benedicites*, las monjas no hubieran conseguido inculcarle a su sobrina los hábitos sumisos que a su juicio no eran más que la puntilla de una educación tan remilgada como insulsa. Por el contrario a Laura Ulloa le gustaba trepar a los árboles, montar a



caballo y otras proezas más propias de los varones de su edad. Era una verdadera experta en el trote portugués, sabía encabritar al animal noblemente como una amazona, dominaba la brida y se gozaba en dejar atrás al doctor cuando se retaban a una carrera.

—¡Tramposa! —protestaba él risueño, quedándose voluntariamente rezagado.

—Tramposo lo serás tú, doctor —le replicó ella al galope. Y ésa fue la primera ocasión en que de una manera espontánea le apeó el tratamiento de usted.

Al oscurecer, después de la cena, solían encontrarse en el jardín, al borde de la fuente o bajo el flamboyán, como la primera noche, donde habían tomado la costumbre de sentarse a conversar. Ella le hacía confidencias, le contaba los suplicios del colegio, el sopor de la misa diaria, la angustia de los exámenes de grado, la diligencia servil que trataban de inculcarle las religiosas a fuerza de castigos y las artimañas que ella había tenido que aprender para sortear aquella rigidez con embustes. Le contó que por las noches había un auténtico tráfico de sombras en las habitaciones de las internas. Las mayores fumaban tabaco liado a escondidas, se jugaba a los dados y a la baraja española y se hacían corrillos de colegialas en los que ella solía actuar como maestra de ceremonias e iba adivinándoles el futuro de una en una con el arte infalible de echar las tabas que había aprendido de los santones de la Martinica. Los domingos y fiestas de guardar se arrodillaba ante el altar como todas las demás con aire compungido para recibir la eucaristía, pero mientras lo hacía estaba pensando en otras cosas.

—Rosaura siempre dice que rezar no es repetir de memoria las oraciones, sino dejar libre la fuerza que está en nuestra naturaleza —dijo.

El doctor no acabó de entender completamente el alcance de la frase, pero se dio cuenta de que la niña tenía obsesiones de esclava. Sin embargo sentía el impulso de ser condescendiente con ella sin saber muy bien por qué. Le gustaba su complicidad, aquella frescura un poco insolente que aumentaba su gracia. Se comportaba con su sobrina en todo momento de un modo paternal, dándole consejos o haciendo alarde de sus conocimientos, señalando, por ejemplo, con el índice la cresta de estrellas que formaban las distintas constelaciones mientras las nombraba por su nombre. Sobre ellos, el cielo nocturno impregnado ya con el olor de la melaza del guarapo.

—Entonces ¿eres astrólogo además de matasanos? —se mofó la niña.

Pero no siempre se mostraba tan displicente. A veces también manifestaba sus dudas o preocupaciones en diálogos más íntimos.

—A mi padre le gustaba mucho este rincón —le confesó ella un día sin ninguna afectación, bajando sólo un poco los ojos con la barbilla apoyada en una mano.

—¿Hablabais aquí? —le preguntó el doctor.

—Bueno, antes sí. Pero últimamente no hablaba mucho. Nos sentábamos al pie del árbol y estábamos así. —Entonces Laura se levantó para indicarle a su tío la postura exacta que solían adoptar en aquellos momentos y volvió a sentarse detrás de su tío, espalda contra espalda, o mejor dicho, la espalda de uno dentro de la espalda del otro, de tal modo que el doctor Ulloa pudo notar, a través de la tela tan fina de la camisa, las vértebras de su sobrina, perfectamente alineadas, pequeñas y duras como las cuentas de un rosario— Jugábamos a adivinarnos el pensamiento —añadió ella con un rastro de melancolía casi imperceptible.

—Sí, de niño también le gustaba hacerlo —respondió el doctor mientras se incorporaba de golpe como si le incomodase la cercanía de aquella posición. Prefería tenerla de frente—. ¿Te contó alguna vez que construimos una cabaña en lo alto de un castaño? La teníamos oculta con



ramas para que nuestro padre no la viese. No le gustaba que nos entretuviéramos con los mismos juegos que los hijos de los campesinos. ¿Te acuerdas del abuelo? No, no puedes acordarte —se respondió el doctor a sí mismo automáticamente—. Eras muy pequeña.

Ella lo miró y no dijo nada. Entonces el doctor Ulloa pudo ver que sus ojos no eran de color almendra, como le habían parecido al principio, sino amarillos como de tigre o de gato y que lo estaban mirando con una sobriedad reflexiva tan intensa que al instante notó en el rostro la crecida de un rubor inexplicable y más aún cuando no había nada en la mirada de la niña que pudiera resultar premeditado o engañoso. Ojos profundos, más allá de la mera audacia, especulativos más allá de la fijeza.

—¿Te gustaría volver a la casa donde naciste? —le preguntó.

—No sé —contestó ella e hizo un gesto mínimo con la boca, un mohín que podía equivaler en cierto sentido a un encogimiento de hombros. Estaba de pie ahora, inmóvil, bajo la pérgola de los jazmines como una aparición en el hueco de la noche y entonces fue cuando el doctor Ulloa advirtió en su sobrina algo vagamente amenazador que ya había percibido en realidad desde el primer día aunque entonces no había sabido cómo interpretarlo, una especie de expectación pasiva que, para decirlo de algún modo, lo dejaba a solas con lo peor de sí mismo.

En aquel momento Rebeca Aldán apareció en la terraza del patio envuelta en un chal satinado de color gris con el que se había aliviado el luto.

—Pero, bueno, ¿qué altos secretos tienen ustedes dos para conversar ahí en la oscuridad como dos malhechores? —preguntó tratando de disimular con el tono de falsa jovialidad un punto de reconvencción.

—Le estaba preguntando a Laura qué le parecería volver a Galicia por una temporada —respondió el doctor mientras se encaminaba ya hacia las escaleras de la terraza para encontrarse con su cuñada—. Es bueno conocer el lugar de donde uno viene.

Rebeca Aldán alzó las cejas con un gesto que parecía al mismo tiempo rememorativo y escéptico, como si no estuviera del todo de acuerdo con la opinión que acababa de manifestar su cuñado, pero no formuló ningún juicio sobre el asunto, sino que se limitó a recordarle a su hija lo tarde que era teniendo en cuenta que al día siguiente le esperaba un largo viaje hasta La Habana.

La muchacha obedeció de mala gana aunque no rechistó. La presencia del doctor Ulloa parecía haber actuado beneficiosamente sobre su carácter, al menos había dejado de mostrarse tan arisca con su madre.

Rafael Ulloa y su cuñada continuaron un rato más en la terraza. Era la última noche que el doctor iba a pasar en el ingenio porque habían acordado que aprovecharía el viaje a la capital para dejar a Laura en el colegio del Espíritu Santo y después se quedaría allí un par de días hasta que saliera el barco de vuelta hacia la península.

—Los lugares son importantes —dijo Rebeca retomando el hilo de la última frase pronunciada por su cuñado— pero nadie vuelve a ser nunca el mismo. Empezar de cero en cualquier parte te permite creer en una segunda oportunidad, como si fuera posible rectificar, que lo anterior no cuente, ser distinta, otra persona...

—¿Qué quieres decir? —preguntó el doctor Ulloa.

—Nada —respondió Rebeca con una sonrisa enigmática—; que ha habido momentos en los que he sido feliz en esta isla.

—¿A pesar de la humedad y de los mosquitos y de los cánticos de los negros? —quiso saber su



cuñado recordándole las quejas que ella misma le había manifestado el mismo día de su llegada. «Acabas volviéndote loca», recordaba que le había dicho entonces.

—A pesar de todo —concluyó ella con una entonación definitiva—. ¿Nunca has sentido tú eso, la necesidad de empezar tu vida de nuevo en otro lugar? —Rebeca Aldán había formulado el interrogante con absoluta naturalidad, de un modo directo y aparentemente espontáneo. Sin embargo el doctor Ulloa sintió que había algo peligroso en aquella pregunta y se revolvió inquieto en el sillón de mimbre. Por alguna razón las palabras de su cuñada le sugerían la idea de que había llegado a las Antillas huyendo de algo. Entonces le vinieron muy nítidas a su mente las imágenes del día de la partida en el puerto de Vigo, los baúles izados por poleas, una multitud agolpada contra los muros del combés, los ojos de su hermano Jacobo al despedirse de él con la niña en brazos súbitamente aterrorizada ante la proximidad del mar. «Que Dios les conceda otra suerte», había oído que decía Juana a su lado, con la voz temblorosa por el llanto. No había dicho que Dios les conceda suerte, sino «otra» suerte y ese matiz de repente se le revelaba a Rafael Ulloa como un arcano. Las palabras de Juana siempre le habían dado la impresión de estar cargadas, no de razón, sino de peso o de sustancia, como las cosas que alguien sabe pero no se atreve a contar porque no puede o no debe o ha hecho voto particular de callarlas, como las voces anónimas o los rumores y las leyendas. Entonces, sin saber muy bien por qué remota asociación de ideas, al doctor Ulloa le vino a la cabeza la imagen de un coche de caballos con herrajes de bronce, cuya descripción minuciosa había oído tantas veces en boca de los criados. Era una berlina con la capota de charol y las varillas de las ruedas pintadas de rojo, igual a la que usaba doña Cristina de Habsburgo, pero en su interior no viajaba una reina, sino una marquesita de diecisiete años vestida de negro, con el rostro cubierto por un velo que, según contaban, había entrado en el convento de las clarisas un día de noviembre de 1879. En el momento en el que estaba más profundamente metido en estos recuerdos la voz de su cuñada de nuevo interrumpió momentáneamente sus ensoñaciones—. Cuando llegamos aquí estaba todo por hacer: la vieja refinería de azúcar no funcionaba, la rueda del molino de agua llevaba años sin rodar, muchas sendas habían sido cubiertas por la vegetación. Tuvimos que empezar de cero... —Al doctor Ulloa le dio la impresión de que su cuñada estaba magnificando con toda aquella épica sus primeros tiempos en la isla ante el temor que le suscitaba la posibilidad de regresar a casa y, hasta cierto punto, lo entendía. Él mismo había sentido al llegar algo parecido, una especie de desdoblamiento, como si la vida de aquí correspondiera a otra existencia paralela, un poco brumosa y más libre. Por un momento temió que su cuñada tuviera razones de peso para no querer regresar jamás y este pensamiento debió de reflejarse en su rostro con un gesto de contrariedad, pero Rebeca Aldán enseguida lo tranquilizó—. No estoy rechazando tu oferta —dijo—. Este es mi lugar, sin embargo estaré encantada de volver aunque sea sólo por unos meses. Pero no ahora, todavía no. El año que viene, quizá, o al otro, cuando Laura acabe sus estudios.

El doctor Ulloa pensaba en todas estas cosas a la mañana siguiente, mientras miraba a su sobrina, que iba sentada a su lado en el automóvil, medio somnolienta con su uniforme azul recién almidonado que todavía olía al vetiver de los armarios y la cabeza recostada sobre una almohadilla blanda de pasamanería. Pudo observarla a sus anchas, sin temor a importunarla, cuando al fin la venció el sueño. Dormida todavía parecía más niña, con una cicatriz pequeña, del tamaño de una uña bajo la ceja que tenía descubierta y la nariz levantada e imperativa y sobre todo con aquella respiración honda de cachorro que le hacía ascender y descender en el pecho una medallita en la que Rafael Ulloa logró reconocer la efigie del apóstol Santiago a caballo, bajo cuya advocación había sido bautizado su hermano Jacobo. El doctor imaginó el calor de aquel metal noble en



contacto con la piel tierna del escote, contempló el abultamiento todavía incipiente y asimétrico de los dos senos, el izquierdo un poco más crecido que el derecho como acuciado por una savia secreta a punto de reventar y pensó con ternura que a su sobrina le quedaba poco tiempo de inocencia antes de verse obligada a entrar en el círculo social de los «buenos partidos». Se pasó un pañuelo por las sienes sudorosas mientras se ahogaba de calor en el coche con las ventanillas cerradas por completo para que no entrase el polvo sucio del camino. Afuera el aire estaba inmóvil bajo un cielo que todavía tenía el color junquillo de la madrugada y las ramas de las palmas reales parecían haber cobrado de repente una pesadez de hierro.

—Me parece que vamos a tener tormenta —les anunció el chófer con un gesto de resignación, volviéndose hacia el asiento trasero.

Dejaron atrás los pueblos de Floridita y Ciego de Ávila con sus casas pobres, espantando a los gallinazos y los cerdos que deambulaban por las calles de tierra con el estruendo del motor. Al doblar hacia el camino real, se arremolinó el aire y empezaron a caer las primeras gotas pesadas y densas que rebotaban en los canteros y pronto se transformaron en un intenso aguacero tropical. El agua caía verticalmente, con saña, como escupida por una gárgola provocando un sonido metálico al repiquetear sobre la carrocería del coche que hizo que la niña se sobresaltara en el sueño y fuera a acurrucarse instintivamente contra el hombro de su tío. Un vasto rumor de lluvia envolvía el automóvil. Luego las ráfagas fueron amainando hasta hacerse más espaciadas y débiles bajo la luz de los faros, y acabaron convertidas en un arrullo lento que terminó por adormecer también al doctor Ulloa. Se despertó al cabo de un tiempo que a él le pareció una eternidad con un brazo alrededor del talle de su sobrina y la sensación atroz de que algo irreparable le había acontecido en el sueño. Enseguida se recompuso en el asiento y tomó distancia, pero hizo el resto del viaje ofuscado y silencioso con el ánimo contrariado. Cuando, ya de noche cerrada, el automóvil se detuvo ante la verja de hierro forjado que rodeaba el colegio del Espíritu Santo, sintió una especie de compasión por la niña que así ataviada con la camisa blanca de cuello redondo y la falda escolar le pareció todavía más huérfana y desamparada. Le entraron ganas de llevársela con él a los puestos de la Alameda y comprarle una nube de algodón de azúcar. Pero no lo hizo, sino que se limitó a ayudarla a entrar la valija hasta el portón de madera, donde ya los esperaba la hermana encargada de recibir a las internas. Sor María de la Anunciación era una viejita encorvada con una ristra de llaves atada a la cintura y una toca de alas voladoras que le daban cierto aire de pelícano. El doctor Ulloa alzó las cejas al verla y le guiñó un ojo a su sobrina con un gesto a mitad de camino entre la resignación y la complicidad. Después, de una manera un tanto atropellada, le hizo recomendaciones de última hora como si fuera una niña más chica de lo que en realidad era, le aseguró que en muy poco tiempo conocería su tierra natal y la casa en que había venido al mundo y se despidió de ella precipitadamente con un beso en la frente sin ceremonias, como si le hubiera entrado de pronto una prisa ineludible, dejándola perpleja en el recibidor de la entrada, con una sonrisa trémula y una mano en el aire.

Nada más dejar la plaza de la Catedral, le pidió al chófer que girara en redondo y diera la vuelta hacia la zona de tabernas en el barrio del Arsenal. Por aquellas calles ya empezaba a llegar un sonido de tambores, risas y música de acordeones. Efectivamente, al doblar una esquina se vieron en una plaza alborotada de marineros con varias casas de baile con las ventanas abiertas. Notó que el corazón le latía fuerte y firmemente, pero de una manera remota. Allí entre las paredes se arremolinaban mulatas con las caderas en grupa, negras con las faldas levantadas hasta los muslos taconeando el ritmo de una guaracha, rubias de pechos prominentes que se quitaban el corpiño a cambio de una copa y hombres de todas las trazas y colores siempre con alguna mano calada en



masa de tetas o de nalgas. El doctor Ulloa notó que se le despertaba entre las piernas un animal en carne viva. Iba sorteando a los borrachos con habilidad de cochero, pero se encontraba extraviado en medio de aquel barullo sin ley hasta que una bailarina jamaicana con un vestido rojo como las llamas del infierno lo rescató con su danza nigromante y lo encerró en uno de los cuartos. Apenas si alcanzó a sentir su ímpetu de hembra caliente, empapada en sudor, que lo empujó en un camastro, le abrió la hebilla del cinturón y se acaballó encima de él hasta sacarle el alma, ahogándolo en un abismo que olía a marisma de cangrejos y en cuya hondura el doctor Ulloa creyó ver los ojos de un gato.



CAPÍTULO 08

Desde que el doctor había regresado de Cuba no era el mismo. Eso lo sabían hasta las piedras del camino de la ermita por donde iba a perderse de noche en galopadas furiosas. Sus amigos del Café Moderno lo encontraron taciturno y apático.

—Vaya cara que traes —le espetó el dramaturgo Arquímedes Feijoo al verlo aparecer por la tertulia mal afeitado y con andares de náufrago—. O te robó la sonrisa una negra o te mordió el alacrán del Caribe —le dijo, dándole una palmada de bienvenida en la espalda.

Rafael Ulloa sonrió, pero sus ojos retintos continuaron lúgubres. La verdad era que tampoco los contertulios habituales del café se hallaban de muy buen humor. Las cosas habían cambiado bastante durante los meses que el doctor había permanecido fuera y una pátina de grisura se había apoderado de la ciudad. Algunos atribuían esta repentina decadencia a la ley marcial implantada por el Directorio Militar con trompetas de toque de queda a partir de las nueve de la noche. Las revistas donde solía publicar sus caricaturas el dibujante Fermín Pórtela como El Topo o La traca habían sido clausuradas por supuestas injurias al ejército y él mismo se había visto obligado a pagar una multa de 3.000 reales para evitar la cárcel.

Aquel día la clientela del Café Moderno no era la de siempre, porque en las jornadas de feria el local se llenaba de gente de los alrededores que venía a hacer sus tratos a la ciudad. Había limpiabotas, tratantes de ganado, sacamuelas, vendedores de quesos de tetilla, artesanos del cuero, horneros de pan de Lalín que pregonaban sus mercancías a voz en grito y después, si las cosas habían ido bien, solían sellar sus acuerdos en el café ante una botella de orujo. A la clientela vieja no le gustaba demasiado aquella algarabía caliente de feriantes y menestrales que acostumbraba a pagar sus consumiciones de forma ostentosa haciendo cantar las monedas en el mármol del mostrador. Cuando en medio de aquel bullicio el doctor Ulloa señaló con un gesto de la mandíbula a un individuo desconocido de rostro lampiño y ataviado con una capa de esclavina y sombrero duro, que se hallaba acodado en la barra, sus amigos le explicaron a media voz que se trataba del señor Sangüesa, burócrata aferrado y terrible secretario del nuevo ayuntamiento, que al parecer no sólo tenía autoridad para hacer y deshacer en los asuntos de los particulares, sino que además se le atribuía otra clase de poderes maléficos. Era lo que el dramaturgo Arquímedes Feijoo se atrevió a definir, tocando el canto de madera de la mesa, como un gafe.

Pero no sólo en Vilavedra soplaban malos vientos. Juana le había dicho que al valle le habían echado un mal de ojo porque todos los conejos nacían ciegos en el criadero y morían a los pocos días, los pájaros traían un vuelo gastado y a veces se encabritaban contra las personas y del río bajaba un olor envenenado a coles podridas. El doctor comprobó que era cierto lo que decía al oler un tufo de pestilencia inconcreta que a veces lo sorprendía en el lugar más inesperado y era como una atmósfera respirada y vuelta a respirar, arrasada, como si al aire le hubieran separado el oxígeno y hubiese quedado reducido a una concentración microbiana densa de una textura viscosa y desagradable como a aire viejo de iglesia que le ponía la carne de gallina.

Probablemente en aquella aldea el mal estaba al acecho desde mucho tiempo antes, en los regatos y abrevaderos oculto bajo una espesa capa de verdín depositada por las aguas de diluvios endémicos, pero lo cierto es que el doctor no había reparado en ello hasta que regresó de su viaje. Un mal que enseñaba los dientes los días interminables de lluvia, enlutaba a las mujeres, mudaba



las voces en la niebla con ronquera de aguardiente y arrugaba el corazón en la autarquía del invierno. También dentro del convento de Santa Clara las horas permanecían detenidas: los cielos quietos bajo el silencio aturdido de las piedras, las campanas tocando a maitines, los pasos pequeños de las monjas recorriendo el claustro con sus hábitos blancos como harina de otro costal. La cantidad de mendigos que vivía de la caridad y se agolpaba los domingos a las puertas del convento había proliferado considerablemente. Ahora la voz cantante entre la corte de desheredados la llevaba una mujer harapienta y lenguaraz a la que llamaban Amanuncia, tocada con un gorro negro que le daba cierto aire de bruja bretona y cuya risa sonaba como la carraca de un monaguillo, pero el indigente de aspecto más atrabiliario era el cojo Minguiña, un viejo pastor de cabras con el pelo cortado a trasquilones y muy devastado de dientes que solía deambular por los caminos apoyándose en un bastón de nogal con el que también le gustaba levantar las faldas a las lavanderas del pilón de barranco. Sus *delirium tremens* escandalizaban a las monjas, pero a ciertas horas de la noche su piel irradiaba un resplandor fosfórico como el de los peces sagrados y su fealdad se transformaba entonces en un misterio digno de contemplar. Entre pordioseros, tullidos, locos y necesitados algunos domingos llegaban a ser más de quince los que pedían limosna en una parroquia tan pequeña.

Pensando en estas cosas el doctor Ulloa sintió que se le hacía un nudo en la garganta, pero no era de tristeza por el panorama que le rodeaba sino de nostalgia, porque desde su regreso se hallaba tan perplejo que no se enteraba del estado del mundo.

—¿Dónde estás que no estás? —le dijo una mañana su amigo Arquímedes Feijoo harto de sus pérdidas de atención con un tono ligeramente recriminatorio.

Pero él se limitó a enarcar las cejas a modo de disculpa, sin contestar, porque acababa de descubrir en el bolsillo izquierdo del pantalón una servilleta de papel con cuatro dobleces. Al desplegarla vio el dibujo de un mapa con el plano de un tesoro y sonrió con ternura al caer en la cuenta de que se trataba de la ruta secreta que su sobrina Laura había trazado una tarde de adivinanzas en Camagüey para retarlo a descubrir el escondite donde guardaba sus dientes de leche. Recordaba perfectamente aquel juego, cómo había seguido una a una todas las indicaciones: la avenida de palmas reales, el trapiche, el campanario de una iglesia... porque la niña era realmente formidable para los mapitas, hasta al sol le dibujaba sus rayos dorados y a los puentes les pintaba su riachuelo. Por fin, en el extremo de una calle de tierra había llegado a un montículo señalado con unas ramas que formaban la letra L y allí se hallaban los dos dientes como dos minúsculos granos de arroz envueltos en un pañuelo bordado. Al doctor Ulloa el recuerdo le trajo a la memoria un olor a violetas de genciana. Entonces volvió a plegar el papel y se puso a mirar el cielo como si por ahí volaran golondrinas, pero lo único que vieron sus ojos fueron unas nubes de plomo que le pesaron en el alma.

A su alrededor todo le parecía más pequeño que cuando se fue, más lúgubre e indigente. Quizá el contraste con las tierras soleadas de ultramar que acababa de visitar contribuyó a poner de manifiesto la inclemencia del mundo cerrado en sí mismo que ahora se cernía en torno a él. Hasta su propia casa se le caía encima y algunas tardes caminaba de un lado a otro del gabinete como un tigre enjaulado. Cuando los criados lo veían así, se santiguaban porque les parecía estar contemplando en persona al viejo conde de Gondomar en sus mejores tiempos y en verdad había momentos que el parecido físico entre padre e hijo resultaba realmente perturbador. Por otra parte doña Elvira se encontraba peor de sus achaques. Juana le había contado con alarma que en los últimos tiempos su esposa había adquirido la costumbre de pasear en camisón por el jardín y que varias veces la habían encontrado sentada al relente de la noche, mordiendo terrones de



raíces y sarmientos.

—Cualquier día va a coger una pulmonía, señor, o algo peor —le dijo.

Cuando el doctor decidió examinar a su esposa, se encontró con una mujer deformada que había empezado a volverse toda gris como si el pelo y el cutis se hubieran mimetizado con el color de los trajes que elegía. La sombra de la lámpara de carburo proyectaba en la pared de la alcoba su perfil que tenía algo de gorgona por los rígidos bigudíes que le atormentaban el pelo sobre la frente gris y sobre la toquilla gris como si todo lo que la rodeara participara de ese color implacable. Le recetó un jarabe con bromuro de potasio para levantarle el ánimo y unas gotas de cornezuelo de centeno para contrarrestar los vahídos. Pero le impresionó ver de golpe lo poco que quedaba en aquella mujer de su retrato de bodas: los labios mustios, las cenizas de su cabello, el gesto siempre espantado... Al principio de casarse los trastornos de humor de doña Elvira le habían parecido un rasgo curioso de carácter, pero ahora empezaba a vislumbrar en ella los síntomas inequívocos de la enfermedad mental y esa comprobación desoladora le sacudió la conciencia con un arrebató de compasión. Se prometió a sí mismo ser más atento con ella y esa misma tarde la agasajó con una caja de almendrados que las monjas de Santa Clara elaboraban siguiendo una receta centenaria cuando se acercaba la Navidad.

Aquella noche en el catre de su gabinete, cuando ya estaba a punto de dormirse, oyó el tañido lento de las campanas en el convento. Sonaban con un eco hondo y preciso como siempre que arreciaba el viento del norte. El doctor Ulloa se dejó llevar por el instinto friolento de arrebujarse entre las mantas y en ese momento tuvo lo que podría llamarse una certeza embrionaria, una de esas revelaciones fugaces que a veces iluminan el pensamiento, pero que se desvanecen en cuanto uno intenta someterlas a un análisis consciente. Sintió por un instante que había descubierto algo decisivo, aunque no pudiera precisar exactamente qué era lo que había descubierto. Una impresión parecida a la que suele describirse como tener una palabra en la punta de la lengua. La sensación estaba vinculada curiosamente con su padre y tenía que ver con el convento que en su sueño brillaba bajo la luna como si recibiera la luz de una emanación secreta de las piedras. Fue entonces cuando el doctor Ulloa se estremeció porque sintió la presencia del viejo conde de Gondomar como un palpito. Se encontraba frente a un paisaje de estrellas que parecían copos suspendidos y estaba a punto de helarse cuando divisó una sombra que no era una sombra sino una monja muy joven con un collar de oro que caminaba descalza encima de la nieve, y sus huellas purísimas refulgían como la caligrafía de Dios.

Eso fue lo que soñó bruscamente Rafael Ulloa durante el instante de más viento de la noche sin saber lo que soñaba. De haber sido de día o de haber estado menos cansado, tal vez el doctor habría alcanzado a interpretar ese sueño según las enseñanzas de su maestro vienés y quizá entonces algo hubiera podido evitarse.

Cuando se despertó a la mañana siguiente le dolían los huesos. Se acercó a la cocina para despejarse con un café bien cargado y se encontró con Juana que estaba preparando ya los quesos para la celebración del Adviento. Cerca del fogón brillante como la crin negra de un caballo, se hallaba el recipiente que contenía el cuajo con un trozo de tripa. Juana vertió una cucharada en una olla de leche tibia con sal y cuando vio que ya estaba en estado semisólido le hizo una señal de la cruz con dos cortes transversales hasta deshacer el cuajo en trozos pequeños. El doctor Ulloa recordaba perfectamente la ceremonia de elaboración de los quesos que de niños los mantenía embelesados durante horas a él y a su hermano Jacobo. Lo que más les gustaba era coger puñados de cuajo con la mano y depositarlos en un escurridor de porcelana roja, presionando con las manos para que cupiera más cantidad hasta que sólo quedaba un líquido amarillento que se



vaciaba en las porquerizas para los animales.

—¿Quiere darle la vuelta como hacía de crío? —preguntó Juana al ver el interés con que el doctor Ulloa seguía sus pasos.

—No Juana —respondió sonriendo—. Prefiero ver cómo lo haces tú.

Juana le dio dos o tres vueltas al queso brillante en un cuenco de barro y a continuación lo puso a escurrir en una artesa sobre paja de centeno. Después le ató alrededor una cinta de tela para darle forma.

—En cuatro o cinco días ya estará listo —exclamó satisfecha mientras se secaba las manos en el mandil.

El día de Navidad amaneció el cielo con un color de panza de burro. Al entrar en el gallinero para esparcir el salvado, Juana vio una clueca amarilla y negra esponjada sobre un montón de paja. De refilón observó los movimientos del gallo caracoleando alrededor, mostrando sus espolones y no sintió ninguna lástima por el destino de pepitoria que le esperaba, al revés de lo que solía ocurrirle con los corderos a los que siempre les tapaba los ojos antes de que el tratante se los llevara al matadero y les acariciaba el lomo con lágrimas en los ojos porque se acordaba de que al nacer se los había dado a lamer a la madre. Los gallos, por el contrario, nunca le habían resultado simpáticos, decía que eran animales malignos que se habían prestado para que a Cristo lo negaran tres veces. Cuando Juana se dispuso a poner en una cesta los huevos que había subido del corral, dio un grito de espanto al darse cuenta de que uno de ellos era diferente, más blanco y achatado en los extremos, además tenía un pequeño apéndice rojo como una boina de carlista. Lo identificó inmediatamente y ella misma lo arrojó al fuego, después de santiguarse tres veces. Era un huevo de *curuxa*¹.

La cena transcurrió de un modo apacible. Entre plato y plato, Juana pasaba por la mesa orgullosa recibiendo los parabienes de todos los comensales, especialmente del párroco de Santo Tomé, que era de buen diente, como suele ser habitual entre el clero. Los problemas llegaron a los postres, cuando la esposa del notario de Ribadesil, que era una mujer lánguida, de modales refinados, se sentó al piano. Tocó una habanera muy conocida que tararearon a coro todos los convidados menos el doctor, que se levantó de la mesa y encendió un puro mientras miraba a través de la ventana hacia el jardín anochecido con los ojos ausentes y ensoñados.

—¿De quién te estás acordando? —le preguntó doña Elvira con una dulzura envenenada mientras le acercaba como quien no quiere la cosa una bandeja de filloas con miel.

—De la primera vez que bailamos juntos —contestó él en un arranque de piedad.

Entonces doña Elvira, ciega de furia, se volvió hacia la mesa y tiró del mantel barriendo de un golpe los platos y la cristalería con un estrépito que dejó atónitos a todos los presentes.

—No fue conmigo, sarraceno —gritó con los ojos en llamas—. Tú sabes muy bien con quién fue y estás pensando en ella.

¹ Lechuza, pájaro de mal agüero.



CAPÍTULO 09



Desde las ventanas rectangulares del sanatorio se veían los tejados pobres de las casas de la parroquia adormilados en la niebla, las humaredas de quemar rastrojos a lo lejos, el torreón ruinoso del castillo de la Rocha Forte en una orilla del Sar manchado de musgo por la perseverancia invernal y más allá las enormes nubes negras que coronaban en la distancia la Alameda de Santiago de Compostela.

El Psiquiátrico de Conxo era un edificio de piedra levantado sobre un monasterio que el arzobispo Gelmírez había ordenado construir en el siglo XII con el nombre de Santa María de Canocio en honor de una monja enamorada que había tomado los hábitos después de ver morir a su prometido y esa impronta de mal de amores debió de marcar el aura del edificio hasta que el cardenal Payá y Rico decidió convertirlo en manicomio en tiempos de la reina regente.

A mitad de camino entre las habitaciones de pago y el pabellón de los perturbados sin recursos se hallaba una garita con barrera que impedía el paso entre las dos zonas del edificio, y en la parte de atrás, entre ambas, se extendía un jardín agreste y sombrío al que llamaban el lugar de recreo. Había un camino de tierra entre nísperos y hierbas silvestres y un castaño con una copa colosal de cuyas ramas colgaban abundantes ristras de bejucos y líquenes. Debajo del árbol se encontraba un banco de hierro forjado donde hacía equilibrios una ardilla roja. Toda la finca estaba cercada por altos muros rematados en una cresta de vidrios afilados que era la frontera de aquel mundo cautivo.

Mientras esperaba a un antiguo colega de la Universidad y eminente neurólogo que ahora estaba a cargo de aquel barco a la deriva, Rafael Ulloa permaneció de pie junto al ventanal, sin moverse, reflejándose en el vidrio como si estuviese contemplando el parque desde dos lugares opuestos al mismo tiempo. El doctor Da Silva se acercó a él por detrás y lo agarró por el pulso.

—Tranquilo —le dijo, adivinando sus pensamientos—, te acostumbrarás con el tiempo.

Rafael Ulloa pensó para sí que el tiempo sólo transcurre para los que están vivos y eso era más de lo que podía decirse de los que se hallaban dentro de aquellos paredones, pero se limitó a arquear las cejas con un gesto escéptico.

A pesar de que por su trabajo en el Hospital de la Caridad estaba familiarizado con toda clase de miserias humanas, nunca antes había sentido la acechanza que le producía aquel sanatorio. El doctor Da Silva le iba mostrando las instalaciones con la neutralidad que suelen adoptar los médicos cuando hablan de su trabajo. Mientras le explicaba los pormenores del sistema disciplinario, Rafael Ulloa notaba cómo el estómago se le iba encogiendo en un nudo muy apretado. Imaginaba la negrura de aquel lugar a las nueve de la noche con todas las luces apagadas de golpe, el silencio de los cincuenta y siete internos, paranoicos, hebefrénicos, maníaco-depresivos, atacados de satiriasis o alcohólicos, muchos quizá despiertos con los ojos desmesurados en la oscuridad a solas con sus propios demonios. La enfermedad mental siempre le había provocado una clase de aprensión distinta a todas las demás porque intuía que la locura formaba parte de una especie de alma común que andaba suelta por el aire. Conocía lo inexorable de las leyes genéticas y quizá temía que le ocurriese lo mismo que a su padre a quien la cabeza se le fue oxidando como un molino.

Sin embargo el viejo conde de Gondomar nunca había tenido que pasar por la humillación de



estar internado en un centro como aquel, porque su enajenación era de una naturaleza menos agresiva que su cordura. Aunque pareciese extraño, el estar loco le amainó el genio de diablo vivo que había tenido de joven y lo volvió medio simpático. Pero el caso de doña Elvira era distinto porque sus excentricidades no se limitaban a comer tierra o colocarse al cuello los cencerros del ganado, sino que en los momentos de crisis era capaz de arañarle la cara a cualquier cristiano hasta sacarle los ojos. El doctor Ulloa había tenido que llevarla engañada al manicomio con la excusa de acudir a la catedral para hacer una rogativa al apóstol. Así es que la señora entró en la consulta del doctor Da Silva el mismo día de la festividad de Reyes, con la cabeza cubierta por una mantilla real de encaje de camariñas y con un devocionario de pastas de nácar en la mano. Pero cuando se dio cuenta de la celada que le había tendido su esposo, se resistió de pies y manos, emprendiéndola a golpes con todo lo que encontraba a su alcance y tuvo que ser atada con correas como una becerra brava que fuera conducida a la fuerza al matadero. Rafael Ulloa se justificaba a sí mismo pensando que la había salvado de morir envenenada con hongos y bulbos de belladona a los que se había aficionado con las pócimas fertilizantes que le recetaba la herbolaria Olinda. Sin embargo estas reflexiones que se hacía para aliviar el peso de su conciencia no le quitaban la culpa que sentía agarrotada en la nuca por haberla abandonado a su suerte en aquel antro. Cada visita era para él un vía crucis no sólo por el sentimiento de piedad que le inspiraba ver a su esposa en aquel estado, sino por lo que tenía de desbarrancamiento íntimo de su propia vida.

Mirara a donde mirase sólo veía zombies en pijama perseguidos por enfermeras con tocas almidonadas como de yeso. Se fijó en uno de los locos por su enorme estatura y porque le pareció que al caminar levantaba una especie de polvo de oro con los pies. El doctor Da Silva le explicó que se trataba de Augusto Picharro, el interno más veterano del manicomio. Llevaba ingresado desde el año 1919, cuando un día la guardia civil lo llevó a puntapiés desde la cárcel de Vilavedra porque los otros reclusos no aguantaban más sus sermones místicos. Al parecer el viejo había ofrecido sus genitales a la virgen de la Peregrina, bajándose los pantalones ante el altar mayor de la basílica, lo cual indignó a los devotos feligreses de una villa tan piadosa pero debió de ser muy del agrado de Nuestra Señora ya que el anciano recuperó la potencia sexual que tenía a los veinte años y desde entonces se convirtió en el más fiel devoto de la patrona de los extraviados del mundo y deambuló por hospitales, barracas de feria, prostíbulos, cárceles y manicomios hasta que recaló en el psiquiátrico de Conxo, donde el doctor Da Silva le diagnosticó demencia mística.

Cuando pasaron frente a él, les obsequió con una retahíla de obscenidades que en su boca sonaban tan castas como las palabras de un profeta. En las escalinatas de la entrada principal se cruzaron con otro interno que llevaba una boina vasca y un abrigo gris sobre la camisa de dormir. Tenía los ojos escondidos y señalaba hacia alguna parte con un largo índice de Pantocrátor bizantino. El doctor Ulloa siguió la dirección que indicaba el dedo y descubrió a una mujer de mediana edad que bailaba trazando círculos en espiral por los pasillos de la primera planta con una flor apretada entre los dientes que sólo se dignó a quitarse de la boca para ofrecerle al doctor un níspero con voz dulce y lujuriosa.

Pero a Rafael Ulloa el escenario del sanatorio no le parecía desolador por las increpaciones procaces o amenazadoras que le dirigían los internos, sino por el palpito funesto que no había dejado de sentir desde el mismo día en que había visto a doña Elvira, vestida como una virgen María de Brueghel con la mantilla medio caída sobre un ojo, desaparecer tras la barrera de la garita que vedaba el acceso a las salas cerradas de los perturbados incurables.

Ahora el olor medicinal del cloroformo le llenaba los pulmones y pensó que esa opresión que



notaba en el pecho era toda la oscuridad que ocupaba el mundo. Cuando llegaron al ala del edificio en que se encontraban las dependencias de pago, el doctor Da Silva se despidió de él con un apretón de manos y Rafael Ulloa se encaminó solo a la habitación donde se encontraba su esposa. Empujó la puerta sin permiso y trató de distinguir a doña Elvira en la penumbra del cuarto, pero no estaba en la cama. La llamó, pero ella no le contestó. Entonces abrió la ventana y la luz cruda de la tarde se la mostró con el rostro macilento de los comedores de raíces, acurrucada en una esquina con un escapulario del sagrado corazón por encima de la camisa de fuerza. Levantó la cabeza, sorprendida por el resplandor de la ventana abierta de golpe, y al principio no reconoció a su marido a contraluz, pero después de unos segundos le sonrió como si estuviera viendo a Satanás desde el interior de una pecera. En ese momento el doctor Ulloa se sintió tentado a meter todas sus cosas en una valija y sacarla inmediatamente de allí. Pero no lo hizo.

Desde que doña Elvira había sido ingresada en el psiquiátrico de Conxo, todo el mundo dijo que el doctor Ulloa había tenido muy mala suerte porque todas las mujeres de la casa grande acababan mal.

Rafael Ulloa no sabía muy bien a qué se refería la gente cuando decía estas cosas, aunque siempre había imaginado que el muro de silencio que rodeaba la figura de su madre ocultaba algún secreto más allá de la prevención natural que desde siempre suscitan los muertos en un mundo gobernado por los vivos. Desde niño tuvo que contentarse con las respuestas compasivas que los adultos esgrimían para suavizarle el duelo. Pero a pesar de las evasivas con que los criados pretendían poner coto a su curiosidad, cuando ya tuvo edad para hacer más preguntas logró saber que su madre se había desangrado en el parto a los pocos días de traerlo al mundo una madrugada de nieve en la que también a él lo habían dado por muerto porque era prematuro y venía morado, con el cordón umbilical enrollado al cuello. Sin embargo nunca había oído hablar de otros extravíos mentales referidos a ella, como si la muerte fuera el capítulo final que cancelaba y suprimía todos los episodios anteriores.

Nadie repara en que muchas veces es el silencio y no la verdad lo que más fantasmas convoca. Con las escasas medias palabras que pudo ir arrancando de aquí y de allá a lo largo de la infancia, Rafael Ulloa fue construyendo un relato que al menos le había servido para llenar el vacío de aquellos años. Supo que su madre se llamaba María da Conceção, y que había sido una mujer guapa de oscuros ojos portugueses con los que miraba ensoñada la distancia como si pudiera abarcar el jardín donde había crecido entre algodones y magnolios en las tierras prósperas del marquesado de Coimbra. Rafael Ulloa también tenía el recuerdo vago de haber oído contar que la razón de la *saudade* de la señora era debida a la tristeza que le causó tener que abandonar al casarse a una hermana pequeña a la que se sentía muy unida. Sin embargo nunca tuvo noticias de la existencia de esta hipotética tía a la que, en caso de existir, jamás había llegado a conocer, al igual que había sucedido con el resto de esa familia materna desaparecida sin dejar rastro después de la muerte de la madre; lo que no dejaba de resultar extraño y más aún teniendo en cuenta la existencia de dos niños pequeños que quedaron desde entonces bajo la custodia de un padre viudo y amargado.

Los escasos retratos que se conservaban de la madre parecían confirmar en efecto la existencia de algún motivo para que se sintiera profundamente desgraciada. Además de la fotografía de la boda, había una imagen de ella enmarcada en el óvalo de un camafeo que tenía la profundidad acuosa de esos retratos que son capaces de absorber la esencia del alma. En esa fotografía tenía una expresión grave acentuada por las cejas espesas y la mirada castigada por el dolor como una llaga viva. Todo el rostro estaba consumido por una tensión demasiado fuerte, y no parecía ya



mirar a ninguna parte sino a un vacío velado que Rafael Ulloa siempre había atribuido a la sombra que el tiempo pone en los ojos de las mujeres muertas.

Su hermano Jacobo sí que guardaba algún recuerdo vivo de la madre y en una ocasión le había contado que a ella le gustaba recorrer descalza las habitaciones de la casa por la noche con los ojos cerrados sin hacer ruido ni tropezar con nada como las hadas y que hablaba en sueños, pero él no le había dado más importancia a esas palabras que la que se le atribuye a un relato inventado porque de sobra sabía que cada cual afronta las pérdidas como puede. Y ese pensamiento le hizo estremecerse porque lo llevó de pronto hasta su sobrina Laura, en quien no había dejado de pensar desde su regreso, huérfana también ella a sus pocos años y abocada por tanto a llenar con fantasías y delirios el agujero negro que es la muerte a cualquier edad.

El doctor Ulloa salió del edificio y encendió un cigarrillo bajo no de los nísperos del parque. Pensaba en lo frágil que es la razón humana. Bastaba con que alguien, aun de buena fe, deslizase en el oído de otro esa palabra que es el germen de todas las dudas para partirle la vida a cualquiera. Porque la incertidumbre se mete hasta los resquicios más protegidos de la imaginación como un viento de otro mundo que rompe la inocencia y destecha las casas y se lleva por los aires el alma de los niños. Fue entonces cuando, frente a la desolación de aquel sumidero del olvido que era el Hospital Psiquiátrico de Conxo, Rafael Ulloa de Andrade se juró a sí mismo que su sobrina no tendría que pasar por aquel purgatorio de sospechas y rumores en torno a la muerte de su padre, ya que él mismo iba a encargarse de que supiera toda la verdad.



CAPÍTULO 10

Ahora el frescor de la brisa norteña venía cargado con los olores vegetales de Trinidad y Sierra Maestra, pero empezaba a notarse ya en el aire la vastedad del océano. A lo lejos quedaba la isla difuminada entre cayos de arena blanca, cada vez más brumosa. Rebeca Aldán había afrontado aquel viaje de regreso, después de tantos años de desearlo, con muchas dudas, pero también con la entereza de quien se va reconciliando con su nueva situación. Al morir su marido, había tenido, como tantas viudas, la tentación de abandonarse para no tener que afrontar sola los desafíos del futuro, pero en el sosiego reparador de la soledad se había dado cuenta de que en aquella casa había sido siempre ella la que le había tenido que plantar cara a la vida aunque a veces se hubiera visto obligada a disfrazar su arrojo de docilidad femenina, haciéndole creer a su esposo que era él en realidad quien tomaba las decisiones para no mermar su orgullo de hombre. Sólo ella sabía cuánto había llegado a querer a Jacobo Ulloa, pero también recordaba todo lo que había tenido que pasar para criarlo como si fuera un niño de pecho hasta el último suspiro, infundiéndole confianza en sí mismo, enseñándole a ocultar su debilidad, aliviando sus terrores más íntimos año tras año como una madre paciente y, sin embargo, al final, cuando ya había pasado lo peor, había tenido que sufrir el oprobio de verlo morir con la sombra de un reproche en los ojos.

Durante muchas tardes de desesperación se había martirizado con aquella mirada que le agolpaba en el pecho una congoja sorda y, en los rigores de la autocompasión, había llegado incluso a desear morir, pero el tiempo le había hecho tomar conciencia de que otra vez volvía a ser dueña de su propio albedrío y no tenía que rendir cuentas ante nadie. Por otra parte verse repentinamente liberada de ciertas obligaciones la hacía sentirse más joven y animada con ese grato desorden de los sentidos que siempre impone un viaje transatlántico.

Una vez que hubo desaparecido la línea de costa y se acabó el bullicio de los pasajeros asomados a la baranda del buque tratando de identificar los contornos de La Habana, se quedó sola en cubierta, sentada en una poltrona de mimbre con los ojos cerrados para tantear mejor en su oscuridad interior. El momento que más ansiaba del día era aquel en el que al fin podía quedarse a solas con sus cavilaciones. Pero esta vez la estremeció un escalofrío de ansiedad en las vísceras y supo que no iba a poder afrontarlo sin algún paliativo. Miró cautelosamente a uno y otro lado de la cubierta y cuando estuvo segura de que no había nadie que pudiera sorprenderla, sacó del bolso una pitillera de plata que había pertenecido a su esposo y prendió un cigarro puro con esa deleitación sublime que sólo producen los placeres furtivos.

Todavía conservaba íntegro el momento del viaje de ida con su marido y la niña, la sensación de abismo que traía en el alma acrecentada por la primera visión lejana de la isla desde el mirador con el mar liso y callado. También entonces se hallaba perdida dentro de la ansiedad de entender. Todo había ocurrido tan deprisa que no había tenido tiempo de buscar demasiadas explicaciones. Tenían que irse porque así lo había dispuesto en su testamento el viejo conde de Gondomar, el hombre más poderoso que había conocido en su vida, tan poderoso que todavía tenía autoridad para gobernar su vida después de muerto. Una mezcla de rabia y otro sentimiento que no se sentía capaz de descifrar le vino a nublar los ojos, pero cuando se dio cuenta de que estaba llorando en silencio, aspiró una bocanada de humo tan iracunda que le hizo toser hasta echar los hígados, pero le proporcionó el alivio de disimular la causa de las lágrimas.



Durante aquellos segundos en que su corazón parecía latir al compás atragantado de los resuellos del buque, fue la primera vez en mucho tiempo que se atrevió a quedarse a solas frente a sus peores recuerdos. Desde el fondo de su mente emergió la silueta del conde con su atuendo negro caminando hacia ella con la tenacidad despótica que había sido su rasgo de carácter antes de que lo venciera la enfermedad. Hubo un tiempo en que la sola presencia de aquel hombre la hacía temblar de miedo, sobre todo al principio cuando ella era la advenediza en un ambiente predispuesto en contra suya desde tiempos inmemoriales, aunque nunca se permitió demostrar ante el conde el menor atisbo de flaqueza por no darle el gusto de verla avasallada. Había aprendido a capear el temporal con un instinto de corsaria que le había servido para sobrevivir a algunos naufragios. Pero aquella sabiduría milenaria también tuvo su hora fatídica el día en que se decidió a abrir por pura curiosidad uno de los cuartos del ala oeste de la villa que siempre había permanecido cerrado.

Era un sábado de gloria en que los criados, como el resto de los habitantes de la villa, habían acudido a la misa concelebrada que tenía lugar en el convento de las clarisas. Sólo ella que había pretextado una indisposición repentina y el doctor, que había sido llamado de urgencia para atender a un moribundo en el barrio de la Mourerira quedaron excusados de asistir a tan sagrada ceremonia. Fue aquella mañana precisamente cuando empezó a soplar el dios de la fatalidad. Rebeca Aldán siempre había deseado encontrarse sola en la casa para acceder a aquel cuarto que imaginaba atiborrado de recuerdos de familia y trastos viejos apilados sin orden por donde suponía que deambularían los chinches y la carcoma, pero en lugar de encontrarse la estancia lúgubre que esperaba, halló una cámara limpia y esplendorosa que relucía con el increíble esmero del cuidado diario. En su interior había una cama con dosel y una decoración con tan dispendioso alarde de sedas y olanes que le pareció la alcoba de una princesa. Su desconcierto fue en aumento cuando se dispuso a abrir el armario y le salió al encuentro una fiesta de telas claras, rasos y adornos como nunca había visto en su vida. Estupefacta, siguió rebuscando en los cajones y halló prendas íntimas de una delicadeza extrema, encajes de Valenciennes, ligueros, corpiños de encaje y tul, medias de un tacto tan sugerente que sólo podían estar destinadas a la más intencionada intimidad. No sabía qué pensar mientras en su mente pugnaba el sentimiento femenino de admiración ante aquellos ropajes con el temor de estar violando un secreto. Pero pudo más la coquetería y frente al espejo esmerilado que recorría de arriba abajo la puerta central del armario de cedro, comenzó a probarse, una a una, las galas de aquel ajuar suntuoso. Estaba atándose una lazada de raso en el talle cuando oyó girar el manubrio de la puerta. Fue entonces cuando descubrió bajo el umbral al viejo conde de Gondomar con el traje de paño negro, las patillas de lince y los ojos ardiendo como si estuviera contemplando un espectro.

El recuerdo le recorrió la espalda con un estremecimiento involuntario y se arrebujó dentro del echarpe de lana. Por la pasarela de popa venía andando una pareja de edad avanzada que sin duda se encaminaba hacia el salón de cubierta para el refrigerio de la tarde. Avanzaban un poco tambaleantes, apoyándose el uno en el otro con sus pasos contados. Cuando pasaron delante de ella, el hombre hizo el ademán de descubrirse el sombrero para saludarla, sin embargo la mujer miró ostensiblemente hacia otro lado. A Rebeca Aldán le sorprendió aquel gesto desabrido porque no creía conocer a aquella señora de nada y mucho menos haberla ofendido, pero tampoco le dio más importancia acostumbrada como estaba a los desplantes de la sociedad isleña, ahogada por el peso social de los apellidos, que todavía no le había perdonado su matrimonio con un grande de España. Los vio desaparecer por el pasillo de primera clase y pensó que era el momento de ir a reunirse con su hija Laura en el camarote para dirigirse también ellas a tomar el anunciado té con



pastas con el que tradicionalmente el capitán daba la bienvenida al pasaje.

Navegaban tan despacio que le dio la impresión de que el barco apenas se movía. Miró el horizonte sin acabar de salir a flote del todo de sus pensamientos. Hacia el oeste el agua parecía cubierta de medusas irisadas cuyos colores cambiaban por efecto del último sol conservando la constante de un azul añil orlado de festones rojos.

Mientras madre e hija surcaban el Atlántico en una travesía que duró más de veinte días, en la vieja mansión de los Ulloa de Andrade se ultimaban los preparativos para recibir las. El doctor mandó acondicionar para ellas las mismas habitaciones del ala oeste de la villa que habían sido las dependencias de su hermano y su cuñada de recién casados. Puso especial atención en el arreglo del cuarto de la niña, del que encargó personalmente a Juana, proporcionándole así a la antigua niñera el placer de una encomienda divina. Colocó todos los juguetes que Laura Ulloa había tenido hasta los cinco años en una vitrina con estantes de cristal: las muñecas de trapo, las ollitas de aluminio, los cuentos de Andersen, un globo azul y blanco con aeronautas que podía subirse o bajarse por medio de un cordel, un reloj suizo que cuando daba las horas hacía bailar una rana en un aro de plata, la caja de los botones con la que jugaba la niña... No olvidó ningún detalle. Mientras Juana deambulaba de una parte a otra de la casa animada por una energía nueva, pensaba que después de todo había sido una providencia que doña Elvira no se encontrase en la villa justo ahora que se hallaba tan próximo el regreso de Rebeca Aldán. La enemistad entre las dos cuñadas era de sobra conocida por todos los criados.

Por lo demás la vida del valle continuaba envuelta en su propia espiral, el invierno no pasaba de un tiempo largo y detenido con chusmas de hombres llenando las tabernas, mirando la lluvia, trasegando los cuartillos de vino de Ribeiro y los dedalitos de aguardiente, porque desde hacía meses escaseaba la faena y los barcos permanecían amarrados y ni siquiera los maestros de la piedra disponían de obras. A pesar de los esfuerzos sanitarios del doctor Ulloa por imponer los criterios de la medicina moderna frente a las costumbres atávicas, las mujeres parían niños raquíticos que se expresaban con un llanto de gatos pelados. Los regatos bajaban con un discurrir denso que bajo su capa de verdín ocultaban la acechanza mortal de las aguas que iban a dar a los aljibes. Horas y días de desperdicio en que la lentitud de la vida se condensaba en las cocinas campesinas con el olor a viejo del caldo ya frío en el gran pote de hierro sobre el fogón apagado. Pero en medio de ese tiempo sin tiempo las campanas de la capilla no dejaban de repicar y allí estaba el cura de Santo Tomé de Laza haciendo repetidos y disparatados peticiones para el convento. Desde el púlpito lanzaba un sinfín de sermones, profetizando vientos helados que arruinarían las cosechas, plagas, diluvios, pestes y otros temibles castigos de una cólera divina que sólo sería amansada si hubiera generosidad con la iglesia, para lo cual resucitó la idea de la reparación del techo de la nave central del convento y del altar mayor.

—Se morirán los rebaños sin quedar una triste oveja —pregonaba desde lo alto—, y su carne se volverá ponzoña, tanta ponzoña que alcanzará para envenenar siete reinos.

Estos sermones de fuego ponían a las mujeres al borde del llanto, porque el furor de la crisis que azotaba el mundo empezaba a ser temida también en el valle con tintes apocalípticos. Se organizaban cuarentenas espirituales, procesiones nocturnas, las más piadosas hacían cola en el atrio para confesar y no satisfechas con las penitencias impuestas, ofrecían a Dios gallinas, pavos, becerritos de leche, capazos de alubias y cestas de huevos, mientras el párroco se despojaba de sus vestimentas litúrgicas en la sacristía, exhibiendo una sonrisa golosa ante la rebatiña de las ofrendas. Pero a pesar de todo, la misericordia de los santos de la salud y de la agricultura no parecía andar de muy buen trato con el mundo. Y no se sabe si fue por castigo humano o divino



que el párroco de Santo Tomé vino a caer fulminado sin perdón ni confesión una tarde de abril después de beber en la fuente de los tres deseos en el jardín de la villa, bajo la sombra evangélica de un castaño de indias centenario. Había ido a cobrar la misa cantada que cada año se celebraba en memoria de todos los difuntos de la casa grande por voluntad testamentaria del conde y lo apremió la urgencia de orinar allí mismo. En esa posición poco honorable lo encontró el mozo de las caballerizas con las calzas bajadas y toda su corpulencia desparramada en torno a una mínima perinola de querubín que durante mucho tiempo fue motivo de chanzas sacrílegas por parte de los liberales. No se puede decir que fuera una muerte sentida, pero su misterio nunca llegó a esclarecerse y muchos cristianos piadosos la tomaron como una prueba más de la fatalidad que se había adueñado del valle.

A la puerta del convento continuaban agolpándose los menesterosos como una hueste de patriarcas lisiados y mujeres haraposas con sus voces mezcladas en una cantinela eterna que iba salmodiando cuitas y padrenuestros mientras hacían sonar las escudillas de lata bajo las ojivas góticas. A veces se agregaba algún jornalero pobre que cuando se acababa de recoger el tojo apenas tenía para sobrevivir y no le quedaba más remedio que recurrir a la limosna; en ocasiones también acudían mendigos de las parroquias cercanas, lo que provocaba violentas disputas para repartirse las mazorcas y los mendrugos de pan de borona, pero normalmente siempre eran los mismos los que llevaban la voz cantante: el *Tullido* de Corredoira, *la Queimada*, Baltar *el Morcego* que había perdido la vista de un cartucho de sal que le disparó un vecino celoso, Dominga *la loca*, romántica incurable de sonrisa beatífica, el cojo Minguiña con el pelo cortado a trasquilones y Amanuncia con su eterno gorro negro de bruja bretona que siempre andaba desgranando por los mercados y feriales de la villa el mismo cantar de ciegos:

O conde de Gondomar
Anda arredor do convento
Para sua ánima ceibar
do lume dun xuramento.²

Cuando Rafael Ulloa pasó por su lado embozado en una capa con cuello de armiño que había traído de los eneros nevados de Viena, dejó de cantar de golpe, pero no pudo evitar que se le escapara una risita de rata y enseguida se tapó la boca con el dobladillo de la sobrefalda que llevaba por encima del refajo. Tal vez fue este gesto impúdico el que llamó la atención del doctor Ulloa que se paró a su lado y le ofreció veinte céntimos si volvía a cantar el romance completo.

—Ay, señor no haga caso de estos cantares que son decires muy viejos —le replicó Amanuncia bajando el rostro avergonzada—. Pero si gusta el señor le canto una copla más nueva que le oí a una comadre en la romería de Santa Tecla.

—No, déjalo para otro día —dijo el doctor dejando caer unas monedas que retumbaron en el mármol de las escaleras del convento como música celestial, mientras la hueste de mendigos se abalanzaba sobre el botín con un murmullo de bendiciones.

El doctor Ulloa siempre había asociado la mendicidad con cierta clase de desvarío que acercaba a todos los pedigüños a un palmo de la locura, pero al menos, pensaba, estos locos estaban asumidos por cada parroquia, andaban libres por los caminos y no se hallaban reclusos en ningún

² El conde de Gondomar / anda alrededor del convento / para librar su alma / del fuego de un juramento.



lugar. La visita que hacía cada semana al sanatorio de Conxo le reavivaba un extraño sentimiento de culpa que trascendía su propia persona como si se tratara de una herida antigua que no se pudiera cerrar nunca porque siempre había un punto de sutura que se abría en el momento más inoportuno.

Al otro lado del convento estaban las lomas y más abajo, el mar. Tenaz y blanco como los ojos del Morcego. Porque a veces también el mar se volvía contra los hombres con una mirada salada que podía herir. Rafael Ulloa hizo el resto del camino acompañado de aquella rima maliciosa de Amanuncia referida a su padre. Seguramente la había oído antes cientos de veces entre los labriegos aficionados al vino y entre los criados o los feriantes que frecuentaban las tabernas, pero por algún motivo nunca hasta entonces había prestado verdadera atención y mientras deletreaba cada estrofa sopesando su posible significado, iba sintiendo cómo se apoderaba de su mente la sombra de una memoria que ni siquiera era la suya.

Cuando llegó a la casa se encontró a Juana que llevaba una fuente de barro en la que brillaba un queso fresco. A sus años todavía conservaba el cuerpo recio, pero el doctor Ulloa la vio envejecida de pronto y el pensamiento sombrío de la muerte vino a enturbiarle el ánimo. Porque si Juana muriese de repente, cosa que a su edad podría suceder el día menos pensado, muchas cosas desaparecerían con ella para siempre: la receta para cuajar los quesos o las canciones que les cantaba de niños a él y a su hermano para conjurar su miedo a la llegada de la noche o a las campanas del convento cuando tocaban a muerto, también desaparecerían las historias que nunca les había querido contar ni había permitido que nadie les contase. Cuando algún criado hablaba más de la cuenta, ella lo interrumpía categórica con un dedo cruzado sobre la boca y la autoridad que le daba el largo tiempo que llevaba en la casa. Siempre decía que el pecado de escandalizar a un inocente era el único que no merecía perdón de Dios. Así se fueron enterrando los secretos en aquel mundo enguatado de silencio. Rafael Ulloa entendió que aquella mujer incansable que hablaba con los animales y caminaba siempre con la barbilla hundida en la toca de lana pertenecía a otra época geológica, a un tiempo muy anterior a la edad en que se fijan los primeros recuerdos. Por eso decidió que quizá había llegado el momento de preguntarle por esos días lejanos.

—Usted nació el año de la gran helada —dijo ella sentándose en el banco de madera al lado del fogón que era el lugar de la casa en que se sentía más cómoda como si de allí emanara un calor que no se percibía en el resto de la villa—. Fue un invierno tan frío que los lobos bajaron hasta el pie de los potreros y llegó a verse una manada abrevando en la fuente de la Peregrina —continuó rememorando la anciana mientras su voz se iba mezclando con los sonidos de la casa: el hervor de un puchero, el crujido de las vigas de madera, el viento que hacía vibrar los cristales en rachas desacompasadas. Entonces fue la primera vez que Rafael Ulloa sintió ese sobresalto que todo hombre experimenta alguna vez cuando se enfrenta al misterio de su propio origen. De algún lado le vinieron a la mente ráfagas de una noche de hacía más de cuarenta años con la ventisca de nieve silbando en el interior de la casa por el hueco de la chimenea y en las juntas de las puertas más endebladas de las habitaciones del servicio. Al parecer su madre estaba allí cuando le llegaron los dolores de parto antes de tiempo, según decía Juana, porque apenas estaba de siete meses. Se derrumbó muy despacio como si inconscientemente tuviera miedo de aplastar a la criatura y se agarró a los barrotes de la cama como pudo mientras la naturaleza iba abriéndose paso entre sus vísceras. La imaginó hundiendo la cara en la almohada mojada de sudor mientras notaba punzadas y dentelladas de dolor en las ingles como relámpagos ardientes, igual que había visto hacer a cientos de mujeres en los partos que había atendido. El viento creció hasta convertirse en un aullido humano, pero ella iba sintiendo que se desangraba, que se le iba la vida entre los muslos



mientras las paredes se estremecían con las sacudidas del vendaval que aquella noche arrancó árboles y derribó tejados y al día siguiente, mientras las campanas del convento de Santa Clara tocaban a muerto, los pastores tuvieron que desenterrar de la nieve a siete corderos petrificados. El doctor Ulloa acompañaba las palabras de Juana con imágenes de su propia experiencia profesional. Por eso supo que antes de morir su madre había notado unas manos brutales que se hundían en ella como las manos de un matarife. Ya no tenía fuerza pero seguía empujando hasta que notó que algo brotaba de su interior rompiéndola por dentro e hizo un último esfuerzo que acabó de desgarrarla; entonces una cosa morada y sangrienta asomó entre sus muslos como un animalillo ínfimo y vulnerable al que le hubieran arrancado la piel.

—Es un varón —dijo alguien— pero no vivirá.

Fue entonces cuando la partera lo sostuvo cabeza abajo y al ver que no tenía más tamaño que un conejo asustado, decidió que algo tan pequeño no se podía morir. Le sopló un conjuro en los labios y en ese preciso momento el niño rompió a llorar.

Juana le contó cómo había nacido con toda la piel arrugada y una mancha de fuego en la frente. A pesar de que el hombre que la asistió aseguraba que era sólo una rozadura provocada por el esfuerzo del parto que se le pasaría a los pocos días, todos callaron porque a su manera entendieron que el niño venía marcado con la señal de Caín.



CAPÍTULO 11

Juana estaba acabando de bordar el embozo de una sábana en el mirador cuando las vio aparecer desde el fondo de la verja caminando de puntillas con el vuelo de las faldas alzado para no arrastrarlo por el lodo del jardín y no podía creer que fueran quienes eran de no ser por el alboroto que enseguida se organizó entre los criados en la planta baja para cargar las valijas. Dejó el bastidor sobre la silla y se asomó incrédula a la ventana para asegurarse. Pero tan pronto reconoció a la niña que había criado en aquella muchacha espigada y vestida como una princesa, el corazón le dio un vuelco y se lanzó escaleras abajo con toda la urgencia que le permitieron sus años.

—¡Santísimo Sacramento! —exclamó con los ojos húmedos cuando abrió el portón y pudo abrazar por fin a las recién llegadas.

Rebeca Aldán miraba a su alrededor, como queriendo redescubrirlo todo, pero con la sensación de ser una extraña. Había imaginado tantas veces el regreso que no era capaz de experimentar la emoción esperada como si fuera otra persona distinta y no pudiese volver a establecer contacto con las cosas. Todo permanecía igual que lo había dejado: la luna biselada en el recibidor junto al paragüero de bronce, el pasamanos de madera de roble, las baldosas ajedrezadas de la cocina, el sillón granate de la biblioteca, los viejos tomos perfectamente alineados y la puerta corredera de cristal con su floresta de vides y doncellas perseguidas por faunos, pero era como si estas cosas ya no tuvieran nada que ver con ella. Sin embargo cuando Juana abrió la cerradura que daba paso al ala oeste de la villa, su mente empezó a restablecer los vínculos olvidados. De repente se le vino todo aquel mundo encima y no pudo evitar quebrarse en un sollozo. Se dejó caer en el borde de la cama y quitándose el sombrero de luto adornado con un ramillete de violetas de fieltro, hundió la cabeza en el hombro de Juana igual que hacía en otro tiempo cuando le confiaba sus congojas.

—Cuando se está lejos la vida entera parece mentira —dijo con un tono de voz desmayado, apenas un hilo. Se le habían aflojado los músculos y su semblante que unos minutos antes sonreía con vivacidad parecía ahora vencido por el agotamiento—. Es como si las desgracias no hubieran ocurrido o les hubieran ocurrido a otros. Una cree que el tiempo aleja los recuerdos, pero es mentira, nada pasa, todo sigue ahí esperando a que se le haga volver.

—No piense ahora en eso, señora —le replicó Juana—; no es bueno andar siempre dándole vueltas a las mismas cosas. —Su voz era amable con una compasión espontánea y sincera, pero al mismo tiempo dejaba traslucir un leve, casi imperceptible matiz de reconversión. Las personas mayores, quizá por tener la memoria demasiado llena, no suelen ser concesivas con el pasado.

Al contrario que su madre, Laura Ulloa se movía por aquellas dependencias con el aire ligero y despreocupado de una reina de quince años. Caminaba con botines altos de boxcalf y una altivez innata, la cabeza erguida, la barbilla bien perfilada, los ojos montaraces y un modo de mirar en torno suyo que parecía heredado de una dinastía de diosas, pero en realidad no era más que un recurso defensivo para ocultar el miedo que había sentido desde el mismo momento de desembarcar. Sólo cuando Juana le mostró su cuarto con todos los juguetes ordenados sobre la vitrina, se permitió abandonar aquel dominio impostado y la miró por primera vez con sus ojos de niña y una sonrisa trémula marcada con los dos hoyuelos a ambos lados de las mejillas que constituía desde hacía más de cinco generaciones el sello genético distintivo de los Ulloa.



Nunca imaginó que le costaría tanto llegar a habituarse a aquel mundo que tantas veces había oído evocar a su padre en recuerdos magnificados por la nostalgia. Durante los primeros días, Laura Ulloa se pasaba largos ratos de pie, asomada a la ventana del piso más alto de la torre, pensativa e inmóvil contemplando la luz nublada de las mañanas que era como una niebla morada que manchaba el aire. Su visión abarcaba todo el valle con los huertos pequeños separados por muros de piedra, las frondas resinosas de un bosque que emanaban un olor montuno, el azul oscuro de las últimas estribaciones de la sierra y al fondo el horizonte distante de un océano tan gris que parecía ahogado en ceniza. No podía creer que aquél fuese el mismo mar donde el sol ponía regueros de chispas y olas festoneadas de espuma al bañar las playas de su isla caribe. Intentaba comprender qué diferencia había entre el cielo de Cuba y este otro cielo con distinto aire, pero con el mismo misterio por descifrar acerca de todo. No era sólo que se encontrara desubicada al otro lado del mundo, sino que se sentía distante de sí misma. Desde el momento en que bajó de la pasarela del buque, pálida y mareada por el vaivén de los últimos días de travesía, pero vestida como una perfecta criolla, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular el nudo que le agarrotaba la garganta y que no era exactamente de tristeza, sino de otro sentimiento que nunca había experimentado antes, pero que se parecía demasiado al pavor. Vio las casas pobres con hollín a la orilla de los muelles, los rostros de unos niños tristes con brazaletes de luto en las chaquetas y las cabezas rapadas bajo la boina, que formaban una algarabía alrededor de los pasajeros, ofreciéndose a cargar el equipaje a cambio de unos céntimos en un idioma que ella apenas reconocía y que después corrían detrás del automóvil con los calcetines caídos y las rodillas huesudas de hambrientos. Rafael Ulloa se percató enseguida de la turbación de su sobrina y dio órdenes al chófer para que abandonara el barrio portuario.

—Son los chicos del Hospicio de San Telmo que siempre saben cuándo llega el barco de los indios —dijo dejando caer unas monedas por la ventanilla.

Pero la explicación, lejos de tranquilizar a la niña, contribuyó a acentuar más la sensación de inclemencia que se metía a borbotones por la ventanilla y que fue en aumento cuando el coche abandonó la dársena y se adentró por una carretera sinuosa con casas dispersas, cementerios blancos orientados hacia el mar, cruceros de piedra y vacas paciendo en la neblina, parsimoniosamente, bajando y subiendo la cabeza con paciencia invernal. Temía a esos animales con una angustia incontrolable desde que los había visto de muy niña bramar por encima de su cabeza, encabritados, soltando coces desde lo alto y abriendo mucho las pezuñas, como si trataran de nadar en el aire al ser izados por una grúa para su embarque y nunca había sido capaz de superar esa imagen perfecta del terror ante el abismo. Al entrar en el valle del Salnés, a pesar de la llovizna constante, el sol iluminó transversalmente las nubes y la lluvia se llenó de una coloración violeta e irreal como todo lo que iba a sucederle en aquel lugar.

Laura Ulloa no consiguió dormir ni media hora seguida la noche de su llegada. Asustada por la oscuridad rezó cuantas oraciones recordaba para conjurar calamidades, y puso en práctica todos los remedios martiniqueños que le había enseñado Rosaura para combatir las acechanzas de los malos espíritus. La atormentaba el ulular de una lechuza desde el castaño de indias cuyas ramas golpeaban con insistencia la ventana de su habitación, la lluvia que desaguaba por el canalón del jardín y que llenaba todo el ámbito de la casa con un fragor de río crecido, los balidos desamparados de las ovejas, el crujido de las vigas que se parecían tanto al rumor de los muertos que con toda seguridad creyó que se trataba de la voz de ultratumba de su abuelo, el viejo conde de Gondomar, deambulando en tinieblas por el vasto caserón dormido. En medio de la zozobra, la niña se llevó la mano al pecho y tiritando apretó con fuerza en el puño los dos colgantes que



llevaba al cuello, la medalla del apóstol Santiago que había pertenecido a su padre y el collar de Olokum con que se había consagrado al rito yoruba. Desde niña había crecido en esa dualidad sin que le supusiera la mínima contradicción. Memorizó con idéntica devoción el catecismo aprendido en el colegio del Espíritu Santo y las letanías de esclavos escuchadas en los barracones del trapiche y se acostumbró a vivir entre la fe bautismal y la santería, con la misma naturalidad con la que muchos cristianos se encomiendan con una vela a Dios y con otra al diablo. Cuando por fin le llegó el sueño, vino enturbiado de la imagen pavorosa de un ejército de vacas derribando muros y verjas y entrando con sus pezuñas grises en las habitaciones de la casa en un completo silencio que ella misma rompió con un grito dentro del sueño cuando sintió junto a su cuello el vaho caliente y blando de una respiración animal. En la dudosa realidad del duermevela se incorporó en la cama empapada en un sudor frío, y le pareció que ya estaba despierta por que abrió los ojos. Fue entonces cuando creyó ver al fondo de la estancia a una muchacha de su misma edad con una palidez lunar que la observaba desde la puerta envuelta en un hábito que le llegaba a los pies. La oyó pronunciar unas palabras en un idioma incomprensible lleno de eses silbantes y quiso acercarse a ella para oírla mejor, pero la desconocida salió corriendo hacia el pasillo y la vio desaparecer entre los cuarterones oscuros de la puerta. Pero no fue esa aparición la que le hizo estremecerse hasta la raíz de los cabellos, sino el sonido definitivo de la puerta al cerrarse. Laura Ulloa se revolvió entre las sábanas, moviendo la cabeza de un lado a otro, hasta que por fin se incorporó bruscamente sobre la cama, aturdida, con el corazón al galope y sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba. No era la primera vez que tenía una pesadilla, pues siempre había poseído un carácter sugestionable que se le había acentuado en contacto con las leyendas africanas, pero nunca hasta ese momento había soñado con aparecidos.

Cuando los gallos del corral cantaron al amanecer se encomendó con toda su alma al apóstol y rezó todas las oraciones que sabía en la misma jerga en que hablaban los negros, porque no se sentía con ánimos de pasar un minuto más en aquella casa de fantasmas. Sin embargo, el afecto paciente de Juana y las atenciones de su tío acabaron por hacerle olvidar poco a poco las amarguras de la primera noche.

Tan pronto como la meteorología se lo permitió, Rafael Ulloa llevó a su sobrina a conocer la ciudad con la intención de distraerla y levantarle el ánimo. El primer viernes de abril enfiló la calle Mayor perfectamente vestido de alpaca con un traje claro de corte francés al lado de su sobrina con el orgullo de estar paseando del brazo de un arcángel y no era de extrañar, porque Laura Ulloa tenía una manera de caminar tan leve con los botines finos de tafilete y la falda blanca de organdí que daba la impresión de que no necesitaba apoyar los pies en el suelo. Estaba más alta y con la expresión más perfilada, pero su rostro todavía conservaba la impronta infantil. Tenía los dientes pequeños, los ojos separados y un mohín natural de desprecio en la curvatura del labio superior que le daba cierto aire de niña consentida. Al doctor Ulloa le sorprendió la soltura con la que se abría paso entre la gente que a esa hora llenaba el centro de la villa. Navegaba por el desorden de las calles con un empaque propio, sintiéndose el blanco de las miradas de unos transeúntes poco acostumbrados a los extranjeros.

Hicieron un recorrido largo y minucioso con demoras que no tenían otro motivo que satisfacer la curiosidad de la recién llegada. Pasaron por la plaza que entonces se llamaba de los Arcos junto a las torres negras de una basílica en cuyo frontispicio lucía el reloj parado en las tres y cuarto que un gobernador había detenido a balazos algunos años antes ante las burlas solapadas de buena parte de la población. Visitaron la estatua del almirante y la casa de los arcos cuyas gárgolas grotescas parecían títeres de barraca. Entraron en la botica de don Perfecto a comprar jabón de



Reuter y agua de Rosas, y el doctor Ulloa aprovechó la ocasión para contarle a la niña la historia del famoso loro Ravachol, un loro libertino, de memoria prodigiosa con la cresta anaranjada y la lengua negra que tenía debilidad por las mujeres entradas en carnes y por los himnos prohibidos y cuya memoria era honrada por todos los liberales de la ciudad. Salieron del establecimiento muertos de risa celebrando las picardías del loro y de ahí se dirigieron al Café Moderno, donde el doctor Ulloa presentó a su sobrina ante los contertulios. Su amigo Arquímedes Feijoo, al saber que la muchacha era aficionada a la lectura, la obsequió con un ejemplar de su última obra *Centauros de lume* recién salida de la imprenta, y Fermín Pórtela le hizo una caricatura a plumilla representándola con la caballera silvestre y el arpa mágica de las *banshees* celtas, que la niña guardó para siempre como una reliquia.

En unas horas aprendió más cosas de las gentes de aquella tierra brumosa que nunca antes. Continuaron su recorrido por el popular paseo del Chocolate entre chascarrillos y chanzas que divertían a la chiquilla, porque a aquellas alturas el doctor Ulloa no concebía mayor placer que el de hacer reír a su sobrina. Sentía el corazón embargado por una euforia tan inexplicable que no parecía una simple mudanza de su estado de ánimo, sino más bien un cambio profundo de naturaleza. Desde que había llegado su sobrina todas las inquietudes que atormentaban su alma fueron sustituidas por una urgencia absoluta de entretenerla que él atribuyó al principio a su nuevo papel de padre reciente. No había nada que no se hallase dispuesto a hacer para satisfacer las demandas de la niña. Tío y sobrina se solazaron con las novedades anunciadas en los carteles del Ideal Cinema, con los escaparates de El Siglo que era el almacén de corte y confección más grande de Vilavedra, con los títeres del circo de Las Palmeras y con todas las cosas que dejarían grabada para siempre en la memoria de Laura Ulloa aquella primera salida como una aventura fascinante.

En los soportales de la plaza de la Herradura se impregnaron del fuerte olor a betún que dejaban en el aire más de una docena de limpiabotas y la niña se empeñó en hacerse sacar brillo a los botines siguiendo una costumbre exclusivamente masculina por el puro gusto de provocar y llamar la atención. Siguieron caminando sin dejar de dirigirse requiebros y chanzas hasta sumergirse en la algarabía caliente de los vendedores del mercadillo de la Estrella donde se aglutinaban desde libreros de lance hasta talabarteros, faquires y sastres de ocasión. Pasaron de largo por la parada de las rosquilleras de Melide, pero al cruzar delante de un tenderete de frutas confitadas, a la niña se le engolosinaron los ojos y el doctor le dio a probar un succulento corte de membrillo ensartado en la punta de un cuchillo de matarife.

Más adelante, en los puestos de paños y tejidos, la chiquilla se encaprichó de un sombrero de casquivana con cintas de colores y se rió tanto de sí misma al verse disfrazada con él frente a un espejo de óvalo, que el doctor Ulloa decidió que había que inmortalizar aquel momento con un retrato. Sin pensárselo más se dirigieron al número 11 de la plaza de la Constitución donde se encontraba la popular casa de las Caras, en cuyo bajo el fotógrafo Arcadio Pintos había instalado el mejor estudio de fotografía de toda la comarca. Fue un retrato histórico, el único que se conservaría de Laura Ulloa al pasar de los siglos. Tal vez por efecto de un exceso de magnesio, el daguerrotipo quedó nimbado por un brillo de plata que con el tiempo la fue convirtiendo en un ser de belleza absolutamente irreal. Estaba apoyada en una columna de mármol rematada en volutas jónicas, con su tocado de reina del carnaval, los labios insinuando apenas una sonrisa y los ojos raros con esa cualidad translúcida que muchos parroquianos, después de lo que sucedió, acabarían atribuyendo a un poder de índole sobrenatural. Sin embargo en aquel momento la fotografía se convirtió en el mejor reclamo para el joven Arcadio Pintos que la exhibió dentro de



un marco de caoba en el escaparate de la tienda flanqueada por los retratos de la infanta Luisa Fernanda y el teórico del federalismo Pi i Margall que habían sido los dos visitantes más ilustres que había tenido nunca la antigua y noble villa de Vilavedra de los Infantes. Y allí permaneció su imagen por espacio de casi un siglo para disfrute de los jóvenes enamoradizos que acudían en masa a contemplar a la cubana como la llamaban ya todos, igual que si se tratase de una virgen niña o de una actriz del cinematógrafo.

Cuando al caer la tarde regresaron a casa, detrás del convento de Santa Clara se encontraron con la hueste de los mendigos que se hallaban sentados al borde del camino, entretenidos en uno de los muchos pleitos que suscitaba el reparto de las dádivas. Al reconocer el automóvil del doctor Ulloa, abandonaron su disputa y se pusieron en pie en medio del camino, para solicitar la limosna, sin hacer caso del sonido repetido de la bocina.

La niña se asustó ante aquel ejército de desarrapados, sobre todo cuando vio al *Morcego* cortándoles el paso con un sombrero de ala ancha y una capa negra remendada idéntica a la de los forajidos de las leyendas.

—No tengas miedo, son inofensivos —la tranquilizó el doctor, mientras echaba mano de unas monedas en el bolsillo del chaleco.

La Quemada y *Amanuncia* asomaron medrosas la cabeza por la ventanilla, y vieron a la niña.

—Ave María Purísima, si parece una reina —exclamó la primera con la escudilla tendida.

—Una santa del cielo —replicó *Amanuncia*, santiguándose ceremoniosamente, y, volviéndose hacia los demás, añadió bajando algo la voz—. Es el vivo retrato de Nuestra Señora de los Ojos Grandes.

La frase hizo retroceder unos pasos a los mendigos, no tanto por superstición como por una trepidación repentina que hizo vibrar la luz de la tarde mientras el cielo se encapotaba con una bandada de grullas asustadas.

Fue la primera vez que Laura Ulloa oía mencionar el nombre de aquella santa-mártir que se adelantó a su destino porque algunas veces el porvenir sucede antes que el pasado, pero no le dio más importancia porque tenía toda el alma ocupada con el gozo nuevo de ser feliz.

En los días siguientes la niña fue habituándose a los olores excesivos de aquella primavera rural, al sabor vidriado y fresco del agua de las cascadas que le dejaban en los labios un regusto a floresta cuando subía a galopar por los cerros. Había algo allí arriba que sentía como propio. No era sólo la limpieza del aire que coronaba las cimas, sino más bien la presión de una fuerza física tan inevitable como la ley de la gravedad. Cabalgaba para sentir esa atracción. Se había encariñado con un caballo alazán que tenía un lucero en la frente y ella misma se ocupaba diariamente de supervisar su cuidado. Era un rocín de cuatro años al que llamaban el Rubio que tenía un pronto soliviantado que lo mantenía alejado de los demás animales, pero Laura Ulloa supo ganarse su confianza con un dominio de jinete experimentada y con los pequeños terrones de azúcar que le daba para celebrar sus destrezas. Cuando la niña se acercaba a las caballerizas, el Rubio la olía a distancia y golpeaba tres veces el portón de la cuadra con la pata izquierda. La chiquilla se sentía crecer con cada muestra de reconocimiento.

En el interior de la casa tampoco le faltaban atenciones. Juana se desvivía por complacerla y hasta aprendió a preparar infusiones de vetiver y violetas con las que le perfumaba el cabello para que no echara nada en falta. Pero el gran descubrimiento de aquellos días fue el tesoro de la biblioteca familiar con más de mil volúmenes en los que aprendió a sumergirse como en un río de



otro mundo.

Una tarde de mayo el doctor se hallaba en su despacho embebido en el estudio de un nuevo medicamento contra la anemia perniciosa, cuando sintió un calor repentino que le hizo quitarse la chaqueta y acercarse a la ventana. A pocos metros, sentada en la galería del mirador, Laura Ulloa se hallaba absolutamente sumergida en una novela cuyo título no alcanzaba a descifrar a aquella distancia. La observó complaciente durante largos minutos sin que ella se diera cuenta: la forma en que pasaba las hojas, la expresión cambiante de sus ojos, ahora risueña, ahora alarmada o triste. En las pausas de la lectura tomaba un sorbo de limonada o se demoraba ronzando un pedazo de hielo en los labios. Tenía las mejillas encendidas y llevaba una camisa amplia con el cuello desabrochado y pantalones de lona con restos de hojas y resedas aplastadas que traía del bosque como si acabara de regresar de montar a caballo y no le hubiese dado tiempo a cambiarse. Muy pronto dejó de leer. Puso el libro sobre el regazo y empezó a balancearse despacio en la mecedora de mimbre, con los labios entreabiertos y los ojos perdidos en el horizonte cárdeno del oeste por donde empezaban a apuntar unas nubes extrañas de color verde azufre. El doctor se quedó un buen rato mirándola, de pie contra el cristal con el chaleco desabotonado y ligas de caucho en las mangas de la camisa. Entonces fue la primera vez que Rafael Ulloa escuchó muy clara al oído la voz del diablo.



CAPÍTULO 12

Rebeca Aldán tomó el retrato nupcial de encima de la cómoda y lo observó con detenimiento. Desde hacía algún tiempo la contemplación de cualquier fotografía de boda le provocaba una melancolía inexplicable como si bajo los fastos de la ceremonia fuese capaz de adivinar ya el tedio de la vida conyugal. Pero la imagen que contemplaba no era la de su propio casamiento, sino un enlace bastante anterior. Los novios aparecían retratados en el interior de una berlina del fin de siglo con asientos de cuero, capota de charol y tres rocines engalanados con gualdrapas de plata. El conde de Gondomar estaba de perfil, ataviado con sombrero alto de copa y levita de terciopelo, mientras a su lado su esposa, doña Conceção do Carmo Andrade, lucía una diadema de piedras preciosas con el emblema heráldico del marquesado de Coimbra y un velo muy liviano que apenas le permitía disimular ante la cámara su terror de virgen recién casada. Pero había alguien más en la fotografía, una muchacha espigada de no más de doce años con el cabello ensortijado en tirabuzones que llevaba sobre los hombros una capa larga de dama de honor. Rebeca Aldán se fijó en ella hasta lograr aislarla como si no existiera en la imagen nadie más. La indumentaria le confería cierta condición fantasmal acentuada por la palidez extrema de la piel y por un mechón de pelo completamente blanco que lucía sobre la frente como el sortilegio de una belleza sin edad.

Aunque las dos hermanas poseían la misma altivez natural y se parecían algo en los pómulos altos y en el corte de cara, sin embargo daba la impresión de que tuvieran naturalezas diferentes. Doña Conceção a pesar del velo no podía ocultar una especie de tensión sombría en el rostro como la de esos cautivos que se saben ausentes del mundo y se resignan a que la vida transcurra siempre en algún lugar al margen de ellos. Sin embargo el semblante de su hermana pequeña poseía una especie de majestad severa e irradiaba una pureza hermética sólo comprensible por algún privilegio del espíritu. Se habían dicho cosas extrañas de la marquesita hacía muchos años, que era epiléptica de nacimiento y que tenía una voz tan bella que cuando cantaba se quebraban las cristalerías más delicadas. Durante la ceremonia nupcial, en el momento en que el arzobispo alzó el cáliz para dar comienzo a la eucaristía, la niña interpretó el Ave María de Schubert con una voz tan sublime y honda que todos los que la oyeron creyeron hallarse dentro de un milagro. Dicen que fue entonces cuando el conde de Gondomar sufrió un pasmo de enajenación del que nunca más se repuso. La marquesita también podía imitar los trinos de cualquier pájaro hasta los más extraños e ignotos, además tenía visiones premonitorias y, según contaban algunos, poseía el don de hablar con los árboles y con las nubes, por eso muchos campesinos seguidores del rito animista la consideraron santa. Se llamaba Luzdivina do Perpetuo Socorro y había llegado a la casa grande para acompañar por una temporada a su hermana en la celebración de sus nupcias con el conde de Gondomar, pero ya nunca más regresó de vuelta a su tierra.

—No son más que leyendas, habladurías de campesinos... —Le había dicho Juana la primera vez que Rebeca Aldán le preguntó por las extrañas dotes de la muchacha de la fotografía. Hacía ya tanto tiempo de esa conversación que casi ni se acordaba—. La gente entonces era muy aficionada a los romances de ciegos y a los milagros —había continuado explicándole Juana—. A cualquiera que fuese diferente, enseguida le atribuían algún poder sobrenatural. Tenía unos ojos muy hermosos, eso sí, con una luz que parecía que le salía de dentro. Pero no era más que una chiquilla.



Sin embargo no fue por medio de Juana como Rebeca Aldán llegó a conocer la verdadera historia de la marquesita de los ojos grandes, como la llamaban en todo el valle del Salnés, sino a través del coro de mendigos que se disputaban la sopa de caridad en el patio del convento de Santa Clara. Era un domingo soleado de febrero, poco tiempo después de casarse, y los brotes tiernos de las camelias acababan de reventar bajo una algarabía de gorriones. Rebeca Aldán regresaba con su esposo de hacer la ofrenda floral de todos los años en la capilla y al pasar detrás del patio ninguno de los dos pudo evitar oír lo que decía la vieja Olinda escupiendo cada palabra con su lengua curtida en el viejo oficio de andar por los caminos. Según contaba la anciana curandera, a los pocos años de llegar a la casa grande, la joven Luzdivina había pedido entrar en el convento como novicia después de hacer los votos de pobreza, obediencia y castidad. Antes de tomar los hábitos soportó los tres largos meses reglamentarios de recogimiento interior, durante los cuales las únicas visitas que recibía del exterior eran las del conde que hablaba con ella a través de un locutorio con celosías tan tupidas que a duras penas dejaban pasar la voz. Lo que hablaban en aquellas entrevistas nadie llegó a saberlo nunca. Pero lo que todo el mundo supo fue que el mismo día de su confirmación la joven se desabrochó con precisión uno a uno los botones del hábito de lino áspero hasta quedar completamente desnuda, se subió al zócalo de azulejos que hacía las veces de lavatorio para alcanzar la argolla del techo, le hizo un nudo corredizo al cordón dorado de la orden que ya había sido bendecido por el arzobispo y se lo puso alrededor del cuello como una gargantilla. Después se dejó caer en el vacío hasta que toda la oscuridad de la celda entró en su cuerpo.

A la mañana siguiente, cuando la madre superiora hacía el llamamiento para maitines se la encontró colgando del garfio del candil, desnuda como Dios la trajo al mundo con la cabeza torcida y los ojos muy abiertos. Todos los que la vieron así dijeron que la muerta hacía honor a su nombre de pila porque efectivamente su cuerpo envuelto en el fulgor de la madrugada irradiaba una luz divina que le aureaba la piel con el nimbo sagrado de los ángeles.

Aquel mismo mes casi la mitad de los cerdos de la parroquia murieron de una extraña peste que también afectó a las gallinas, provocando en ellas comportamientos extraños como negarse a incubar sus huevos y emprender acrobacias propias de otras aves voladoras que las llevaban a despeñarse espantadas contra el suelo. Se dijo que la enfermedad venía de las aguas sulfurosas que bajaban de la montaña cargadas con un exceso de azufre que enloquecía a los animales, pero nadie creyó la explicación de los veterinarios y la mayoría de los campesinos empezó a levantar altares negros a escondidas en los que quemaban excrementos de vaca para ahuyentar los malos espíritus. Por aquellos días de infortunio en la casa grande la señora Concepción do Carmo Andrade moría de parto una noche de viento huracanado después de haber dado a luz a un niño sietemesino que vino al mundo bajo el signo de Escorpión con el cordón umbilical enrollado al cuello y a punto de ser estrangulado. Desde entonces no ocurrió prodigio ni maleficio en el valle del Salnés que no fuese atribuido a los poderes de la marquesita difunta.

Rebeca Aldán volvió a colocar la fotografía sobre la cómoda, pero continuó tan inmersa en sus pensamientos que no oyó el manubrio de la puerta al girarse. Cuando más ensimismada estaba, sintió en la nuca el sople de una respiración fatigosa y dio un salto de pavor.

—¡Por el amor de Dios!, Juana, haz ruido antes de entrar —dijo volviéndose hacia la anciana que había llegado a la estancia con su característica manera de andar sigilosa como quien está habituado a caminar sobre brasas. Pero al momento ella misma se dio cuenta de que no era la presencia de Juana lo que la había sobresaltado, sino su propia aprensión. Desde que había regresado sentía a veces un sofoco inapelable que por momentos amenazaba con hacerle salir el



corazón del pecho y que luego, poco a poco, se iba apaciguando en el agua estancada de su condición de viuda y del luto donde sentía que había ido naufragando su vida. Durante muchos años había conseguido olvidarse de todo aquello. No le resultó muy difícil en Cuba. Alguna vez le venía a la cabeza el recuerdo de hechos aislados igual que fogonazos, pero pasaban rápido como esos sueños que van perdiendo consistencia conforme avanza el día. Sin embargo desde que había vuelto, soñaba a menudo con su esposo difunto y sentía que los espectros de las viejas fotografías habían tomado vida en su pensamiento sin que consiguiera apartarlos de su mente.

—No se puede vivir siempre arrinconando los recuerdos como si nunca hubieran ocurrido o no tuvieran nada que ver con la vida de una —le dijo a Juana cuando ésta le interrogó por el motivo de su inquietud—. La vida entera resulta una farsa cuando una no sabe exactamente el papel que ha desempeñado en ella. En la vida y también en la muerte, en las desgracias que nos causamos a nosotros mismos y en el daño que provocamos a otros. Cuando no puedes comprender algo que para ti es esencial es como si te faltara la luz del día. No se puede vivir así...

—Pero ¿qué es lo que quiere saber, hija mía? —dijo Juana adoptando ahora un tono compasivo matizado por un punto de contrariedad como si una conversación en aquel momento le supusiera un esfuerzo añadido al final del día con el que no había contado...—. Si las palabras no sirven nunca para explicar nada. Las cosas hablan por sí solas, sin necesidad de palabras. ¿Qué quiere que le diga? Ocurrió esto y ocurrió lo otro... Al fin y al cabo todo ha sucedido como ha sucedido y eso no tiene vuelta de hoja. Aquí todo el mundo sabe y nadie ha tenido que preguntar. No ha hecho falta. Luego sí, luego han venido todos esos cuentos que seguramente habrá oído: que si ella tenía sangre seca en la cara y arañazos por todo el cuerpo. A mí eso me lo contó el padre de Trinitario, el carpintero, que fue quien le construyó el ataúd por encargo del conde, pero yo no la vi con mis propios ojos y por lo tanto no puedo decir que fuera cierto. Se contaron tantas cosas... Usted ya sabe cómo es la gente de aquí. Pero la verdad es que hasta los hombres cuando tenían que pasar por detrás del campo santo se metían antes una copa de aguardiente entre pecho y espalda y luego sí, luego se atrevían a mezclarse con la niebla aunque el pánico les deshiciese las tripas... Claro que veían a la Santa Compañía. ¿Cómo no iban a verla? y además está lo de aquellos baúles que llegaban a la casa de madrugada para que la señora no se enterase y los traían por las trochas del cerro de San Gabriel cuatro lacayos embozados, que también lo habrá oído contar, pero ¿quién podría asegurarlo? —La voz de Juana tenía un timbre cálido y envolvente, aunque sus ojos habían adquirido cierto brillo acechante como si la mirada fuese independiente de la voz o se adelantara a ella, opinando por su cuenta, juzgando para sus adentros sin necesidad de formular ningún juicio—. Hay cosas que no se sabe muy bien lo que son —continuó diciendo—, que no tienen una palabra exacta para referirse a ellas y por eso no se nombran. Cuando no se tiene un nombre para decir las cosas, entonces se inventan historias, siempre ha sido así. Y, créame, señora, no hay ninguna necesidad de sacar a relucir ahora esos sucesos, mejor no moverlos de donde han estado quietos al cabo de tantos años...

Pero Rebeca Aldán estaba decidida a llegar hasta el fondo, no por curiosidad sino porque sentía que no podía ser de otro modo, como si todas las historias ocultas tuviesen su momento para desvelarse y salir a la luz aunque hubiesen pasado años e incluso décadas y nada se pudiese hacer contra la inminencia de su revelación. También Juana a su pesar debió de intuir que había llegado el momento de la verdad con la misma precisión campesina con la que podía reconocer la maduración de cualquier fruto de la tierra. Se sentó en el viejo sillón orejero al lado de la ventana con el castaño de indias difuminado en la luz declinante de la tarde y el rostro de Rebeca Aldán frente a ella, y fue entonces cuando por una vez se mostró dispuesta a rememorar en voz alta los



sucesos de aquel tiempo remoto.

—Yo todavía no estaba en la casa cuando ocurrió —empezó diciendo mientras achicaba un poco las pupilas y sus ojos centelleaban con ese brillo ensoñado que aviva la mirada de los ancianos cuando evocan escenas de su juventud—. Pero conocía al conde, vaya si lo conocía... No había nadie en el Salnés que no conociera a la legua hasta el sonido de sus pasos y no sólo porque le temiesen, sino porque tenía una autoridad completa sobre todo. Fuera a donde fueras sentías su poder encima, ten en cuenta que los señores de Gondomar han sido los amos de estas tierras desde hace más de trescientos años. Las fincas eran suyas, el ganado, la cosecha, hasta los animales del monte le pertenecían... —Juana levantó los ojos hacia Rebeca, como si quisiera comprobar el efecto que le causaban sus palabras—. Le gustaba mucho cazar —continuó diciendo—. Salía temprano hacia el alto de las perdices con dos monteros y una jauría de perros que asustaban a todas las vacas de los alrededores. Yo recuerdo eso por el olor de la ropa de caza que me traían al pilón del barranco para lavar, pantalones que olían a pana mojada y a la sangre fresca de las piezas que llevaba colgadas a la cintura y también a cuero rancio y a grasa de escopeta. Era un olor muy particular... A las mujeres les gustaba esa fuerza masculina que ponía en todo. No podía decirse que fuese un hombre guapo, pero tenía presencia, una presencia tan poderosa que no quedaba más remedio que acatarla como se acata un trueno o cualquier otra fuerza de la naturaleza... —En ese momento Juana se dio perfecta cuenta de que Rebeca Aldán había bajado la mirada con las mejillas ligeramente ruborizadas como si la índole de aquella reflexión le encendiera la sangre por dentro. Fueron apenas unas décimas de segundo, pero bastaron para que la anciana le adivinase el pensamiento. A pesar de los años seguía siendo una mujer observadora, con una agudeza excepcional para indagar en los rostros de las personas, sin embargo siguió adelante con su relato como si nada—: No seducía sino que conquistaba —continuó diciendo—. Podía tener a las mujeres más hermosas, a todas las que quisiera. Y no se crea que él hacía distingos entre damas o campesinas. Le daba igual. Por lo menos así solía ser antes de casarse. Usted ya lo conoció mucho después y no era el mismo. Nunca volvió a ser ya el mismo desde entonces... —Juana se quedó callada de pronto y sus ojos se ausentaron como muchas veces cuando contemplaba la lumbre en la cocina. «Te vas a quedar ciega de tanto mirar el fuego», le decía a veces la señora Elvira cuando todavía estaba en sus cabales. «Mejor», le respondía ella. «Para lo que hay que ver.» Y era verdad que a veces sentía la memoria tan llena que necesitaba ordenarla a solas, para no extraviarse entre tantos recuerdos dispersos. O quizá no. Quizá lo que necesitaba no era tanto hacer acopio del pasado que se le amontonaba en la cabeza, como de esos otros episodios que no alcanzaba a recordar sencillamente porque no los había vivido, ni tenía por lo tanto posibilidad alguna de recordarlos, y mucho menos de interpretarlos, ya que sucedieron al margen de todo, en esas orillas oscuras de la realidad que nos están vedadas—. ¡Tantas cosas suceden a nuestras espaldas...! —exclamó como si estuviera hablando consigo misma y toda la estancia quedó durante un momento envuelta en la atmósfera apretada de aquella frase, hasta que la anciana decidió retomar el hilo e inició de nuevo la conversación con un tono de voz más bajo y algo cauteloso. Contó durante largos minutos sin interrumpirse, como si una vez iniciado el relato ya nada pudiera contenerlo ni desviarlo en otra dirección ni anularlo o cambiarlo y con la misma inevitabilidad, Rebeca Aldán supo también que aunque quisiera ya no podía dejar de oírlo.



CAPÍTULO 13

— Poco después de la boda del conde de Gondomar —continuó Juana—, el padre de doña

Concepção murió en su palacio de Coimbra de una enfermedad cuyo nombre no recuerdo, pero era un mal muy frecuente entre la alta nobleza, una enfermedad que vuelve la sangre espesa, aunque yo de eso no entiendo, yo sólo sé de enfermedades de pobres. Pero ya ve... morir nos morimos todos, unos de hambre y otros de hartura, de eso nadie se libra... El caso es que desde entonces la hermana pequeña de la señora, la marquesita, se quedó a vivir en la casa grande. El conde la colmó de atenciones desde el principio como si se tratara de su propia hija. Se ocupó de su educación y le nombró un preceptor de español para que le enseñase a hablar el idioma, aunque la niña se negó siempre a pronunciar una sola palabra que no fuese en lengua portuguesa. Cuando al cabo de un año nació el primer hijo del conde, Don Jacobo, que Dios lo tenga en su gloria, el conde ordenó preparar para su cuñada un dormitorio espléndido al lado de la alcoba matrimonial con dosel de gasas de princesa, aguamanil de porcelana y con tantas cajitas de música como capitales había en Europa, porque no quería que la niña tuviese recelo del recién nacido. Fíjese cómo sería que hasta su esposa se quejaba de que atendiese más a la niña que a su propio hijo. Y no era para menos porque el conde se pasaba tardes enteras con su cuñada, oyéndola cantar. La verdad es que era un prodigio oírlo, sobre todo cuando se subía a la ventana alta de la torre y su voz llegaba a las fincas de A Ramallosa, que se encuentran al final del valle, ¿sabe dónde le digo? Allí donde llevaba a pastar las cabras el cojo Minguinha. Hasta los campesinos dejaban sus faenas para oírlo. —Juana se detuvo otra vez como si por un momento se hubiese trasladado a otro lugar por la añoranza de aquellos cánticos. Cuando se decidió a proseguir en su voz había una especie de zozobra contenida—. Al principio la señora Concepção se sintió conmovida por las atenciones que el conde tenía hacia su hermana menor, además ella estaba muy ocupada con la crianza de Don Jacobo que, como usted sabe, siempre fue un niño muy delicado, pero conforme pasaba el tiempo empezó a inquietarse por su hermana al ver cómo la niña crecía cada vez más lánguida y encerrada en sí misma como si la dolencia que arrastraba de nacimiento le hubiera hecho mella en el alma. Yo creo que se reprochaba a sí misma el haberla tenido un poco abandonada. Aunque enferma, lo que se dice enferma, a la marquesita yo sólo llegué a verla una vez, pero se me quedó grabada para siempre —reconoció Juana—. Fue en la feria de San Roque. La niña estaba de pie delante de un puesto de rosquillas y yo me quedé embelesada mirándola con aquella presencia que tenía que parecía una reina y con aquella melena blanca como una capa polar, pero de pronto lanzó un gruñido y cayó desmayada delante de mí, echando espumarajos por la boca transformada en un perro arrabiado. Fueron apenas unos segundos, pero puedo asegurarle que me pareció estar en compañía de una criatura que no era de nuestra misma especie. Intenté pedir ayuda, pero antes de que me diera tiempo, el conde ya se había plantado allí de dos zancadas como si le hubiera dado un aviso su corazón y la atrajo hacia sí con tanta dulzura como no le he visto yo nunca con nadie, o quizá sólo con la señorita Laura ya al final, pero entonces él ya estaba muy mayor y enfermo... —Juana hizo una pausa para tomar aire y lo fue soltando despacio en un suspiro largo—. Ya sé, ya sé que divago, a mi edad la memoria está tan llena que una se pierde entre tantos recuerdos. ¿Qué le estaba diciendo?...

—No sé... Creo que iba a contar algo sobre el mal que padecía la niña —trató de explicar Rebeca.



—Ah, sí, ya me acuerdo —la interrumpió Juana—. No, lo que quería decirle es que cuando la chiquilla llegó a la pubertad, la señora Concepção, quizá para apaciguar su mala conciencia por haberla tenido medio olvidada o tal vez por otras razones, decidió que había llegado el momento de empezar a buscarle un buen partido entre los *vinculeiros* de la nobleza local, creo recordar que uno de los candidatos era el segundo hijo del marqués de Riestra, que era un joven muy templado. Pero cuando la señora intentó entrar en el cuarto de su hermana para hablar de ese asunto, se encontró con una fiera de ojos encabritados que le cerró el paso desafiante. Se puede imaginar el susto que se llevó la pobre al ver a Luzdivina del Perpetuo Socorro envuelta en tules, con aquel mechón de nieve que le nimbaba la frente y con una cabellera salvaje que le llegaba casi hasta las rodillas. Y es que hacía meses que la marquesita se pasaba el tiempo sin rendir cuentas a nadie, como una criatura montaraz sin amo ni Dios. Yo no sé lo que hablaron ni lo que dejaron de hablar, pero dicen que la niña le dejó a doña Concepção las marcas de las uñas clavadas en la cara. Fuera como fuese lo que sí parece cierto es que a partir de aquel momento las dos hermanas vivieron en la misma casa como si habitaran en mundos distintos y no hace falta que le diga cuál de los dos mundos eligió el conde.

—Entonces es cierto lo que dicen... —La entonación de Rebeca traslucía una ligera intencionalidad y más que buscar una refutación parecía darla por hecho. Juana notó el apremio que había en su voz, esas cosas no se le escapaban.

—¿Y qué es lo que dicen? —preguntó tratando de mantener el mismo ritmo pausado que había seguido hasta ese momento.

—Que el conde vivía amancebado con su cuñada.

—Bueno... —respondió Juana—. Es cierto y no es cierto. Las cosas no son nunca blancas o negras. Yo le he contado lo que sé, otra cosa distinta es lo que creo. —Rebeca Aldán enarcó las cejas levantándolas en señal de interrogación y Juana continuó hablando—: Lo que yo creo es que el conde de Gondomar enloqueció de devoción por su cuñada desde el mismo momento en que la vio, pero al mismo tiempo era un hombre y como todos los hombres tenía las cosas de la hacienda y las del corazón perfectamente diferenciadas. Sabía que se había casado con doña Concepção, quiero decir que ella era la señora a todos los efectos, la que tomaba las decisiones en la casa, la que lo acompañaba al casino de Vilavedra y en las visitas oficiales... pero aparte estaba la habitación de la torre y ése era el reino sagrado de la marquesita. Hay quien dice que en los baúles guardaba ropas íntimas lujosísimas como las usadas por las cortesanas del rey en el palacio de Oriente y también aquí mismo cuando su majestad venía al castillo de Sotomayor. Pero no sé decirle si esto es cierto, yo creo que son habladurías porque nadie entró jamás en ese cuarto para demostrarlo, ni siquiera después de muerta... Sólo el conde iba allí cada tarde después de haberse quedado viudo por partida doble, ya que como sabe las perdió a las dos con escasas horas de diferencia. Se pasaba allí tardes enteras... A mí me parece que fue eso precisamente lo que acabó de trastornarlo. Pero ésa es otra historia. —Los ojos de Rebeca Aldán se elevaron un instante brevísimo con una expresión que podría calificarse de sobreentendimiento pero no de sorpresa, como si en el fondo de sus pupilas hubiera llegado a algún convencimiento íntimo que por nada del mundo hubiera querido traslucir—. Mucha gente cree que el conde era un auténtico monstruo, un barbazul como se suele decir —continuó Juana— pero si lo piensa bien, lo que hizo tampoco era nada del otro mundo. Cuántos hombres tienen a la mujer oficial por un lado y a la amante por otro sin que eso haya supuesto nunca el más mínimo problema. Esas cosas han sucedido siempre y siguen sucediendo...

—Con la diferencia de que en este caso las dos eran hermanas —matizó Rebeca.



—Sí —reconoció Juana— y que vivían en la misma casa. Eso fue lo que acabó de complicarlo todo. Uno cree que las costumbres a las que está habituado son inalterables, que una vez metidos en unos raíles hemos de recorrerlos hasta el final, pero siempre existe ese momento en que el rumbo de las cosas puede torcerse de la forma más inesperada. De pronto se produce un vuelco y todo se echa a perder sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo. Ese momento fue exactamente cuando la señora Concepção se quedó embarazada de su segundo hijo.

—¿De Rafael? —preguntó Rebeca.

—Sí, hija mía, cuando se quedó embarazada de nuevo fue cuando aquel delicado equilibrio estalló por los aires. —Juana miró hacia fuera, a través del cristal en el que empezaban a puntear unas minúsculas gotas de llovizna—. Las mujeres somos muy ilusas, creemos lo que queremos creer. La señora no se engañaba, era una mujer hecha y derecha y si sufría se lo guardaba para sus adentros, pero la señorita Luzdivina era una cría, imagínese, entonces aún no había cumplido diecisiete años y a esa edad el amor se vive con una ilusión muy inocente. Vaya usted a saber la idea que ella se había hecho de las cosas, cuando uno es tan joven no puede entender la doblez, y tal vez ella pensaba que el conde y su esposa no compartían el mismo lecho, o quizá fue el mismo conde quien se lo hizo creer, los hombres son capaces de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quieren. Vaya usted a saber lo que le decía cuando se encontraba con ella a solas en el cuarto de la torre. El caso es que la niña no pudo soportarlo. Desde que se enteró de la noticia del embarazo de su hermana, se le derrumbó el mundo encima, no sé si por celos o por sentimiento de culpa o por las dos cosas a la vez, que dicen que la pena más grande no es la de perder la razón, sino el sentido de lo justo. Vivía angustiada, no dormía, no comía, se encerró con tranca en el cuarto de la torre y se negó a ver a nadie. El conde al principio debió de considerar que se trataba de un berrinche pasajero que se le acabaría pasando, pero cuando por fin logró que le abriera la puerta y vio el estado en que se encontraba, empezó a asustarse de verdad. Tiritaba de fiebre, deliraba y tenía la piel tan transparente que se le dibujaban todas las venas. En pocas semanas había perdido más de diez kilos, parecía que le costara respirar como si el aire se le muriera dentro del pecho y no pudiera expulsarlo, hasta que un día ya no pudo más y se desplomó de bruces. Ahí fue cuando el conde debió de darse cuenta de que la perdía para siempre y no iba desencaminado porque yo creo que lo único que quería la chiquilla era morir. De nada sirvieron sus juramentos ni sus promesas arrebatadas de amor ni todo lo que hizo para intentar hacerla entrar en razón, porque entonces ya no había bálsamo que pudiera curarla. ¡Pobre niña! Debió de sufrir muchísimo, tenía rasguños por los brazos y heridas en carne viva de las lesiones que se hacía a sí misma como si se odiara. Se volvió loca y no sé lo que hubiera sido capaz de hacer si no le hubieran administrado los sedantes que le administraron que yo creo que eran los mismos que les ponen a los caballos bravos.

—¿Y el conde no hizo nada por sacarla de ese estado?

—Pero qué iba a hacer si él mismo andaba como un alma en pena tantaleando por los pasillos, no era capaz de pensar en nada que no fuera la agonía de su niña, como si se hubiera contagiado del mismo mal de la marquesita, yo creo que enloqueció también de amor y de remordimientos. Lo que está claro es que algo se movió en su corazón, una pasión distinta a lo que sentía antes, más profunda y violenta y ya no tuvo un instante de no pensar en ella... Empezó a mirar a doña Concepção con una inquina que no se esforzaba en disimular, como si le echara la culpa de todo, cuando la pobre ni siquiera podía con su propia desgracia. Tal vez ella había premeditado las cosas con la idea de que un nuevo hijo le devolvería otra vez al marido, muchas mujeres actúan así, a la desesperada cuando se dan cuenta de que están perdiendo a su hombre, fuerzan las cosas,



aprietan el nudo sin comprender que son ellas las que están dentro de la soga. Yo no la justifico, pero tampoco era para tanto, no era para semejante odio como empezó a profesarle el conde, que hasta llegó a repudiarla delante de los criados. Su presencia se le volvió insoportable, la odiaba, discutía con ella. Tenía esa irritación que no se controla, cuando se deja de querer a alguien. Tanto fue así que muchos criados se marcharon de la casa para no ser testigos de aquel infierno. Las visitas de sociedad empezaron a espaciarse y al final ninguna persona decente se acercaba a la casa grande. Fíjese cómo sería el escándalo que llegó a oídos del Arzobispo de Compostela. Entonces fue cuando intervino el párroco de Santo Tomé, que en paz descansa, y con sus sermones de pastor de ovejas convenció a la niña para que entrase en el convento de las clarisas. Lo que le dijo o le dejó de decir no lo sé, pero lo cierto es que la chiquilla encontró cierto consuelo en aquel delirio místico que la llevó a tomar la decisión de pudrirse viva en una celda de clausura. Se postraba de rodillas en el reclinatorio de madera con las palmas unidas y yo no sé si rezaba o no rezaba, pero muchas veces después, al ver a la esposa del doctor, a doña Elvira, presa de la misma devoción, me acordé de ella, y llegué a pensar que la marquesita había infectado la casa con el rastro de su locura. —Juana movió la cabeza hacia los lados y observó a Rebeca con sus ojos que habían visto demasiado, más de lo que hubieran querido ver, sin duda—. Pobre doña Elvira, ya ve... otra que tiene la suerte atravesada, otra que tal... —Juana se detuvo de nuevo, como si se hubiera dado cuenta de que se estaba alejando otra vez del asunto de la conversación, pero en seguida retomó el hilo—. En cambio el conde no quería saber nada de Dios, conforme su desesperación iba en aumento, crecía su ira contra el mundo. El suyo era otra clase de dolor que no se aplaca rezando ni lamentándose. Al contrario, se enfurecía y renegaba del altísimo y maldecía a todo lo que le rodeaba, no sólo a su mujer sino también a su propio hijo, que rompía el alma ver cómo trataba a don Jacobo. Le costó mucho tiempo reconciliarse con Dios y yo creo que nunca llegó a hacerlo de verdad, porque incluso de viejo cuando andaba siempre con la Biblia y los salmos a vueltas, parecía que no lo hiciera por piedad, sino por venganza, como si el Dios al que le temía no fuese el mismo Dios al que le rezamos todos los cristianos. A veces el hecho de que alguien que amamos muera mientras uno sigue vivo, le hace sentirse a uno como un criminal durante un tiempo...

—O durante toda la vida —remarcó Rebeca como si supiera muy bien de lo que estaba hablando.

—El tiempo le ayudó a aceptar el pasado —continuó Juana—, pero nunca llegó a reconciliarse con él. Yo creo que se quedó parado en aquel instante para siempre, como si dejara de habitar este mundo para vivir solo en su tormento. La gente decía que tenía dentro un diablo, y no era de extrañar porque semejante genio no podía explicarse de otro modo, hasta el viejo Verdún lo rehuía, escondiéndose por las esquinas con el rabo entre las piernas, ya le digo que muchos criados no pudieron soportar su conducta tiránica. De los antiguos servidores, sólo se quedó José al cargo de las caballerizas que fue quien me reveló la mayor parte de estas cosas que le estoy contando. Por aquel entonces, al quedarse prácticamente la casa sin servicio doméstico, fue cuando yo entré a trabajar en ella. No puedo ni contarle la mitad del infierno que fueron aquellos primeros meses. A mí me daba mucha lástima el niño especialmente, pero también la señora y su pobre hermana. Aunque ahora pienso que el más digno de compasión era el propio conde. El sufrimiento a los hombres les hace hervir la sangre por dentro, les deshace los nervios. A veces se pasaba horas tirado como un perro a la puerta de la habitación de la niña, sin que ella le concediese permiso para entrar, pero con el regocijo íntimo de amarla como nunca la había amado en su vida.



Una vez vi cómo ella le soltó a la cara una ráfaga de escupitajos cuando el conde intentaba sujetarla y atraerla hacia sí con promesas, pero no crea que él se ofendió, al contrario, cerraba los ojos y ponía la otra mejilla, embriagado como si una vaharada de placer prohibido le subiese por las entrañas. Cuanto más se revolvía la niña, más parecía gozar él. Créame, era un espectáculo pavoroso, la chiquilla se enardecía tanto que daba la impresión de que su cabellera tuviera vida propia, se retorció como un animal en convulsiones que acababan siempre con una sarta de improperios en una lengua incomprensible y los espumarajos con los que finalizaban siempre aquellos ataques como si fuera el éxtasis final del amor. Después el conde le pasaba el brazo por debajo de la cabeza para que a ella le sirviera de almohada y reposara después de la crisis y así permanecían hasta que empezaban a cantar los gallos. El conde se hallaba sumido hasta tal punto en aquel estado de ansiedad que más que producirle dolor se diría que lo reconfortaba de algún modo. No pensaba en ninguna otra cosa. Perdió el rumbo de las heredades y de la vida misma, la casa quedó al garete y si no naufragó del todo fue porque Dios no lo quiso. Vivía en estado de delirio y la cosa empeoraba cuando trataba de encontrar algún desahogo en el aguardiente de hierbas. Bebía como quien no encuentra el fondo, porque cuanto más feroz era su tormento mayor era su voluntad de no salir de él. Intentó por todos los medios disuadir a la niña para que no hiciese los votos de clausura, primero con súplicas y después con halagos, le pidió perdón de rodillas, le juró que viviría sólo para ella, pero se encontró con una leona con el corazón en carne viva y no tuvo agallas para seguir porfiándole.

Al final, él mismo accedió a llevarla al convento en la misma berlina que había sido su carroza nupcial, con aquellas varillas rojas en las ruedas que se distinguían a la legua. Un día se enroscó la fusta en el puño y dio un correazo que retumbó en la piedra como un disparo de rifle. Iba lívido como el cochero de Drácula. Cuentan que cuando llegaron al convento, la niña desapareció por el portón del atrio sin volver la cabeza atrás una sola vez para concederle siquiera la caridad de una mirada. Cuando inició solo el camino de vuelta, ya era un muerto en vida. Sin embargo aún continuó su asedio sacrílego algunos días más. Como no podía soportar el apremio de verla, iba a visitarla al convento que para eso tenía sus tratos con la señora abadesa. Supongo que la superiora no pudo negarse a hacer de mediadora ante la niña después de las generosas donaciones ofrecidas por el conde a la orden. Las citas eran siempre de noche en el locutorio y nadie sabe qué se decían en esas ocasiones, pero lo que sí puede decirle cualquiera a quien quiera preguntarle es que don Julián salía del convento a caballo como alma que lleva el diablo.

—¿Y la señora Concepçao?

—La señora vivía prácticamente escondida, tal era el pánico que le cogió al conde. Se refugiaba en las habitaciones del servicio, el vientre se le había puesto como una montaña y no salía prácticamente de casa. A dónde iba a ir si el viento y la lluvia de aquel otoño parecía que fuesen a quebrar el mundo. Nadie supo nada, porque nadie se aventuraba a andar por los caminos con aquel temporal. Todas las casas estaban cerradas a cal y canto. Recuerdo que los cristales de la habitación temblaban como si fuesen a reventarse en astillas. —Juana carraspeó un poco, la tez se le había oscurecido. Era de color ceniza ahora, pero todavía conservaba un brillo de ascuas en los ojos—. Ella estaba de pie junto a la ventana con la cara apoyada en el cristal cuando le vinieron los dolores de parto. —Rebeca Aldán permanecía sentada en la misma postura con las pupilas muy concentradas por la expectación que le suscitaba el final del relato—. La atendimos como pudimos —continuó Juana—. Sólo estuvimos junto a ella José, la señora Olinda, un ama de leche llamada Demetria y yo que no había asistido a un parto en toda mi vida. El conde no quiso saber nada de la madre ni de la criatura, que cada vez que lo pienso es un milagro que el niño sobreviviera a



aquella carnicería; yo no he visto una hemorragia más crecida en toda mi vida. José tuvo que sacarle el crío a estirones que parecía un matarife todo embadurnado de sangre. Cuando al cabo de dos días le dijeron al conde que la señora había muerto, ni siquiera se inmutó. Lo demás ya lo sabe... —Juana había dicho la última frase con un tono definitivo o con desgana como si estuviera cansada y quisiera dar ya la conversación por terminada. Había oscurecido y de las sombras del jardín llegaba un rumor invisible de agua continua. Pero Rebeca todavía quiso apurar una pregunta más.

—¿Y cómo se enteró la niña del fallecimiento de su hermana?

—No se sabe —respondió—. Al parecer ni la abadesa, ni las otras novicias, ni el conde, ni nadie se lo dijo. Y por eso se corrieron todos esos cuentos de si era adivina, pero digo yo que si lo fuera, también tendría que haber sabido otras cosas ¿no le parece? Tendría que haberlas adivinado, digo yo, si tan adivina era. —Rebeca Aldán hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y Juana aprovechó el momento para incorporarse—. Ahí fue cuando empezó la leyenda —dijo ya de pie—; unos empezaron a decir que la niña era santa y otros que estaba endemoniada. Siempre hay gente para todo...

—¿Pero por qué?

—Las cosas se exageran y la gente a menudo confunde lo que ha visto con lo que le han contado o con lo que imagina, no sé... Algunas novicias aseguraban que la marquesita era capaz de cantar hasta con siete voces distintas a la suya, los pescadores dijeron que el día de su muerte la ría amaneció con una marea seca de buraces desventados, otros hablaban del enigma de su cabello completamente blanco y algunos hasta llegaron a decir que la oían gemir en su celda del convento después de muerta y cosas peores que también habrá oído. Pero no hay nada sobrenatural ni misterioso en lo que le acabo de contar. El mayor misterio está siempre dentro de nosotros mismos. —La mirada de Juana no era ausente, sino más bien nublada, parecía vuelta para sus adentros—. Cada cual es dueño de su propia muerte y alguien que se odia a sí mismo como ella se odiaba no puede seguir viviendo. Eso fue lo que le pasó a esa criatura. Tenía dentro un alacrán que le enganchó el corazón y ya sabe usted que para eso no hay remedio que valga, ni rezos, ni ungüentos, ni nada.

—Un alacrán... —repitió Rebeca mecánicamente, rozándose con las yemas de los dedos el nacimiento del pelo sin darse cuenta, como ausente.



CAPÍTULO 14

El doctor Ulloa poseía numerosos diplomas en epidemiología obtenidos en las más afamadas escuelas de Europa que colgaban de las paredes de su gabinete junto al juramento hipocrático. Su formación lo vinculaba a los avances más modernos de la Medicina, cuyos criterios trataba de imponer frente a las supersticiones atávicas de sus pacientes en el Hospital de la Caridad. Sin embargo, aunque jamás se lo hubiera reconocido, en el fondo de su alma había empezado a temer al mal del aire, con un fatalismo que le apretaba el corazón. En menos de dos semanas había visto morir a más de doce enfermos de tisis, entre ellos una muchachita de quince años que le clavó dos ojos como candiles mientras él le acariciaba la frente para borrarle el miedo de la muerte.

A dondequiera que fuese lo acompañaba aquella letanía de toses. En todas partes le parecía escuchar el mismo sonido claudicante de las respiraciones, un eco agujereado que recordaba el carraspeo del mar en la arena.

—Es esta maldita humedad que se mete en los bronquios como una condena —le había dicho a su amigo Arquímedes Feijoo.

Había tomado la costumbre de ir apuntando en una libretita de tapas de cuero cada señal mínima que podía ayudarle a descubrir la enfermedad antes de que fuera demasiado tarde: el primer barniz de sudor en la frente, la engañosa coloración sonrosada de las mejillas, una especie de líquen antiguo que llenaba de melancolía la mirada de los enfermos. Aprendía en cada signo del cuerpo y rastreaba las publicaciones científicas en busca de cualquier apunte referido al bacilo de Koch, pero la única noticia interesante que logró encontrar fue la existencia de un extraño hongo de propiedades milagrosas al que se hacía una pequeña referencia en una publicación que recogía algunos remedios utilizados desde la Edad Media por los caballeros templarios. Espiaba la respiración de todo el mundo. Estaba tan obsesionado con el asunto que algunas noches llegaba a sobresaltarse con el burbujeo de su propio pecho. Pero sólo su amigo Arquímedes Feijoo conocía el verdadero motivo de aquella angustia disfrazada bajo el secreto de la enfermedad.

Desde hacía algún tiempo, el doctor apenas dormía y cuando lo hacía, una niebla invisible le saturaba el alma y le hacía concebir sueños inquietantes que le acudían a la mente desde el fondo de un pozo. Lo peor de aquellas pesadillas no eran, sin embargo, las imágenes sino los sonidos: el borboteo de una olla al fuego, un chirrido de goznes oxidados, el arrastre del pasador de un cerrojo, el crujir de maderas cascadas en un muelle viejo, una respiración jadeante que le hacía desvelarse angustiado con el palpito inminente de que algo estaba a punto de suceder. Cuando se despertaba trataba de alejar de su mente el recuerdo del sueño, pero cuanto más lo intentaba más crecía en él la sospecha de haber asistido a una premonición cifrada que tenía algo que ver con su propia vida. En el fondo lo que más le angustiaba era descubrir en su sobrina los trastornos irreparables que había visto en sus pacientes. Vivía pendiente de su respiración, atormentado por la conciencia sobrecogedora de que fuera mortal.

Un día, mientras repasaba un informe, se quedó adormilado en el sillón de su escritorio y le pareció oír desde el fondo del sueño las campanas de Santa Clara. «*El ne nos inducas in tentanionem*», dijo dormido. Al oír su propia voz se despertó aterrado con la angustia de haber perdido el juicio, no por la evidencia de estar hablando solo, sino porque no recordaba haber



aprendido ninguna oración en latín en su vida. Al volver en sí vio a su sobrina que estaba descalza delante de la ventana peinándose el cabello que le caía sobre los hombros como una crin de carbón vivo. Laura Ulloa le sonrió enigmática y él cerró los ojos para asegurarse de que no era un engaño de las sombras. Cuando volvió a abrirlos, la visión se había desvanecido, pero todo el ámbito del gabinete estaba perfumado con un rastro de violetas de genciana.

En Viena Rafael Ulloa había oído hablar de las teorías del doctor Freud y sabía que entre el cuerpo y la mente existían multitud de pequeñas ventanas a través de las cuales pasaban las emociones, pero no acertó a descubrir en sí mismo la naturaleza de la aprensión que lo dominaba hasta que su amigo Arquímedes Feijoo le explicó que el amor escoge distintas maneras para presentarse y la más terrible de todas es el pánico a la muerte.

—Eso no va conmigo —le respondió el doctor en un alarde de suficiencia.

Con respecto a la existencia de fuerzas de otro mundo, satánicas o divinas, el doctor Ulloa permanecía fiel a la divisa de un país de sofistas en el que cuando alguien preguntaba sobre la creencia en las meigas, todo el mundo respondía que no, aunque agregando la consabida coletilla: «pero haberlas, haylas». Ante los demás mantenía un pragmatismo científico en el que no cabían concesiones a la superstición, sin embargo en el fondo de su alma había decidido mantenerse en guardia por fatalismo.

Pero a pesar de la bravata el doctor Ulloa estaba tocado del ala porque la claridad del diagnóstico de su amigo el dramaturgo no había servido para disminuir un ápice su obsesión, sino para incrementarla. Hasta hacía poco no había sido consciente de su propio cuerpo, pero ahora podía percibir la densidad de sus huesos, el crujido de las articulaciones y era capaz de sentir la individualidad de cada una de sus vísceras: el hígado de presagios inciertos, los pulmones esponjados, el corazón insomne... Algunas noches de lluvias tristes salía a caminar por el jardín. La vehemencia del perfume de los árboles y el esplendor del silencio le hacían concebir ideas extrañas que creía muertas en su corazón. Pero con la luz del amanecer, la aprensión volvía de nuevo. Espiaba en su sobrina cualquier atisbo de fiebre, le hacía análisis rutinarios, la sometía a una vigilancia estricta.

Un día la escuchó toser en la fresca de la madrugada y fue a su dormitorio. La vio inmóvil iluminada por un halo de luna que daba de lleno en el cabezal de la almohada. Estaba destapada y atravesada en diagonal de un extremo a otro de la cama con un brazo arqueado en un escorzo de bailarina, pero los pasos del doctor Ulloa debieron de perturbar la sensualidad de su sueño y al cambiar de posición, su rostro resplandeció un instante entre las sombras de los cabellos. Cuando Laura Ulloa abrió los ojos vio al doctor sentado en el filo de la cama con su maletín, pero no manifestó la menor sorpresa.

—Date la vuelta —le dijo él.

Y ella le obedeció sin más explicaciones. El doctor Ulloa le subió el camisón con un cuidado exquisito y después llevó a cabo el ritual de auscultarla con el fonendoscopio. El tacto frío del espejo contra la piel hizo que la niña se encogiera un poco. Y el doctor decidió completar la exploración percutiendo con los dedos. Primero colocó dos dedos de la mano izquierda en su espalda y fue golpeando muy suavemente con el dedo corazón de la mano derecha. Después repitió la misma operación por delante, recorriendo su costillar a flor de piel con el terror de escuchar el sonido del mar en las cavernas. Pero no oyó nada más que el caballo del miedo galopándole en el pecho.

—Tranquila —le dijo, dándole una palmadita cariñosa en las mejillas—, sólo quiero asegurarme



de que estás bien. —Pero no era fácil establecer quién de los dos estaba más cohibido, si la niña con su recato de virgen sorprendida en medio del sueño o el doctor con su tacto púdico que le impedía mirar a los ojos de la paciente para no delatar los tumbos azorados de su corazón. Lo perturbaba el olor de la piel tibia, la transparencia del cuerpo a través de la tela fina del camisón. Aquella sensación como de haberla visto antes peinándose ante una ventana.

Sin embargo todavía tuvo arrestos para inspeccionarle por dentro el párpado inferior con una linterna, le hizo sacar la lengua y le examinó la garganta con una espátula de aluminio. Y cuando cayó en la cuenta de que en realidad no estaba pendiente de lo poco que Laura Ulloa podía tener de tuberculosa, sino de lo mucho que tenía de adolescente en la flor de la edad, entendió que el pánico a la muerte había sido reemplazado por la zozobra del corazón.

—Estás como una rosa —le dijo cuando concluyó el examen, guardando el instrumental. Después cerró el maletín de un golpe seco y se la quedó mirando, sin saber qué hacer, inmobilizado, con la curiosidad estática de quien asiste a un prodigio. Laura Ulloa le sostuvo la mirada con la altanería típica de su edad. Si se ruborizó o no, era algo imposible de verificar en aquella penumbra.

—No me has tomado el pulso —consiguió decir ella al cabo de unos segundos de silencio, mostrando una sonrisa embaucadora y de un modo completamente casual como quien de pronto cae en la cuenta de un olvido.

Entonces el doctor Ulloa no tuvo más remedio que reconocer que las mujeres tienen desde niñas una sabiduría muy antigua que está fuera del alcance de cualquier hombre hecho y derecho. Le acarició la mano de dedos largos y uñas de media luna y trató de trazar el jeroglífico de su destino en la palma blanca. Pero, cuando estaba a punto de dejarse llevar por el instinto, sintió un temblor muy profundo en alguna parte de la conciencia que le hizo arrepentirse de golpe y abandonar la mano como un guante sobre el embozo de la sábana.

—Será mejor que sigas durmiendo —dijo casi sin voz.

Pero Laura Ulloa se limitó a seguir mirándolo con absoluta naturalidad, sin mostrar el menor indicio de sentirse responsable de nada de lo que pudiera suceder a partir de aquel momento.

—No tengo sueño —protestó con una queja de animalito azorado y después fue su mano la que con una desenvoltura infantil buscó la mano de él perdida en las tinieblas. El doctor Ulloa sintió aquel contacto como un estremecimiento íntimo que le cogió desprevenido, mientras las sombras del cuarto iban ensanchándose a su alrededor.

—Está bien, me quedaré hasta que te duermas —concedió haciendo un esfuerzo supremo por sofocar el fragor de la tormenta que lo agitaba por dentro.

Permanecieron varios minutos así, en silencio. Hasta que la niña se atrevió a hablar.

—¿Qué pasa, doctor, se te ha comido la lengua el gato? —dijo con una mezcla de reprobación y burla, acentuadas por el tono zumbón de su acento caribeño.

La soltura con la que su sobrina jugaba a hacer el papel de adulta provocó que Rafael Ulloa tomara de golpe conciencia de las primeras canas que empezaban a clarearle las sienes.

—¿Tienes idea de cuántos años tengo? —le preguntó.

Ella lo escudriñó en la penumbra, exagerando la atención.

—Ya sé que eres un viejito —dijo con un punto de burla en la voz y agregó con el mismo tono de chanza—: un viejito enojado. Pero por qué estás tan enojado, vamos a ver...



—¿Quieres que te lo diga? —le contestó el doctor sin énfasis pero de algún modo victorioso, como si hubiera ganado alguna batalla secreta contra sí mismo—: Porque no te cansas nunca de hacer preguntas. —Después hizo exactamente lo que tenía ganas de hacer, se inclinó sobre su sobrina y le dio un beso huérfano en la frente que a la niña le hizo cerrar los ojos ruborizada por el pensamiento de lo que tantas veces había imaginado. Pero el doctor Ulloa se limitó a pasarle el brazo por debajo de la cabeza para que le sirviera de almohada y empezó a hablarle sin mirarla, para alejar de su mente el ansia turbia que no le dejaba vivir. Con un tono muy bajo, pero firme y bien modulado comenzó a contarle sus recuerdos de estudiante en Viena sin dejarle siquiera a ella la posibilidad de intercalar un silencio. Le habló de los cafés llenos de espejos que brillaban con las lámparas de gas a la hora exacta en la que empezaba a servirse el café con nata; del frío que ponía los rostros colorados y hacía destellar las miradas de las transeúntes; de los teatros y las noches de carnaval en los salones de baile cuando toda Viena rebosaba alegría y la música de los valeses se elevaba por encima de la ciudad como un complot mientras los cocheros transportaban a los amantes silenciosamente bajo los copos de nieve; le habló de su estudio de soltero cerca del parque Schönbrunn, con las ventanas verdes y una estufa de leña que mantenía encendida durante toda la noche y de las campanas de la catedral de San Esteban que lo despertaban a toque de tercia con el tiempo justo para asistir a sus clases en la Universidad. Mientras hablaba le acariciaba el cabello distraídamente con la rara sensación de que sus recuerdos iban desvaneciéndose poco a poco en el tiempo como bruma de otra época. No paró de hablar hasta que tuvo la impresión de que Laura Ulloa se había dormido. Pero estaba despierta con los ojos cerrados para que no se le notara el terror de las vírgenes al paso siguiente. Cuando el doctor Ulloa salió de la habitación de puntillas, los gallos empezaban a cantar y Rebeca Aldán bajaba las escaleras del ala oeste abotonándose la bata, con los ojos todavía hinchados por el sueño. Miró a su cuñado con el recelo de la inquietud pintado en el rostro al verlo salir de la habitación de su hija con el maletín en la mano.

—No es nada —la tranquilizó él—. Sólo está un poco resfriada —y continuó hacia su gabinete aturdido por la revelación de que algo muy intenso e irremediable había empezado a ocurrir en su vida.

A partir de aquel día no tuvo un solo instante de no pensar en ella. Las horas empezaron a llenarse de toda suerte de ingenios para encontrarse con su sobrina por casualidad. Pero lo que más le gustaba era espiarla a distancia, verla saltar a caballo la valla de los potreros con las rodillas apretadas y el cuerpo muy inclinado hacia delante como si una vez en el aire le pidiese alas al animal que era exactamente el mismo ardid que solía utilizar el viejo conde de Gondomar. Le apasionaba esa imagen de ella alejándose, galopando por los cerros salpicados de brezo y retamas de oro como una diosa amazona y le complacía especialmente verla dormir después completamente rendida desde la puerta entreabierta de su cuarto y descubrirle de pronto una mirada furtiva, fijos en él sus ojos de gata.

Cuando se hallaba fuera de casa, en la ciudad, visitando a sus enfermos en el Hospital de la Caridad o con sus amigos del Café Moderno, deseaba apurar el tiempo para llegar a la villa cuanto antes, pero cuando se encontraba bajo el mismo techo que su sobrina, la impaciencia del cuerpo le desbarataba los nervios y acabó por preferir la refinada tortura que hallaba en rehuirla.

Una tarde de abril, en el marasmo de la siesta, el doctor siguió los pasos de su sobrina hasta el remanso de la biblioteca que era el ámbito más sosegado de la casa con las paredes recubiertas por estanterías de castaño atestadas de libros. Allí se hallaban en perfecta convivencia tratados de medicina con folletines ilustrados, legajos de foros y arrendamientos con novelas de capa y



espada, ejecutorias de nobleza con las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer, muerto de amor y de tisis en la flor de la edad. También había distintas publicaciones sobre los trastornos del espíritu, un ejemplar del *Ars métrica*, varios volúmenes de un herbolario de plantas medicinales recopilado por los monjes benedictinos, algunos libros de caballería y una Biblia fileteada en oro, de páginas muy manoseadas. En una esquina había una zanfona adquirida por el viejo conde de Gondomar a un ciego andariego. La mesa del escritorio era de caoba y sobre ella reposaba una esfera armilar, el tintero y la estilográfica de plata que el doctor Ulloa utilizaba para escribir sus recetas, y en uno de sus ángulos el velón de seis piqueras, alto y elegante, más apropiado para iluminar el refectorio de un convento. Todo el ámbito tenía el olor del papel en reposo. Entre el ventanal y la puerta corredera se hallaba una hermosa papelerera hispano-morisca del siglo XVI que siempre había llamado la atención de la niña por sus filigranas de oro y al fondo, un armario de cuerpo entero con cerradura doble. Fue allí precisamente donde dirigió sus pasos Laura Ulloa.

El doctor la vio agacharse sobre la papelerera y encaminarse después hacia el armario. Giró dos vueltas la llave hasta que las dos puertas quedaron abiertas. Laura Ulloa se encaramó al primer estante de puntillas, metió la mano en la abertura lateral que había en el borde derecho del anaquel y tiró hacia sí. Entonces todo el fondo del armario empezó a girar chirriando levemente sobre los goznes del extremo izquierdo hasta dejar a la vista una pila secreta de estantes atiborrada de libros hasta arriba.

—¡Rediós! —exclamó el doctor, desde su escondite detrás de la puerta, sin salir de su asombro ante la misteriosa facilidad con que la niña había dado con aquella biblioteca secreta cuya existencia nadie además de él podía conocer.

Laura Ulloa pasó el índice por los lomos de los libros hasta que llegó a un volumen encuadernado en tela de color granate con letras doradas en el lomo. Lo extrajo con cuidado y volvió a girar la trampilla, poniendo mucho cuidado en dejarlo todo como se lo había encontrado. Después atravesó la biblioteca con el libro en la mano, cruzó la puerta exterior y desapareció entre las frondas del jardín.

El doctor Ulloa todavía no se había recuperado de su perplejidad, pero tan pronto se encontró a solas, trató de reproducir sin equivocarse cada uno de los movimientos que le había visto hacer a su sobrina, con intención de dar con alguna pista que pudiera explicar el hallazgo de la niña por efectos lógicos y sin la intervención de la Divina Providencia. Hacía tanto tiempo que no frecuentaba aquel escondite que tuvo alguna dificultad en encontrar la ranura de la trampilla, pero finalmente dio con ella y todo el mecanismo giró de nuevo, dejando ante su vista la cárcel de los libros prohibidos. Allí estaban, tal como recordaba, las cantigas medievales de Mendinho en pergamino antiguo, una edición de *Las Geórgicas* de Virgilio, traducidas en metro endecasílabo por el catedrático de Vilavedra, donjuán de Guzmán, un manual de Nigromancia, *La profesión de fe del Vicario Saboyano* de Rousseau en una edición de 1812, el cántico espiritual de San Juan de la Cruz y la traducción de *El Cantar de los Cantares* que casi le costó la vida a Fray Luis de León. Pero también estaba la *Torá* y el *Talmud*, encuadernados en badana verde, los libros del *Deuteronomio* y el *Pentateuco*. El doctor Ulloa los hojeó emocionado, con suma delicadeza pues algunas páginas se hallaban muy deterioradas y con idéntico cuidado los volvió a colocar en el estante. Todas aquellas obras habían pasado de generación en generación a través de un guardián elegido con la única encomienda de salvar ese tesoro del abismo de las letras extraviadas. Rafael Ulloa sintió de alguna manera como si su propia alma, preservada durante años, hubiera sido vulnerada. Había ejemplares únicos que en tiempos no tan lejanos podían costar la condena por un tribunal del Santo Oficio. Reconoció también un tratado sobre el régimen de la salud del sabio judío



Maimónides, un compendio sobre la práctica de la circuncisión que había leído muy joven y sobre todo un manual de la cábala que volvió a intrigarlo igual que la primera vez ya que en él aparecía la relación de los diez números elementales y las veintidós letras del alfabeto hebreo que representan las fuerzas inasequibles sometidas a variadas combinaciones a través de toda la creación.

Cuanto más lejos se encontraba Rafael Ulloa de las doctrinas eclesiásticas, más cerca se sentía de la astrología y del hipnotismo como formas para conocer el interior del alma humana.

—Se empieza por no creer en Dios y se acaba creyendo en cualquier cosa —le reconvenía a veces su amigo Arquímedes Feijoo, él sí incrédulo de corazón y bromista en un país de guasones impenitentes. Pero el doctor ya estaba inmunizado contra sus chanzas.

Rafael Ulloa golpeó con los nudillos la pared sobre la que se apoyaba el armario y oyó un sonido hueco que delataba la existencia de una cámara de aire que comunicaba el muro interior de la biblioteca con el extremo oeste de la torre. Pensó que sin duda alguno de sus antepasados que hubiera conocido los planos de construcción de la casa habría aprovechado aquel espacio para idear el artificio giratorio. Cada vez más engolosinado con sus deducciones, tomó en sus manos uno de aquellos volúmenes, titulado *El árbol de la vida*, escrito por Isaac Luria y leyó un párrafo al azar: «Apenas puedo abrir la boca sin tener la impresión de que el mar ha roto sus diques y se desborda»... y en efecto no podía haber una sentencia más acertada para reflejar el estado de ánimo que embargaba al doctor Ulloa, desbordado por la revelación de algo que le había sido negado hasta entonces en su trato diario con la vida y con la muerte. No era la conciencia permanente del tiempo como la había percibido siempre lo que le inquietaba, sino una dimensión distinta que le inspiró la corazonada de que entre todos aquellos libros se hallaban no sólo los secretos de su pasado, sino sobre todo los enigmas de su futuro.

La existencia de la biblioteca oculta tenía una trayectoria secular que según las informaciones del propio doctor arrancaba del décimo tercer conde de Gondomar y señor de Salvatierra que empezó dándose el lujo de recopilar libros raros para solaz de peregrinos y continuó pasando de mano en mano durante al menos tres siglos hasta llegar a un tío abuelo del doctor Ulloa, médico también de vocación que al parecer había tenido que abandonar el país siendo muy joven por motivos poco claros, que acaso tuvieran que ver con la desbandada de internacionales y republicanos que se había producido en el país tras el asesinato del general Prim en la calle del Turco. Pero lo que verdaderamente intrigaba al doctor Ulloa no eran estos misterios de la crónica política, sino el hecho de que una adolescente recién llegada de una isla lejana hubiera encontrado por ciencia infusa algo que él probablemente no hubiera descubierto nunca si un emisario instruido al respecto no se lo hubiera revelado el día exacto de su mayoría de edad. La irritación le hacía sentirse una especie de aprendiz de brujo tratando de no parecer impresionado. Desde luego no estaba dispuesto a admitir bajo ningún concepto las supercherías que ya estaban en boca de todos sobre los poderes de la niña de la que se decía que dominaba en secreto las artes africanas y era capaz de ver en la oscuridad, de adivinar el porvenir y de deslizarse entre los cristianos sin ser sentida ni oída como un ser de otro mundo. Sin embargo el hecho incontestable era que Laura Ulloa había dado con la guarida de los libros sin mediación humana alguna y eso era algo para lo que no había explicación lúcida en los anales de la Medicina.

—Sólo se encuentra lo que se busca —le respondió su amigo Arquímedes Feijoo cuando días más tarde le habló del asunto en la tertulia. Y él no pudo menos que admitir que efectivamente para encontrar algo es necesario haberlo soñado antes con el deseo.



Cuando iba a accionar de nuevo la trampilla, Rafael Ulloa pudo ver perfectamente en el tercer estante empezando por arriba un hueco vacío de escasos centímetros dejado por el libro que su sobrina se había llevado y en ese preciso instante su interés se vio azuzado por una descarga de curiosidad como si en alguna parte de su cerebro le hubieran tocado un nervio vivo.

Miró hacia el jardín por donde la había visto desaparecer y le pareció descubrirla junto a la sombra del castaño. Iba vestida con un suéter claro y unos pantalones anchos de brin. Tenía el libro en el regazo y había en su inmovilidad algo vagamente provocador. En ese preciso instante el doctor Ulloa se sintió aturdido por la impresión de estar viviendo de nuevo un pedazo de vida ya vivido. Pero en lugar de rehuirlo como acostumbraba a hacer últimamente, en esta ocasión decidió salirle al encuentro. Bajó apresuradamente los cuatro escalones del porche y se encaminó hacia el árbol centenario por un sendero de boj con tan mala fortuna que fue a meter el pie izquierdo de lleno en una charca de lluvias cenagosas. No era nada extraño que una persona del carácter del doctor Ulloa tuviera sus momentos de mal humor, lo extraño era que esas subidas de genio lo tomaran por sorpresa. Fue pisar el lodazal y sentir el ridículo de encontrarse a su edad y a la intemperie, con los calcetines empapados hasta el tobillo, afiebrado y cansado de jugar a las adivinanzas, ante una jovencita que lo miraba de soslayo con un ligero amago de guasa en la comisura de los labios. Se acercó a Laura Ulloa a grandes trancos, la tomó con fuerza del brazo y, como si estuviera observando la escena desde fuera, se oyó a sí mismo gritarle si le parecía bonito jugar de aquel modo con la salud de la gente.

—No pretendía molestarle —dijo ella indefensa de pronto a plena luz, restituyéndole el trato de usted de puro susto.

—No me has molestado, me hiciste meter el pie en un barrizal, que es distinto —respondió el doctor reprimiendo apenas la tentación de darle una cachetada—. ¿Se puede saber a qué estás jugando?

—Sólo estaba leyendo —balbució ella con la invulnerabilidad de la inocencia.

—Déjame ver ese libro —dijo el doctor. Pero Laura Ulloa retrocedió ondulante dos pasos, ocultando el libro a su espalda. Entonces el doctor Ulloa sintió en el acto que ese libro, cualquier cosa que fuera lo que hubiese en él, resultaba altamente peligroso para él. No peligroso en el sentido físico, sino en el sentido exacto en que resultó a la larga.

Permanecieron unos segundos callados e inmóviles como dos animales al acecho. La niña tenía una cierta condición fantasmal y algo premonitorio en los ojos que la salvaba de ser hermosa. El doctor Ulloa se acercó más y por segunda vez volvió a tener la sensación de que aquello sólo estaba ocurriendo en su cabeza. Pero en esta ocasión Laura Ulloa no se volatilizó en un perfume de violetas de genciana, sino que se alzó de puntillas con un golpe de sangre ardiéndole en las mejillas y lo único que se le ocurrió para disimular el desconcierto que le provocaba la situación fue colgarse del cuello de su tío y besarlo muy fuerte, con los labios apretados y temblando de miedo. El doctor Ulloa entonces le pasó la yema de los dedos por el perfil de la boca sin tocarla apenas y la niña cerró los ojos y se dejó guiar por él tanteando en su oscuridad interior, buscándolo y dejándose encontrar, hasta que el deseo les arrebató todo el aire de los pulmones.



CAPÍTULO 15

Siempre hay secretos muy bien guardados, pero en el valle del Salnés el espacio entre lo que la gente ignoraba y lo que todo el mundo sabía se hallaba ocupado por las palabras. Dicen mucho las palabras y más aún si son el último aliento de un moribundo. Juana todavía rememoraba con aprensión el momento de la agonía del viejo conde de Gondomar, y sentía en el picaporte el temblor de aquellos segundos de vacilación cuando no se atrevía a abrir la puerta de la alcoba donde se hallaba el conde flanqueado por un notario y sus dos hijos. Entonces había escuchado apenas un balbuceo débil, quizá un ruego o una letanía que de pronto, inexplicablemente, subió de tono y cambió incluso de modulación hasta volverse una voz tan poderosa que a Juana le resultaba difícil creer que pudiera haber emanado del cuerpo del conde, consumido por la apoplejía, y más le parecía que estuviese hablando por su boca el Santo Padre Moisés, señor de todas las plagas, desde lo alto del monte Sinaí. Juana no había entendido el significado de aquellas palabras pronunciadas en un idioma desconocido para ella, tal vez latín o quizá *yiddish*, o arameo, el idioma de los pobres de Israel. Pero le estremeció el tono, porque en el fondo de aquel trueno infrahumano había una llamita de remordimiento que agrietaba el corazón. Se había santiguado instintivamente y después, todavía sobrecogida, con la cabeza gacha, había pedido permiso para entrar en la alcoba, había recogido bajo la cama del conde la bacinilla de peltre y la vació por el tragante de orines de las caballerizas, como si escanciara el veneno de un conjuro.

Ahora en el mismo lugar y a la misma hora la yegua baya se puso a relinchar y a Juana le pareció que el intervalo entre los dos momentos no era más que una pausa entre dos relinchos. Había entrado en el establo para llevar un cántaro de leche y se encontró a José sentado en un taburete de enea con la boina puesta y la mirada concentrada en las ubres de la vaca que estaba ordeñando.

—Está algo nerviosa hoy, no sé qué le pasa —le dijo a Juana cuando la vio en la claridad del portón abierto. Era un hombre menudo como una sombra con una voz grave y cerrada. A pesar de que la vejez le había dejado un temblor extraño en las manos, no había nadie como él para entender a los animales porque llevaba toda su vida ayudándolos a venir al mundo. Juana conocía perfectamente su maestría porque lo había visto hacer de partero en muchas ocasiones. Con una mano agarraba el cuerno de la vaca para que no pudiera levantarse y con la otra hurgaba en las entrañas del animal hasta que veía asomar las pezuñas del becerrillo. Entonces pasaba una soga con el nudo corredizo entre las dos patas delanteras y tiraba con fuerza hasta que al fin lograba sacar la cabeza de la ternera, un hocico húmedo y los ojos todavía cerrados.

A José le gustaba la penumbra de los corrales. Se pasaba horas en las cuadras de los caballos limpiando y cepillando los animales hasta que las ancas les relucían como la madera de boj pulida. Se sentía bien entre aquellas paredes con los arados apoyados contra un sillar y las hoces y azadas colgadas de los dientes clavados en la grieta de los muros, herramientas con el vientre negro, de hierro. Era un hombre que no hablaba casi nunca y tenía por costumbre emitir unos sonidos semejantes al lenguaje, pero que en realidad no formaban palabras. Si alguien le preguntaba algo y sus pensamientos todavía andaban revoloteando por otro lado, respondía con ese idioma incomprensible. Sin embargo con Juana tenía la confianza de compartir la misma edad y de cuando en cuando le gustaba echar con ella alguna parrafada.



—Será por el viento —le respondió Juana. Y era verdad que los troncos de los frutales se habían vuelto negros en la neblina como siempre que soplabá Norte. El viento no entraba directamente en el establo, pero hacía que las vacas dieran menos leche.

—Será eso —respondió José escuetamente.

Entonces Juana cerró el portón y se sentó a su lado en otro taburete de enea mientras él acababa de ordeñar. La última vez que se habían sentado juntos a conversar había sido en el funeral de don Jacobo.

—A veces intento rezar, pero se me vienen cosas raras a la cabeza y me distraigo —comenzó diciendo la anciana como si hablara para sí misma. José se la quedó mirando. Sus ojos astutos, cerrados dentro de una rendija de hucha, parecían estar siempre opinando hasta cuando se los veía distraídos, pero 110 dijo nada y ella prosiguió—: A veces pienso que habría sido mejor que la señorita Laura y su madre no hubiesen vuelto y fíjate que yo durante todos estos años sólo le pedía a Dios que no me dejara morir sin ver otra vez a mi chiquitina. Parece que aún la esté viendo jugar en la galería con las ollitas de aluminio y las muñecas de trapo. Se pasaba horas así entretenida mientras yo me ocupaba de la costura. Sigue siendo la misma niña de entonces, pero ella cree que ya es una mujer y la verdad es que tiene un carácter endiablado que ni su madre es capaz de mantenerla a raya, siempre metida en su mundo que ni tiempo he tenido de cruzar dos frases con ella, siempre leyendo que no sé cómo no se le estropean esos ojos de lucero que tiene con tantas letras y cuando no está encerrada en la biblioteca, aún es peor porque entonces ni se la ve de tan ligera que anda como una centella galopando a caballo por esos montes de Dios como si fuera un muchacho. Se ve que allá las jóvenes se crían muy sueltas de madrina... Pero ésas no son maneras para una señorita, José, te lo digo yo... que algún día aún le ha de pasar algo.

—No temas por ella —la tranquilizó José que había empezado a cogerle simpatía a la chiquilla a fuerza de verla por las caballerizas prodigándole atenciones al Rubio. El conocía bien el percal del animal y le impresionaba sobre todo que una muchacha hubiese conseguido doblegar con tanta maestría a aquel jaco resabiado que era conocido por sus desquites con más de un varón fogueado—. Peor lo habría de tener quien quisiera buscarle las entretelas —sentenció—. La señorita Laura es muy capaz de andar con una *fouciña* oculta en la faltriquera.

La verdad era que Juana temía más por la reputación de la joven que por su seguridad, pues sabía muy bien que Laura Ulloa, a diferencia de otras jóvenes de su rango, tenía dentro un instinto de trueno y no estaba hecha para dejarse avasallar por nadie.

—Si no fuera por ese carácter que tiene... —dijo con una punta de reconvención. Pero sus ojos se habían suavizado como si estuviera rebajando ella misma la severidad de su propio juicio con esa benevolencia de las personas muy mayores cuando se refieren a los seres queridos—. Nunca he tenido hijos —prosiguió— pero con ella me había hecho la ilusión de que era casi como si fuese mía. Estaba orgullosa de su manera de ser, era una niña tan lista. No se le escapaba nada... de pequeña le daba mucho miedo la oscuridad, a veces me llamaba llorando desde su dormitorio y yo me quedaba allí, consolándola hasta que se dormía como un angelito. Los niños y los viejos nos parecemos en el miedo. Los jóvenes no, los jóvenes están llenos de vida, son fuertes e impacientes, van tejiendo a su alrededor una coraza invisible y cuando te quieres dar cuenta, ya casi no los conoces. Las personas a las que queremos no deberían cambiar nunca... —Juana dejó la voz en suspenso y sus ojos centellearon momentáneamente con los lacrimales enrojecidos, pero enseguida volvió a la conversación—: Me pone nerviosa verla jugar con esas tabas de cabrito que trajo de Cuba, que hasta parece que le tenga más fe a las cosas de los negros que a nuestros



santos cristianos. Aún nunca la he visto poner los pies en la iglesia y la verdad es que no sé cómo su madre se lo consiente porque tanto extravió no puede traer nada bueno. —Juana movió la cabeza hacia los lados, se le había aflojado la piel y su tez tenía el color arenoso de una playa batida—. A veces me mira de una manera que me da la impresión de que lo sabe todo y me reprocha el silencio. Nunca sabes lo que es mejor. Permaneces callada durante años, pensando que así proteges a alguien, pero a lo mejor lo que estás haciendo es justamente lo contrario.

»Hay días que la observo de lejos pensando que no me ve —continuó diciendo— pero enseguida me doy cuenta de que también ella me está mirando de refilón y creo que a lo mejor recuerda algo. Aún la estoy viendo como una vigía silenciosa, plantada en lo alto de la escalera a oscuras, no tendría más de tres o cuatro años, quién sabe lo que permanece en la cabeza de los niños, qué cosas recuerdan y qué cosas olvidan. Cuando me mira así, siento como si fuéramos dos soldados que, tras haber enterrado una mina en un campo, procuran no pasar sobre ella. Pero el peligro está ahí, aunque pasemos a su lado como si no existiera, fingiendo que cada una anda ocupada con sus asuntos y el día menos pensado nos estallará debajo. Pero yo no quiero estar aquí cuando estalle, eso también te lo digo. Tengo una casita vieja, allá en la finca de A Ramallosa y cualquier día meto mis cosas en la valija y me voy para allá. Ya lo llevo pensando algún tiempo, porque a mis años lo único que quiero es morirme tranquila sin que ningún fantasma me venga a inquietar en mitad de la noche, que a veces me despierto y veo la cara del conde tan real como si estuviera respirando a mi lado. —José la observó achicando mucho las pupilas, como hacía siempre que necesitaba concentrar mucho la atención. Se fijó en las arrugas que agrietaban el rostro de Juana, como si fuesen un jeroglífico que estuviese tratando de descifrar, pero no dijo nada. Su respiración era lo único que se oía, una respiración dificultosa y cansada—. Suele decirse que las culpas de los padres recaen sobre los hijos —continuó Juana—; las de los abuelos sobre los nietos, las de los bisabuelos sobre los bisnietos, pero no sé dónde acaba la cadena de la culpa. ¿En Caín? ¿Será posible que todo haya de alejarse tanto? —Juana entonces levantó la cabeza y fijó la mirada en un punto indefinido al otro lado del pequeño ventanuco del establo como si hubiera encontrado de repente algo que andaba buscando desde hacía años. Permaneció así abstraída unos segundos como si su mente se hubiera ido muy lejos y cuando volvió a hablar su voz tenía un timbre distinto, más concentrado o más rememorativo, con esa entonación como enguatada que tienen los sucesos que han permanecido ocultos durante muchos años en una caverna y al salir a la luz, lo hacen de un modo vacilante como si cada palabra corriera el riesgo de oxidarse igual que las momias de los sepulcros en contacto con el aire—. Tú y yo sabemos bien cuál es el hilo que se devana ¿verdad José? —dijo mirándolo de frente, pero él se limitó a emitir un sonido gutural—. Aunque falta por ver si es un hilo o una cadena —continuó Juana—. Si se puede cortar o si nos ha de envolver a todos para siempre... —Entonces fue cuando Juana decidió tirar del cabo de la madeja, pero no lo hizo para descubrir nada a aquellas alturas, sino porque quizá necesitaba oírse decir a sí misma por primera vez aquellas palabras que le abrasaban el alma y así fue cómo empezó a rememorar en voz alta aquella noche aciaga en que el viejo conde de Gondomar llegó a casa con el demonio del alcohol dentro del cuerpo y todo se vino abajo—. La señora Rebeca no hacía más que rogarle que no hiciese ruido porque iba a despertar a la niña —explicó Juana— pero él estaba tan fuera de sus cabales que yo creo que hasta confundía a su nuera con su cuñada muerta y por eso la hacía vestirse con la misma ropa de la señorita Luzdivina. Todo estaba guardado en aquellos arcones de la habitación de la torre: enaguas, corpiños, camisas de seda... pero lo peor era el ruido que hacía. Entonces yo cogí a la niña de la cuna, la envolví en una toquilla y la arrullé en mis brazos para evitarle el daño, para evitar que el miedo de aquellas voces se le



quedara pegado a la memoria. Fíjate qué asustada estaría que me puse a cantar una nana para acallar el estruendo, pero por más que cantaba, continuaban oyéndose las voces y de vez en cuando el ruido de un golpe como si algo pesado se hubiera caído al suelo, la señora Rebeca intentaba hacer entrar al conde en razón, le decía que se estuviese quieto que se iba a enterar el señorito Jacobo, pero él la hizo callar mordiendo palabras incomprensibles, apretándola y sofocándola con la fuerza obstinada de su cuerpo, hasta que la venció o ella abandonó la resistencia y se le entregó no sé si por gusto o para acabar cuanto antes. Yo me quería tapar los oídos para no oír el crujido de la cama y aquellos gemidos cavernosos que resonaban en el tambor de la noche. La lámpara del techo se balanceaba y parecía que toda la casa se moviese con aquellas sacudidas y fuese a salir volando por los aires como un ave espantada del sueño. Entonces yo no hacía más que rezar para que aquel angelito que tenía en los brazos no llegase nunca a saber de aquel contubernio.

José se levantó y se acercó al ventanuco del corral; en la media luz del atardecer los senderos de cabras apenas eran visibles. Encendió el candil y lo colgó de la viga. Luego hizo un sonido con la garganta distinto al que hacía para atraer a las ovejas cuando les echaba la alfalfa, era un gorgojeo más agudo y más breve, puntuado de silencios. La vaca mugió y él la condujo dócilmente a su lecho de paja. Luego se volvió hacia Juana con la misma paciencia invernal de los rumiantes y carraspeó un poco antes de hablar.

—Ése nunca fue un buen matrimonio —sentenció adelantando el mentón con el mismo gesto fatalista que solía hacer cuando inspeccionaba a un animal infectado por las mataduras.

—¿A qué te refieres? —preguntó Juana sin entender muy bien.

—Pues a qué me voy a referir... a la boda de Rebeca Aldán con el señorito Jacobo. La culpa fue de quien consintió semejante despropósito. Cuando el marido y la mujer se entienden en la cama se les conoce hasta cuando pelean. Ahí faltaba algo, no había más que ver las manos del señorito, yo no soy quién para decir nada, pero eran manos de monja con dedos blandos, sin fuerza para agarrar las cosas. Lo que pasó era algo que se veía venir a la legua, ya lo decía el cojo Minguña, que loco estará para algunas cosas, pero para otras nunca le faltó el buen juicio.

—Ese sólo sabe echar venablos por la boca.

—No digo que no, pero de las cosas de la parroquia sabe lo que no está escrito. —José sabía bien de lo que hablaba porque a veces se encontraba al mendigo cuando volvía de los prados y siempre le gustaba tirarle de la lengua tanto por su desvergüenza como por su memoria prodigiosa. Según decían algunos, podía remontarse en los lazos de parentesco varias generaciones y recordaba la fecha exacta de todos los desastres que habían ocurrido en el valle—. Fíjate lo que sabrá que hasta se acuerda de cuándo el eclipse encabritó al ganado y las vacas derribaron las talanqueras de los corrales y entraron de estampida en el convento de Santa Clara, haciendo huir a las quince novicias como almas que lleva el diablo, descalzas y con la cabeza rapada que eso ni siquiera yo, que soy el más viejo de aquel tiempo, tengo edad para acordarlo —dijo José—. Además sabe el año y el mes de cada boda que se ha celebrado en la parroquia y de todas tiene algo que contar que a veces hasta me parece que el conocimiento que tiene de algunas cosas no es mucho menor que el de Dios, con perdón, aunque su juicio sea diferente. Pregúntale, pregúntale a él y verás lo que te dice... que yo sepa para eso nunca le ha faltado el sentido.

—Ni la mala sangre —agregó Juana con irritación. Al fin y al cabo había visto crecer a Jacobo Ulloa y aunque nunca había conseguido que el chiquillo le confiase su corazón, conservaba hacia él



esa fidelidad de los criados antiguos que saltan como linceos cuando alguien les falta al respeto a sus amos.

—Desengáñate Juana, lo que acabas de contar no fue un suceso aislado. Ocurrió desde el primer día en que los recién casados se instalaron en el ala oeste de la villa. —José sacó del bolsillo del chaleco un paquete de picadura y se dispuso a liar un cigarrillo con su habitual parsimonia, calculando la medida justa de hebras que debía depositar sobre el papel combado, después pasó la lengua humedecida por el borde, alisó el cilindro dándole forma entre los dedos y se lo puso en la boca—. A veces las cosas que menos pensamos ocurren a las claras —dijo— pero no las vemos precisamente porque las tenemos delante de los ojos. —Luego volviéndose hacia Juana añadió—. Además Rebeca Aldán siempre fue una mujer de raza, no como esas señoritas finas de la capital que con tanto melindre crían linfa en vez de sangre, y ya sabes lo que dice el refrán: la mujer fogosa lo que no halla en el matrimonio lo encuentra en el demonio. Y a ver quién es el santo que se resiste teniendo una hembra así en la casa. El conde no era un hombre para estar solo, bien lo sabemos nosotros. —José se quedó pensativo como si los ojos se le hubieran vuelto hacia adentro de su propia vida ya demasiado vivida, dio una calada honda al cigarrillo que había encendido y el humo que expulsó al cabo de unos segundos tenía la misma opacidad que la niebla de sus pensamientos. Allí sentado en la banqueta de ordeñar, su respiración apenas se distinguía de la de las vacas. El propio establo era como el interior de un animal.

—Dios tenga misericordia de él —dijo Juana con desdeñosa compasión. El viento del Norte seguía resoplando fuera, pero las cuadras contaban con el calor acumulado durante meses por los animales. José permaneció en silencio, fumando; sus ojos reflejaban una actitud paciente que más que consustancial parecía adquirida a lo largo de muchos años de servidumbre, pero no habían atenuado su perspicacia. Siguió quieto. Continuó callado.

—El hombre no sirve para estar solo porque se encenaga —dijo al fin con el cigarrillo en la mano. Entre los dedos le brillaba la brasa incandescente y roja.

—¡Dios delante! —se estremeció Juana como si hasta ese momento no hubiera reparado en el verdadero alcance de las palabras que acababa de escuchar y al instante se le mudó el color de la tez—. Entonces la señorita Laura es hija del conde —dijo como si estuviera pensando en voz alta—. ¿Es eso acaso lo que quieres decir, José, que la señorita Laura es hermana carnal de don Jacobo y del doctor? Dímelo si tan seguro estás, porque yo ya no sé si hablas con la verdad o si un alacrán te picó la lengua. Di si es eso o no es eso, José —porfió temblorosa la anciana— por lo que más quieras...

—Yo no digo nada —balbució él, emitiendo uno de sus característicos sonidos guturales como acostumbraba a hacer cuando no quería hablar de algún asunto. Del fondo del corral de los chivos le contestó un eco áspero surgido del pellejo de un fuelle animal.

—¡Santísimo Sacramento! —exclamó Juana santiguándose tres veces seguidas.



CAPÍTULO 16

P

asada casi la mitad de la vida y después de tantas noches de cazador furtivo en los tugurios de barrio marítimo, el doctor Ulloa sintió que el corazón se le había en galopado con un amor de principiante. Desde lo sucedido en el jardín con su sobrina, no había vuelto a tener un minuto de paz ni lograba pensar en nada más que no fuera el momento de tenerla de nuevo. Muchas veces se acordó de la gitana de la profecía que un día volviendo de una francachela le había augurado que tarde o temprano tendría que enfrentarse a una pasión enloquecida que acabaría poniendo en peligro su vida. Y era bien cierto que se sentía morir. Algunas mañanas se levantaba como si le faltara el aire de respirar. Lo despertaban las punzadas súbitas del insomnio macho antes del amanecer y a última hora de la tarde una tristeza pedregosa se le aposentaba en la boca del estómago sin que él fuera capaz de descubrir en sus propios síntomas el diagnóstico cifrado del amor prohibido. Notaba el zumbido de la sangre en las arterias como la vibración de las máquinas de un barco bajo cubierta. Tenía arena en el corazón y a veces lo sentía perder pie con un latido de menos; sin embargo en otras ocasiones se le desmandaba con una sacudida sísmica y entonces una premura feroz se adueñaba de todos sus pensamientos. En el momento menos pensado era capaz de interrumpir cualquier cosa que estuviera haciendo para buscar a la niña de sus desvelos por todas partes; procuraba encontrarse con ella en ámbitos de la casa más preservados de la mirada vigilante de su madre, vagaba sin sentido por los salones con un ansia que le estaba haciendo trizas las entrañas. Cada vez que se cruzaba con ella en la angostura de un pasillo, se demoraba intencionadamente en medio de un desorden de latidos a la espera de poder asirla por el talle aunque fuese durante una décima de segundo robado. Pero después se quedaba durante días atornillado de forma irreparable a la brasa viva de aquel recuerdo y no lograba pensar en nada más que en el milagro de poder repetirlo. Ella sin embargo no parecía dispuesta a dar un solo paso para salvar las distancias. Al contrario, se mostraba silenciosa, encerrada en sí misma y permanecía durante horas embebida en la lectura. Transcurrieron semanas antes de que él se atreviera a pensar que aquella indiferencia no era más que una coraza contra el miedo.

Laura Ulloa gozaba de un esplendor físico jamás conocido antes. El ejercicio de la equitación le había dado a su cuerpo una densidad elástica que acentuaba su altivez natural. Con las mejillas ardientes del aire libre y el cabello negro recién cortado en diagonal por debajo de los pómulos, como ala de pájaro, había adquirido una belleza diferente, de huesos largos y aristas bien perfiladas que la hacían parecer de una naturaleza más firme que el resto de las mujeres. Ya no era la niña tierna que el doctor había conocido en Cuba, con cola de caballo, botines blancos y el uniforme del colegio del Espíritu Santo, sino una adolescente de carácter arisco que tenía al doctor fuera de sí porque tan pronto se mostraba evasiva, como le podía sonreír desde el otro extremo de la mesa con un alarde de complicidad y la mirada llena de promesas.

Cuanto más solícito se manifestaba él, más retrocedía ella; pero cuando el doctor parecía a punto de tirar la toalla despechado por algún desplante, entonces era ella la que le dedicaba una sonrisa solar que le abría de inmediato las puertas del cielo. En los momentos de mayor lucidez el doctor se daba perfecta cuenta de que la muchacha le había tomado la medida y que lo estaba sazonando a su gusto con la tortura del fuego lento. Pero no se le ocurrió pensar que aquella ambigüedad era la forma desmañada y secretamente tierna que ella tenía para no dejarse naufragar en las aguas turbias de la adolescencia.



Había veces en que aquel tira y afloja llegaba a desmoralizar profundamente al doctor al tiempo que le hacía galopar en el pecho el caballo del orgullo. Entonces realizaba un verdadero esfuerzo mental por apartarla de sus pensamientos. Cuando ella le preguntaba alguna cosa, fingía no haberla oído, como si estuviera pendiente de asuntos más importantes. Si le mostraba alborozada una nueva flor en los canteros del jardín, él procuraba mirar hacia otro lado, aparentando indiferencia, otra simple flor del carajo. El despecho le producía un regusto malsano que hasta le hacía gozar de su propia agonía. Era un ejercicio diario del que salía con el alma en carne viva, pero con el orgullo intacto.

Una noche en que el ardor del insomnio pudo más que la conciencia del riesgo, el doctor se atrevió a deslizarse de puntillas en su cuarto de la torre como un ladrón de valijas pero hacía muchas noches que ella lo estaba esperando despierta con la puerta desatracada, sin nada más que una sayuela de seda de Manila y su sexo virgen.

El doctor intentó zafarle el cordón del corpiño con mucha delicadeza, pero ella se protegió el pecho con las manos a la defensiva. Fue apenas un movimiento instintivo, pero él tuvo la sensación atroz de estar a punto de cometer un acto de barbarie.

—Cierra los ojos —le dijo entonces y en silencio pasó su brazo por debajo de la cabeza de ella para que le sirviera de almohada mientras apelaba a todas las fuerzas que aún le quedaban para resistir el embate del sexo como una prueba de amor.

Laura Ulloa le obedeció dócilmente y se enroscó en su costado atenazada por el terror primerizo de las vírgenes. Permanecieron así un rato, sin moverse, sin decir nada. Fue un momento difícil en que ninguno de los dos sabía de dónde surgía aquella dificultad repentina para hablar. El doctor parecía haberse abandonado a los rigores de su conciencia y permanecía bocarriba con la frente nublada. Ella se asustó de su quietud de muerte y lo zarandeó suavemente.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó.

—Nada —murmuró él y al decirlo se apartó un poco como si no pudiera resistir más la proximidad. Fue entonces cuando la mano de ella lo buscó en las tinieblas y él supo que era ya demasiado tarde para volverse atrás. Sin darle tiempo a arrepentirse empezó a soltarle el cordón del talle, besándola y dejándose besar con besos desgranados en el cuello, en los párpados y en los lóbulos de las orejas mientras el deseo le iba ensanchando la respiración con un ritmo cada vez más ingobernable. Después con firmeza tomó la mano de ella y la fue conduciendo hacia donde quería hasta que el contacto le provocó una descarga que le hizo estremecerse hasta los tuétanos del alma. Ella se dio cuenta de que había llegado al centro de aquel misterio, pero no retiró la mano ni la dejó inerte sino que empezó a acariciar el animal enarbolado que tenía entre las manos con una punta de curiosidad infantil que rápidamente se fue transformando en un vértigo desconocido que la hizo temblar de pánico.

El entonces le acarició el pubis combado y rizado como el de las negras y agarró el matorral completo con los cinco dedos haciendo el amago de ir a arrancarlo de raíz, ella se protegió instintivamente con las dos manos, no por dolor ya que Rafael Ulloa había tirado justo hasta donde sabía que no la lastimaba, sino por un fogonazo de vergüenza que le encendió la cara como una llamarada de fuego vivo. No le sirvió de mucho porque él le sujetó las dos muñecas con la tenaza de los dedos índice y pulgar y se las apartó del pubis. Ella todavía intentó resistir sin conseguirlo y él le opuso una fuerza tierna pero inquebrantable.

—Tranquila, mi amor —le dijo entonces con la voz acabada—. Voy a hacerlo, te dolerá un poco, pero será sólo el momento de entrar. —Ella se estremeció con un quejido ahogado y por primera



vez vivió el prodigio de sentirse habitada por otro cuerpo. Le dejó hacer con una obediencia sacrificial enardecida por el sonido de las palabras que él murmuraba a su oído, dulces e incomprensibles y por la impaciencia de llegar también ella hasta la cumbre de aquel dolor desconocido que la hizo estallar en una eclosión floral y la dejó flotando en el limbo de la inconsciencia. Para él fue un acontecimiento todavía más extraordinario, porque después de tantos años de calambres de gallo en las guaridas para varones mal casados, el gusto agreste del sexo por amor lo había empujado en una pendiente interior del que a duras penas consiguió salir con el tiempo justo para derramarse fuera, lívido y sin aliento como si regresara de otro mundo. Le costó volver en sí, pero al final lo hizo. Poco a poco la respiración se le fue tornando más sosegada mientras también los cuerpos se iban apaciguando en medio de un olor fosco a animales del monte sin más huella de sacrificio sangriento que un clavel encarnado dibujado en la blancura de la sábana.

Transcurridos unos minutos, ella se incorporó.

—Déjame prender la luz —dijo como si de pronto sintiera la necesidad de comprobar que no había sido un sueño.

Pero el doctor se lo impidió con un gesto irrevocable.

—Ni hablar —le dijo—. Con la luz me vuelvo real. —Y ella, divertida, le sonrió por primera vez.

Fue la primera de muchas noches furtivas, en las que ambos perdieron la cuenta del tiempo. El doctor se deslizaba sin hacer ruido, casi siempre muy tarde en la noche y escapaba de puntillas antes de que empezaran a cantar los gallos con la impunidad de los seres tocados por la gracia con un halo invisible. En cada ocasión tenían que refinar su astucia para sortear la vigilancia de Rebeca Aldán, pero esa dificultad todavía les enardecía más y avivaba hasta lo imposible su deseo de estar juntos. Esperaban el momento de encontrarse con una ansiedad insoportable. Una mañana los traicionó el sueño y no se despertaron hasta oír los pasos madrugadores de Juana trajinando en la cocina. El doctor Ulloa creyó que se le paraba la vida del susto y a partir de entonces se esforzó por extremar al máximo las precauciones. Pero fue una decisión tardía porque al poco tiempo la anciana decidió abandonar la casa. En efecto Juana Pardo cumplió su determinación de irse a morir en paz a su casita de A Ramallosa y no hubo nadie que tuviese corazón para negarle ese último deseo. Desapareció una tarde de octubre en la llovizna del jardín con el petate de soltera y los ahorros de su vida envueltos en un pañuelo dentro del puño. Laura Ulloa la despidió en la puerta con lágrimas verdaderas y la promesa de ir a visitarla todas las semanas, y ella le hizo el favor de callarse sus motivos porque a su edad ya había perdido la fe en la capacidad humana para deshacer los entuertos del destino. La niña cumplió su palabra y la anciana prefirió olvidarse del futuro que alguna vez había soñado para la hija que nunca tuvo y la nieta que nunca conoció. Se puso a caminar con su mantón oscuro, con pasos pequeños, un poco encorvada, y fue desvaneciéndose lentamente en el paisaje, como una golondrina ártica. Pero Laura Ulloa subió a lo alto de la ventana de la torre para seguir su recorrido y no quiso apartarse de allí hasta que ni siquiera se veía una mota minúscula en la lejanía.

Mientras tanto el doctor Ulloa se afanó en ocupar el hueco que la anciana había dejado en el corazón de la niña llenando la casa de flores, llevándola a contemplar los atardeceres en el mar para que no la alcanzara la nostalgia y dándole todo cuanto pensaba que podía hacerla feliz. En los interludios del amor, muy juntos, se hacían confesiones secretas como todos los amantes que, al igual que esos guerreros vencidos en el combate, se van entregando, una a una, todas las armas con las que algún día podrán herirse. Pero mientras el doctor Ulloa desnudó su alma hasta quedar



ante ella como un libro abierto, la chiquilla no abandonó por completo su índole enigmática.

Rafael Ulloa no tuvo entonces más obsesión que llegar a conocer todos los recovecos de su pensamiento y de saber adónde iba ella cuando se ausentaba mirando al infinito con sus ojos amarillos de gata abisinia. Le intrigaba especialmente aquel libro de pastas granates que ella leía con el gesto extraviado y feliz de quien estuviera habitando en otro mundo. Muchas veces el doctor la había observado balanceándose muy despacio en la mecedora de mimbre con el libro en el regazo. En las pausas de la lectura levantaba la vista y dejaba vagar la mirada al otro lado del ventanal con una media sonrisa de sensualidad secreta que a Rafael Ulloa le espoleaba la curiosidad con más virulencia que el latigazo de los celos.

La sometió a interrogatorios insidiosos a los que ella contestaba con buen ánimo y mucho dominio sin que él pudiera distinguir cuántas respuestas eran verdad y cuántas mentira, salvo por los tumbos de su corazón. Vigilaba cada uno de sus movimientos y la observaba a distancia, pero como por ese camino no consiguió sacarle nada, decidió preguntarle directamente por el maldito libro que nunca dejaba de leer.

—¿Lo trajiste de Cuba o lo encontraste en la biblioteca?

—Lo traje de mi casa —respondió sin pestañear.

Ante estas evasivas el doctor se encerraba en oscuros soliloquios consigo mismo hasta que el olor recóndito de las violetas de genciana le obnubilaba el sentido, como un elixir milagroso que le devolvía de nuevo las ganas de vivir. Pero no supo hasta mucho más tarde que Laura Ulloa se había entregado en secreto a las ciencias de los antiguos esclavos que su criada martiniqueña le había inculcado desde niña.

La cruzada del libro se convirtió para él en empresa tan alta como la búsqueda del Santo Grial. El cerco por la conquista del cuerpo amado no había sido nada comparado con la necesidad imperiosa que ahora sentía de apoderarse de su imaginación. Una tarde que ella había salido a dar un paseo a caballo por los cerros, se encontró de repente en su cuarto haciendo algo contrario a sus principios y hasta a su voluntad, algo que jamás hubiese creído que pudiese llegar a hacer. Vacío sus cajones y rebuscó en sus cosas impulsado por un ansia incontrolable más imperiosa que su dignidad de hombre, como un pobre enfermo de celos que busca la prueba definitiva de la traición. Revisó una a una las postales de la colección de barcos del mundo que la niña había ido juntando desde que llegó a Cuba, las conchas marinas y las piedras opalescentes escupidas por el Caribe, sus juguetes infantiles y hasta el pañuelito bordado que envolvía sus dos primeros dientes de leche, pero no logró encontrar rastro alguno del libro. Sus ansias por dar con él sólo eran comparables al terrible temor de encontrarlo. Sin darse cuenta de que la curiosidad es la más terrible de las múltiples celadas del amor.

Azuzado por sus peores fantasías llegó a dudar seriamente de su sano juicio y acabó por no saber a ciencia cierta dónde terminaba la realidad y dónde empezaba el ensueño hasta que un día lo deslumbró la revelación atroz de que se estaba volviendo loco. En ese momento resolvió que el único recurso que le quedaba para salvarse era meterle candela al nido de alacranes que le envenenaba las entrañas.



CAPÍTULO 17

Efectivamente, así lo hizo. Convencido de que no podría encontrar lo que buscaba solo, y de que Laura Ulloa no parecía dispuesta a ayudarlo, no le quedaba más solución que recurrir a Rebeca Aldán a quien rehuía desde el mismo momento en que había comenzado aquel romance de fugitivos, por temor a que ella leyera la verdad en sus ojos.

Fue durante la primera nevada del invierno. Unos copos sin peso no más grandes que el serrín caían entre los árboles. Rebeca Aldán estaba sentada frente a la chimenea, tejiendo una frazada al calor del fuego. De vez en cuando interrumpía la labor y se quedaba un rato embebida en la contemplación fascinante de las llamas. La propia intimidad de la lumbre creaba un ambiente de complicidad y el doctor Ulloa pensó que no iba a encontrar un momento mejor para tener con ella una conversación a tumba abierta. Con tal propósito empezó a darle vueltas a la manera de iniciar su indagación, mientras iba de un lado a otro de la estancia, como un diablo enjaulado, sin que se le ocurriese una mísera palabra casual en la que hacer palanca para quitarse de encima aquel peso del mundo.

—¿Qué es lo que pasa, doctor? —preguntó ella sin el mínimo atisbo de resabio en la voz—. Parece que tuvieras el baile de San Vito.

Rafael Ulloa se sintió como si lo hubieran sorprendido en un renuncio. Bajó la vista para disimular su turbación y siguió deambulando de un lado a otro con las manos a la espalda, mientras se le ocurría por dónde empezar. Pero no tuvo que esperar mucho ya que para su sorpresa fue la propia Rebeca Aldán quien comenzó a hablar como si necesitara el desahogo de una conversación tanto o más que él, como si no pudiera en realidad esperar ni un minuto más para echar el alma por la boca.

—La semana que viene se cumplirán tres años ya de la muerte de Jacobo —dijo— y casi trece de la de tu padre... bueno, para ser exactos doce años, siete meses y un día —añadió con la precisión de quien lleva contadas las jornadas de una condena.

—Si te parece, este año, ya que Laura y tú estáis aquí, podemos celebrar conjuntamente la misa de aniversario en el convento de las clarisas —ofreció el doctor Ulloa siempre dispuesto a reducir los oficios religiosos. Pero la primera reacción de su cuñada fue de pánico.

—Ni pensarlo —dijo, como si no le pareciese suficiente que su marido estuviese enterrado a más de diez mil kilómetros para mantenerlo alejado de la influencia del conde—. Hay muertos que no deberían compartir ni el silencio de la tierra.

Al doctor Ulloa le pareció una réplica desmesurada, pero la atribuyó al ofuscamiento del dolor.

—Quizá tengas razón —se limitó a decir. Sin embargo, muy pronto iba a comprobar que la vehemencia de su cuñada no era simplemente fruto de la pena o del resentimiento.

—A veces pienso que en realidad me he quedado parada en esas dos fechas —continuó diciendo Rebeca— como las dos agujas de un reloj que señalan la misma hora. —Su voz sonaba ahora más debilitada, con menos ímpetu, hablaba un poco para sus adentros, no con vacilación sino meditativamente—. He intentado seguir adelante. Parece que la vida con su propia inercia siempre nos imponga seguir adelante. He llevado los asuntos de la hacienda lo mejor que he podido con la ayuda de Arístides Oliveira que no sé qué habría sido de la plantación y de los almacenes sin él. Muchos negocios se vieron obligados a cerrar cuando llegó la crisis; sin embargo



nosotros conseguimos resistir a flote. He tratado de mantener a Laura al margen de todo, de las medias palabras, de las habladurías, de todo lo que se vino a decir sobre mí y sobre la muerte de Jacobo tan inaceptable para ella y tan inexplicable, pero yo no podía explicársela ¿cómo se la iba a explicar?... —Rebeca Aldán volvió a quedarse pensativa mirando el fuego. Las brasas candentes bajo la ceniza tenían un resplandor de diamantes o de lava. Tomó el atizador y las removió provocando una incandescencia como la erupción de un volcán—. Sé que nunca me lo perdonó —dijo—. De algún modo también ella se quedó parada en aquel día.

—Los niños reaccionan de modo extraño ante las cosas que no comprenden, especialmente los niños sensibles —afirmó el doctor con el rigor de un diagnóstico—. Es una manera de protegerse.

—Sí —asintió Rebeca—. Tal vez para crecer sea necesario saberlo todo acerca de uno y de las personas que uno quiere, incluso las cosas más ocultas, las que resulta más difícil aceptar. Es curioso cómo el juicio de los hijos puede condenarnos a vivir eternamente en el pasado. Laura siempre fue una niña complicada pero adoraba a tu hermano Jacobo. Cuando él murió se volvió más arisca y reservada, pero yo sentía que su silencio estaba cargado de preguntas. Callar era su forma de exigirme explicaciones. Bueno tal vez sea justo que así sea, de alguna manera a nadie le pertenecen esos recuerdos con más derecho que a ella.

—No creo que Laura te culpe de lo ocurrido —la interrumpió el doctor tratando de quitarle hierro a las palabras de su cuñada—. Fue un accidente.

—Un accidente... —repitió Rebeca para sí—. Un accidente es aquello que sucede al margen de nuestra voluntad y sin nuestra intervención directa, por una especie de designio fatídico. Pero ¿qué ocurre cuando la providencia se vale de nuestra mediación para cumplir sus designios? ¿Dime qué nombre le damos a eso entonces?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el doctor Ulloa con extrañeza, pero su voz denotaba una punzada de alarma que anticipaba quizá el primer atisbo pavoroso de lo que estaba a punto de escuchar.

—Los actos no suceden solos, siempre hay algo que los desencadena, un gesto, una palabra. Se habla demasiado. Uno empieza a hablar y las palabras salen solas casi sin querer, como si tuvieran vida propia, incluso aquellas palabras que hemos custodiado con firmeza durante años; de repente, sin saber muy bien cómo, salen y llegan a oídos de la única persona que quizá no debería oírlas. —Rebeca hizo una pausa muy breve como si no estuviera convencida de continuar, pero finalmente se decidió a hacerlo—: Tu hermano se tiró por aquel barranco por algo que yo le conté —dijo. Su voz había sonado hueca y apagada como si tuviera ceniza en la lengua.

El doctor Ulloa dejó transcurrir unos segundos de estupor sin decir nada. Era de esos hombres que saben aguantar el silencio, pero en aquella ocasión su mutismo no respondía a una actitud de confianza para invitar su cuñada a seguir contando sino que era un silencio hermético y absoluto. Pasada una eternidad le pareció que por aquel camino podían continuar callados hasta el amanecer. Pero afortunadamente su cuñada tuvo suficiente temple para re tomar el hilo.

—Cuando viniste a Camagüey ¿te acuerdas? la primera noche que hablamos de esto, te mentí, o al menos no te conté toda la verdad. Tenía terror a la verdad, es muy fácil decir la verdad, basta con proponérselo, pero una vez pronunciadas las palabras son definitivas, ya no se puede volver atrás, se quedan ahí, fijas en la memoria y el que las oye tampoco tiene manera de olvidarlas mientras viva. —Rebeca Aldán volvió a quedarse callada un instante, pero no ya como quien duda en seguir adelante con el relato, sino que más bien era la pausa de alguien que estuviera parado en una vía muerta. Tal vez estaba extraviada en sus recuerdos tratando de encontrar ese



momento imposible en que las cosas podían haber sucedido de otro modo—. Muchas veces estuve a punto de confesarle todo a tu hermano —continuó diciendo—, pero después, cuando nació la niña, pensé que mantener aquel secreto dentro de mí era la única forma de protegerla; además, Jacobo estaba tan ilusionado con su nacimiento... Supongo que pensé que en Cuba tendríamos otra oportunidad, lejos de esta casa, lejos de todo... Pero me equivoqué. Siempre hay un momento en que todo se echa a perder. Para mí ese momento fue cuando llegó a Camagüey una familia de comerciantes que eran de por aquí cerca, creo que de la Eiriña. Montaron una tienda de telas en la misma manzana en donde nosotros tenemos el almacén. El era un hombre apocado que no se metía con nadie, pero su mujer tenía una lengua de víbora. Era una de esas mujeres persuasivas que se ganan la clientela a costa de chismes. Se sentaba en la puerta de la tienda con un abanico y siempre tenía a mano algún comentario aparentemente casual con el que sabía encender la curiosidad de la gente. Le encantaba intrigar. Hacía insinuaciones y después callaba para atizar más la imaginación hasta que conseguía que fueran los otros los que le preguntasen directamente y entonces se despachaba a su gusto. Arístides Oliveira fue el primero en advertirme. Me dijo que le habían llegado habladurías y yo no quise saber ni siquiera lo que había oído. La gente insidiosa no tiene escrúpulos de ninguna clase. Hay mujeres así que parecen haber nacido para esparcir murmuraciones y tú sabes bien cómo es esto, basta que un comentario prenda para que se extienda como un incendio, no hay quien lo pare. Una isla es el peor lugar para mantener un secreto. Todo se sabe. Lo que no se cotorrea en los muelles, lo va contando cualquier culebrero por los mercados. Muchas familias han visto pisoteada su honra por un papel anónimo deslizado de noche por debajo del portón o por los cotilleos de la servidumbre. Yo no quería que a nosotros nos pasase eso. Pensé que tu hermano merecía saberlo por mí.

—¿Saber el qué? —preguntó el doctor.

Rebeca Aldán calló durante demasiados segundos para que la pausa fuera natural. Después empezó a sollozar, mordiéndose los labios para no hacer ruido. El doctor Ulloa experimentó un vislumbre borroso de algo que no acababa de entender y de repente sintió una sacudida sísmica en el corazón. Lo interpretó como el primer síntoma de un ataque cardíaco. Entonces tuvo miedo de verdad, no a morir, sino a que algo dañara sus ojos más irreparablemente que una luz súbita.

—No tienes por qué contármelo —dijo deseando sinceramente que su cuñada se quedara callada y no pronunciara una sola palabra más.

Pero Rebeca Aldán habló. Habló durante mucho tiempo. Habló con rabia y con amargura sin apartar la vista del fuego para no romper el encanallamiento del rencor, pero también con decisión porque creía que las mismas palabras que le habían arruinado la vida podían tener también el poder de evitar quizá males mayores. Habló para no morir, sintiendo que se estaba quitando de encima la losa de los difuntos. Sus palabras no eran un torrente limpio sino un remolino cenagoso por donde se desaguaba la memoria y en el que ninguna mujer sin verdadero coraje hubiera conseguido mantenerse a flote. Habló del conde, de cómo la había tumbado por asalto la primera vez sin darle tiempo siquiera a articular una palabra en su defensa, desnudándola a zarpazos y de cómo ella había sucumbido a su fuerza en todas las demás ocasiones. Pero no culpaba a nadie más que a sí misma, que a pesar de todo aún no sabía a ciencia cierta si en verdad había odiado o amado al hombre que le malogró la vida, porque a veces la distancia que separa el amor y el odio sólo puede medirse con la vara de la pasión.

Y en efecto había un ansia destructiva en aquel acto violento y frenético después del cual ella se juraba a sí misma que nunca más iba a consentir que se repitiera; sin embargo, al poco tiempo, sin saber cómo, se encontraba de nuevo ensopada en sudor, bajo el peso arrebatado de aquel cuerpo



que la atraía y la repelía con la misma intensidad.

—Yo sola me puse la soga al cuello —dijo, y mientras lo decía el doctor la volvió a ver llorar, pero no con sollozos ahogados como al principio, sino con lágrimas densas, sueltas y salobres que le escurrían por las mejillas e iban a caerle en la labor que hacía tiempo que había dejado de tejer y le quemaban el alma de rabia contra el tiempo que la había dejado parada en una vía muerta y contra la vida y contra todo lo que se había atravesado en su camino y entonces se asustó porque por primera vez se dio cuenta de a qué extremo de desdicha había llegado.

El doctor Ulloa la oyó sollozar en la oscuridad, pero no se atrevió a consolarla porque ni siquiera tenía palabras para hallar su propio consuelo. Le asaltaron ideas turbias que alguna vez le habían cruzado por la cabeza, aleteando como pájaros negros. Eran meditaciones sobre el amor y la muerte, que sólo ahora adquirirían su verdadero significado, cuando alcanzó a entender el hecho atroz de estar enamorado perdidamente y sin remisión de una hermana carnal.



CAPÍTULO 18

Rafael Ulloa permaneció de pie, en silencio, viendo nevar sobre los maizales mientras una tristeza invisible le saturaba el alma. Le pareció oír un tropel de rebaños remotos y una voz de mujer muy gastada que iba llamando a las vacas por sus nombres desde el otro lado de algún río: *Pinta, Marela, Fidalga, Capitana...* En el silencio amortiguado de los copos de nieve creyó escuchar también el repique lejano de las campanas del convento de Santa Clara con sus escalinatas de mármol medio ocultas por la desidia del tiempo entre una maleza silvestre de manzanillas y cabrifollos. Más lejos vislumbró una hilera de mendigos guiados por un hombre ciego de aspecto atrabiliario que iba sacando cuervos de los bolsillos de su abrigo de pordiosero, mientras en alguna almena de otro mundo las locas del manicomio grababan sus gritos divinos en los atardeceres de topacio.

Durante ese lapsus de sombras sintió muy cerca la presencia de Laura Ulloa que en su ensoñación estaba sentada también frente a una ventana de nieve tarareando una tonadilla de esclavos con más de tres voces africanas al mismo tiempo, todas ellas bellísimas. Tenía puesto el collar de Olokum sobre un suéter de lana y el cabello cortado limpiamente en diagonal contra el pómulo como el ala de un cuervo pero su mirada reflejaba una melancolía incurable que le puso al doctor un nudo de enfardelar en la garganta.

Con los ojos todavía cerrados distinguió los bulbos de piedra de la basílica de Nuestra Señora de la Peregrina donde miles de fieles arrodillados seguían rezando por el regreso del apóstol y vio también entera, a vista de pájaro como la vería un arcángel, las ruinas de la muy antigua y noble villa de Vilavedra de los Infantes con sus mansiones y sus jardines nobiliarios podridos por el tiempo. Divisó el puente viejo, por donde pasaba una procesión con hachones, distinguió los enormes aposentos sin ventanas, los muros arrasados, los tejados cubiertos de verdín por el marasmo de los siglos y reconoció aquel paisaje como el marco de un sueño recurrente.

Su visión duró apenas unos minutos pero en ese breve transcurso de tiempo las motas de nieve se habían convertido en grandes copos que cubrían ya todo el valle del Salnés con un silencio de plata.

En su casa de A Ramallosa Juana metió las manos bajo las axilas para resguardarlas del frío. Siempre hacía lo mismo cuando llegaba el frío de verdad. De pronto recordó que debía bajar al cementerio a recoger las macetas de crisantemos que había plantado si no quería que la nieve quemase las raíces. Así que se cubrió la cabeza con un mantón de lana y salió al exterior. Mientras caminaba abrió la boca y un copo volandero le trajo a su paladar de ochenta y cuatro años un cosquilleo infantil. Estaba convencida de que el día de Difuntos era el momento en que los muertos juzgaban a los vivos, por eso les llevaba flores, para hacer menos severo su juicio.

Por los caminos vio los rebaños que regresaban y oyó la voz inconfundible de José voceando para conducir el ganado hasta el establo. Tras llamar varias veces, hubo una res puesta que ninguna voz humana podría haber imitado, sólo un instrumento como la gaita tenía potencia para reproducir una imitación aproximada. Era el reclamo del macho cabrío.

En efecto allí en medio de los riscos una cabra levantaba la cola y hacía con ella un movimiento circular. El macho la olisqueó por debajo y después golpeó suavemente un costado de la hembra con una de sus patas delanteras. Repitió el movimiento varias veces. Luego hizo lo mismo con la



otra pata en el lado opuesto. Cuando la cabra estuvo en posición, la montó. Nada se movía en el paisaje a excepción de los copos de nieve y las ancas del macho cabrío. Sus movimientos eran tan rápidos como lenta caía la nieve. Después de veinte embestidas, todo su cuerpo se estremeció. Entonces sus patas cayeron deslizándose por los ijares de la hembra.

Todo esto ocurrió después de que el doctor Ulloa escuchara la confesión de Rebeca Aldán junto al fuego y tuviera el primer indicio temporal de que se le había pasado la vida. Luego se encerró a cal y canto en la biblioteca y se desbarrancó en un cataclismo moral del que solo halló consuelo en una botella de brandy que guardaba para sus ataques de melancolía. Hacía tiempo que había perdido la cuenta de sus copas, pero sólo hizo una pausa cuando se dio cuenta de que estaba bebiendo a oscuras y se levantó a encender la lámpara.

Fue entonces, a la luz blanca del carburo, cuando vio el libro con su lomo granate y las letras de oro. Lo reconoció al primer golpe de vista. Probablemente la niña lo había dejado allí olvidado en un descuido. Era una edición que había desaparecido hacía más de treinta años de la Biblioteca de los libros cautivos y de la que nunca se había vuelto a hallar el rastro. Por un momento el doctor tuvo la sensación inquietante de estar dentro de un cuerpo que no era el suyo, sino el de alguien que todavía estaba sentado en el mismo sillón en que él estaba y necesitó hacer un gran esfuerzo para no perder el equilibrio.

Tomó el libro en sus manos, pasó la yema de los dedos por las letras doradas del título y lo leyó para sí sin despegar los labios. A continuación se fijó en la autora, María Lucía Rouco Cornide, una escritora gallega de folletines que había adquirido cierto renombre durante el siglo anterior pero cuya estrella había declinado con la irrupción en el panorama literario del vendaval que supuso Doña Emilia Pardo Bazán. El libro estaba escrito en cuarto y había sido editado en el año 1873 en la imprenta de José María Santos y Compañía, situada en la calle Infantas, 32, según constaba en la página de créditos. Al comienzo alguien había escrito a plumilla una dedicatoria personal, pero la tinta se había corrido y lo único que podía leerse con claridad era la fecha. Vilavedra, 25 de julio de 1917. Al doctor le sorprendió la coincidencia, pues se acordó de que ése había sido precisamente el día de su boda. El estado de conservación del libro dejaba bastante que desear, tenía manchas de humedad, carecía de carátulas interiores y estaba descosido en la parte de abajo como si hubiera sido rescatado de algún naufragio o quizá es que el ejemplar había pasado por demasiadas manos. El dibujo de la cubierta, sin embargo, se encontraba en buen estado. Representaba a una joven morena, vestida de un modo casi masculino, con pantalones de montar y una camisa amplia con el cuello desabrochado. Se hallaba sentada en una mecedora de mimbre con un libro en el regazo, pero no estaba leyendo, sino que tenía los ojos perdidos en el horizonte por donde empezaban a asomar unas nubes oscuras. La ilustración recordaba las portadas de muchas novelitas románticas como Perlas negras o La hija del fango que se publicaban por entregas en la prensa y luego eran editadas en una colección de bolsillo de la Biblioteca Popular. De hecho el volumen incorporaba al final un catálogo de obras modernas en prosa y verso de autores españoles e hispano-americanos entre los que se encontraban algunos de estos títulos que Rafael Ulloa solía devorar cuando era estudiante bajo la lámpara de su cuarto, que era la única en toda la casa que permanecía encendida hasta el amanecer. En aquella época solía sustituir los protagonistas imaginarios de aquellos dramas por conocidos suyos de la vida real y se reservaba para sí los papeles de amores imposibles. De este modo los libros tantas veces re-leídos recobraban su sentido inaugural.

El doctor se colocó sus espejuelos de oro, abrió el tomo por la primera página y el libro desplegó sus alas. Entonces comenzó a leer despacio, abriéndose camino a través de los renglones



torcidos con una punta de mareo que atribuyó al exceso de alcohol: «La tormenta había electrizado la atmósfera. Llevaba tronando toda la tarde. Poco antes de oscurecer, la mujer vio desde la ventana de la cocina un zorro blanco. Su silueta se recortaba nítida al final del camino que marcaba ya el comienzo del monte bajo en el que crecían malvas y jaramagos. El animal se alzaba solitario e inmóvil a escasos metros del antiguo convento de Santa Clara, las orejas muy tiesas, el pelaje erizado quizá por los relámpagos, aunque su actitud era serena y parecía más bien ajena al tiempo, como cualquier misterio que nos ronda al anochecer...»

El doctor Rafael Ulloa de Andrade sintió de pronto el estremecimiento de un escalofrío que lo dejó sin luz y tuvo que apoyarse con todo el cuerpo en el muro de la ventana para que no lo derribara el primer zarpazo de la edad. Un rocío lívido le cubrió la piel de la frente con un efluvio de brandy. Oyó los sonidos que venían de los montes cercanos, el tintineo del ganado que regresaba al oscurecer, los chirridos de los carros, el paso apurado de los campesinos que temían quedarse rezagados cuando volvían de los huertos con una carga de hortaliza y apretaban el paso al cruzar por delante de la puerta del convento donde brillaba siempre una mariposa de aceite junto a una hornacina con el Sagrado Corazón de Jesús.

Algunas páginas tenían el borde del papel mordido y el doctor Ulloa se dio cuenta de que el ejemplar estaba a punto de ser insalvable, pero siguió leyendo. Leyó sin pausa. Página a página. Capítulo a capítulo. Cuando llegó al final, cerró el libro, se quitó los lentes y miró a través de los cristales con los ojos del recuerdo. Allí estaba el zorro, plantado e hirsuto con la testa levantada como la amenaza que desde el comienzo de los siglos engendró la noche. Rafael Ulloa permaneció en silencio viendo atardecer. El animal seguía allí, inmóvil, tallado en el frío. De vez en cuando el doctor se llevaba la mano al pecho, sintiendo que se le estaba acabando todo el aire de respirar. El pensamiento no le pesaba y su estado de ánimo no tenía que ver con el pasado ni con nada que pudiera haber soñado en toda su vida, era algo de otra índole, una especie de pudor instintivo y solitario como el de los animales que se ocultan cuando van a morir.

Afuera seguía cayendo la nieve muy despacio y la silueta del animal se había vuelto de yesca, emparentada en el color con el blanco de los árboles. El doctor acarició la ilustración de la portada con los dedos temblorosos. Le pareció ver que la muchacha le sonreía desde la cubierta del libro con su inconfundible atuendo de amazona y lo interpretó como una señal de adiós entre dos barcos que se cruzan. Había clavado la mirada en la lámina con tanta intensidad que casi podía percibir la porosidad del papel. El parecido de aquel rostro con el de Laura Ulloa no era excesivo, pero había en la expresión de los ojos algo en común, una especie de sabiduría indulgente, casi irónica, aunque no sería esa exactamente la palabra, sino un aire lejano de complicidad, como el que a veces se observa entre algunas personas reales y ciertos cuadros de época, algo en cualquier caso que el doctor no acertaba a explicarse. Lo embargaba la sensación de haber permanecido inmerso en la vida de otro. Miró el cielo por última vez y pensó que de un momento a otro iba a oscurecer.

FIN